

El Juego del Ahorcado

Apuntes sobre victimación social-mediática

Tato Contissa

Prefacio

*Sólo allí donde campea el peligro,
sólo allí nace la salvación.*

Hölderlin

Tenía reparos. La tarea que acababa de emprender me recordaba aquellas películas norteamericanas en las que un tipo de Asuntos Internos investigaba a la policía. La figura me resultaba poco afortunada, se trataba de un paralelo entre la policía y el periodismo y lo hacía con un paralelo entre la policía y otro policía, desde una odiosa metáfora cuyos términos de comparación aún hoy, no me parecen del todo pertinentes.

Durante cuatro años había trabajado pacientemente en la construcción de una mirada sobre los medios y sobre la sociedad. Los ámbitos académicos son confortables y poco riesgosos. La petulancia hace allí como un colchón y la valentía no es otra cosa que una forma variante de la coquetería.

Pero la calle es dura. Cierta. Dura.

Hoy como nunca los medios son la calle.

Estaba a punto de tirarle de los bigotes al león. Y no había antecedentes.

Después estaba la “otra cosa”. Una de las materias principales con la que iba a producir la empresa: Carlos Grosso. ¿Sería una intuición poderosa avalada por una investigación rigurosa y una posición teórica honesta lo que me había impulsado a escoger el personaje? ¿O se trataba en cambio de esta costumbre familiar histórica de recoger perros abandonados y atorrantes?

Hasta entonces, a Grosso no lo conocía sino desde su imagen pública y desde imágenes reflejadas en la opinión de los otros. El interés por el caso nació de mi primera convicción sobre la pertinencia de su historia con mi **teoría de la victimación mediática**.

En el fondo de una cosa juzgada que nadie quería ni podía revisar, bajo los escombros de una sanción social generalizada, emergió por casualidad un ejemplar módico y suficiente del tipo de víctima socialmediática que habría de servir para el experimento de una demostración.

Luego se produjo la inesperada “republicación” del caso y eso ratificaba la tesis y abría nuevas lecturas. Eso dificultó bastante la publicación de este libro, retrasándolo en alguna medida y retrazándolo en una medida mayor. Se me dijo que el sólo establecimiento de un paralelo entre Grosso y Alfred Dreyfus imponía la apariencia de una reivindicación. Que aún cuando tal reivindicación no aparecía

materialmente en el texto, el hecho de engarzar la historia de un inocente juzgado por traición a la patria en la Francia de fines del siglo XIX (y cuyo caso resonara en la historia como un paradigma) con la historia de un funcionario argentino referenciado emblemáticamente como parte de la corrupción menemista era, cuanto menos, una desproporción.

Sin embargo yo no sólo no reviso aquí el caso Grosso desde el punto de vista de la cosa justiciable, sino que sí reviso el caso Dreyfus desde el punto de vista de su sentido histórico. Hecha esta operación ambos ajustan al tipo de victimación que intento describir tanto como podían ajustar otros casos sobre los que espero trabajar en el futuro.

El acto de la victimación responde a un proceso social. En su consagración las plazas de la historia están atestadas de mirones al pie de los cadalsos. Ellos no son sólo un marco de la acción política, un mero telón de fondo de la escenografía de esa historia, son una parte articular del suceso, su soporte, su misma razón de ser.

En la sociedad mediática el espacio público se ha trasladado desde las plazas a la superficie de las pantallas. Eso es todo. O mejor dicho el comienzo de todo. De manera que mi tarea no sólo podía consistir en denunciar acciones linealmente deliberadas de los medios sobre la política. Por supuesto que las hay, cada vez las hay más. Pero no perdería mi tiempo ni haría perder el de los lectores compendiando una serie de notorias operaciones de prensa que por otra parte cada vez resultan más evidentes y groseras a los ojos, los oídos y el entendimiento del público.

Se trataría en cambio de describir el proceso por el cual el espacio publico mediático se convierte en una nueva plaza patibularia. Se trataría de explicar porqué razón la victimación mediática se vuelca sobre el resto de la realidad y es constitutiva de esa misma realidad. Y ese había sido mi único condicionamiento.

Es que este trabajo, como todo el que se emprenda con estas directrices, puede ser más peligroso que cualquiera que se limite a recrear la denuncia. Aquí se denuncia poco pero se describe mucho. Y se describe sobre lugares en los que se está acostumbrado a describir y jamás a ser objeto de ninguna descripción.

Ciertas cartas de Dreyfus a su esposa, y algunos de sus dichos publicados, lo situaban en un lugar diferente al de la víctima judía que las relecturas de la posguerra habían producido en la mayoría de los intelectuales que, por diferentes razones, se habían ocupado del caso. Desechado el supuesto que lo condenó, el de ser un judío ingresado al ejército francés para traicionarlo, quedaba la pregunta de por qué un judío ingresaba (y podía ingresar) a una institución de corte tan naturalmente xenófoba y nacionalista como la castrense. Es que Dreyfus era un judío europeo de finales del siglo XIX, tan nacionalista francés como el que más, tan de "derechas" como los que iban a ser, "necesariamente" sus acusadores y verdugos. Esto, sumado a la historia de falsedades y conspiraciones que envolvieron al caso, hacían de Dreyfus una preciosa muestra de victimación social.

Grosso, por su parte, apareció en los meses previos al nacimiento de esta idea-libro, entrevistado en un par de publicaciones. Las entrevistas le hicieron gozar de una prudencia periodística, de una mesura en las interrogantes y un ascetismo y equilibrio que para nada le fueron concedidos en su anterior y posterior experiencia como protagonista mediático. Allí me enteré que sus casos ante la justicia, una cuarentena, habían caído en su casi totalidad por falta de méritos dejándolo en calidad de sobreesido. Pero, sin que esto surgiera de las entrevistas, sabía yo que esos resultados en los estrados no le redimirían, y sospechaba prematuramente que la otra condena, la mediática, le remitirían una y otra vez a los estrados cuando no a la mismísima prisión. Eso se probaría después. Esencialmente porque la victimación se había realizado en otra plaza y bajo el filo de otros cuchillos. Y también, porque no decirlo, porque la justicia sufre la fatalidad de un descrédito esquizofrénico: los juicios socialmente creíbles de la justicia son sólo aquellos fallos de ratificación de una condena o un perdón social previamente establecido. No era su caso.

El caso de Carlos Grosso fue escogido como digo, con un raro cuidado. Las razones de esa elección y, además del carácter central otorgado, están al menos substanciadas en el desarrollo. Pero sigo convencido de que el propósito de esta aventura es demostrar que estas cosas suceden más allá y más acá de a quien le sucedan.

Parece ociosa la aclaración pero por cualquier acaso subrayo: ésta no es una tarea de reivindicación, no importa siquiera su eventual resultado en ese sentido. Como se verá, en lo personal estoy convencido que tal tarea, la de la reivindicación posible, (en el caso Grosso como en cualquier otro caso) está plagada de dificultades estructurales por la propia naturaleza de la construcción que describo aquí y por el diseño mismo de la sociedad constructora de esa "construcción".

Cuando una imagen pública es consolidada por los factores y los mecanismos que intervienen en el proceso que intento describir rara vez alguien se detiene a revisarla, a repensarla, a reconsiderarla. Y esto es así en beneficio de la legitimidad que debe tener todo sistema de construcción simbólica pero, primariamente, porque pocos rara vez tienen "deseo social" de hacer esa revisión. Así también, la misma revisión difícilmente alcance la propagación necesaria como para revertir el cuadro que genera. Dicho de otro modo, la "percepción común" es muy estable, muy poco modificable desde afuera y en relación inversamente proporcional a la liviandad con la que se estructura. Cuanto más superficiales y menos corroborados son las notas que componen esa imagen es cuando ésta alcanza más firmeza y durabilidad.

De manera que el cometido aquí no es el de recomponer lo que muy eventualmente recompondría todo el sistema social por vías más complejas y poderosas que las que pueda ambicionar un libro como éste.

La intención es demostrar la construcción. Hacer ver en un caso relativamente familiar al "conocimiento público", como es que se levanta el edificio de "lo verdadero" sobre cualquier indicio bajo la acción mediadora de los medios, en dónde reside la solidez de esa construcción, quiénes y de qué manera intervienen en el proceso, cuánto hay de consciente e inconsciente, de necesario, de involuntario y de deliberado.

En cuanto al estilo me he tomado algunas licencias. Nadie podrá decir que esto es un ensayo, menos aún que se trata de una narración periodística. Se verá inmediatamente que cada fragmento puede leerse por separado y que todos en su conjunto tejen la historia total. Muchas de las escenas son imaginadas desde lo descriptivo, pero el corazón de cada una de ellas es verdadero y documentado.

Y la idea de víctima ojalá no se confunda. Solo ella tal vez sabe (en éste como en cualquier otro caso) cuánto pudo haber previsto de lo que le ocurrió. Sólo ella quizá conoce desde sus lugares no confesos cuánta culpa tuvo más allá del costo que por esa culpa pagó. Varios de esos indicios se vuelcan en estas páginas desde la propia mirada del protagonista.

Aquí digo víctima en el sentido de víctima propiciatoria. Lo digo a sabiendas de que una víctima es una oportunidad ritual y que la víctima en sí no dice nada si se lo compara con todo lo que es capaz de decirnos un estudio serio del proceso de victimación. Puesto que a diferencia de los meros datos del cadáver, esto otro nos hablará del cuchillo, del brujo, de los altares, de los testigos, de la ejemplaridad, del cumplimiento ritual, del alivio social, de la funcionalidad de la muerte para el resto de la vida, para el resto de los vivos, de los tributos y de los motores con que la sociedad construye el sentido.

Hablar de una víctima mediática es, en definitiva, describir un aspecto del funcionamiento social. Y una aventura así radiografía algunos de los menos evidentes riñones mediáticos, especialmente aquellos que vinculan a los medios con sus motores económicos. Eso neutralizaba el recelo: alguien, alguna vez, tenía que empezar.

Bariloche, marzo de 2002

El Juego del Título

Miguel Ángel González es un contrasentido para los prejuicios básicos. Una versión morena del Camarón de la Isla, un morochón demasiado porteño como para dar siquiera un vestigio de ese presunto origen flamenco, e indisimuladamente educado.

Ensayó someramente un dibujo sobre la servilleta de ese bar de una esquina que no me acuerdo y me la puso junto al vaso de cerveza imperial. Los ojos azules de su compañera, que parece siempre están a punto de llorar una alegría, siguieron el movimiento con un recorrido de curiosidad.

Sobre el blanco irregular de ese papel enmarcado por la guardita azul celeste pendía una esquemática silueta humana de una no menos esquemática horca de ajusticiamiento.

El ahorcado tenía los ojos en cruz, como los muertos que dibuja mi hijo, y debajo de la imagen había garrapateada una sucesión de letras y guiones:

I - - C E - - E

Era no otra cosa que el viejo jueguito del ahorcado, vinculado en mi vida a tantos momentos que ya había logrado su independencia de todo recuerdo posible.

-Éste es el título – sentenció el Negro mientras me miraba mirar.

Llevaba yo muchas página de este libro tan terminadas como la idea misma que le había dado origen. Sin embargo no tenía título, no había podido lograr encontrar una frase que, sin pretender sintetizar la idea, la presentara al interés de los eventuales lectores. “Chorro como Grosso”, la frase de Gieco, me parecía por entonces, además de un golpe bajo una posible acción de consagración de los mecanismos que pretendía denunciar. ¿Cuánta gente que no leería jamás este libro se quedaría con la impronta de ese título? Ciertamente mucha más de aquella que ingresara a su texto, y mucha más aún que la que acordara con su contenido. Merodeaba también aquella sentencia de Gelblung “ Este verano se viene Grosso”, pero seguía pareciéndome desacertadamente tibia.

La idea del ahorcado me sedujo desde ese momento. Una construcción sucesiva compuesta por un conjunto encadenado de intentos y de errores gobernados por las experiencias anteriores, los deseos y las engañosas mañas de la percepción.

Cada error incorpora una parte de la víctima, cada acierto nos acerca más a la palabra escondida en la sucesión de pistas y de incógnitas. Si no reconozco esa palabra, si no acierto sus letras componentes aún de casualidad, el cuerpo del ahorcado quedará completo y yo habré perdido, seré yo mismo el ahorcado del juego. Se gana cuando se completa la secuencia. Y visto del otro lado, del lado del otro competidor, se gana cuando alguien pende de la cuerda porque la verdad no ha sido descubierta a tiempo.

La victimación mediática es un proceso que contiene esta lógica. La de la construcción, la del juego, la de la verdad y la de la sentencia, la de la verdad que se esconde para que se sumen los miembros del victimado. La de una acción social que necesita completar víctimas para ganar el juego. La de todo juego que

sólo tiene sentido en la medida en la que sus reglas y su decurso determinen que alguien gana y alguien pierde. Por la misma razón o por la falta de ella.

Así completé el nombre del ahorcado. Y así cobró sentido el juego.

Capítulo Primero

*“ Una sola víctima puede sustituir a todas las víctimas .
potenciales dentro de un grupo o comunidad. Para que
la sospecha de cada cual contra todos los demás se
convierta en la convicción de todos contra uno sólo, no
hace falta nada o sólo muy poco.”*

René Girard

-Mátenlo-

Cuando se le enfría y se le aporteña la inflexión sus órdenes pesan más. Por eso Eduardo se permitió ensayar un gesto de falsa resignación ante lo inexorable. Sobrio y austero de gestos, no pudo evitar sin embargo que ese ensayo fracasara, que una luz fascinada le atravesara la mirada debajo de los gruesos vidrios sin marco.

Se había consumido el plan y en el terreno de los hechos se había consumado el objetivo. Y el Jefe había bajado el pulgar. Ahora se abrían las puertas para un ataque sin contenciones, se acabarían los reparos, las tácticas de tramperas y se terminaría ese miedo asesino que lo atenazaba cada vez que escuchaba la voz de la víctima.

Si, Grosso le producía temor. Lograba ser un distinto de la clase, un diferente en las inmediaciones de la corte y hasta recién nomás había logrado lo que ninguno de su especie pudo jamás conseguir: Ser un peronista blanco de sesgo intelectual admitido y considerado por el presidente. Esa desconfianza natural que el Jefe tenía para con los intelectuales, ese considerar jactancia cualquier mención de conocimiento, ese reservado sentimiento de inferioridad no se activaba ante Grosso. El muy hijo de puta sabía guardar la distancia, conocía los accesos al laberinto de Carlos Menem y se movía en ellos con la destreza de una bailarina. Resultaba blasfemo e intolerable verlo manotear el picaporte del despacho presidencial y no producir impertinencia. Era de temer. Lograba convertir en un simple ambiente de trabajo aquel marco ritualista, venerante y cortesano que laboriosamente había sabido construir. Y lo peor: Con él Menem hablaba de política como un militante. Era terrible, parecía que se entendían. Esa habilidad fue la que prolongó el instante del desenlace hasta la exasperación.

Hacía quince días que había renunciado. Quince días desde que insólitamente hiciese lo inesperado, lo que no se le hace a Carlos, lo que no se puede redimir. Nadie abandona a Carlos Menem.

Sin embargo el infierno deseado y previsible no se abrió bajo sus pies. Hubo que armar más fantasmas. Y hubo que armarlos con las propias sábanas del presidente.

- Grosso ya completó la caja... Veintiún palos.-
- ¿Ya se sabe? - resignó Menem.
- Es el cálculo de Bouer. Deducciones. Justo lo que hace falta para largarse- contestó tratando de contener el ansia que le dolía en el costado.

Esperó dos segundos para que el jefe fijara su mirada verdeparca sobre un objeto cualquiera y cerró el anuncio:

- Dicen que ya contrató un especialista en imagen de los Estados Unidos para que le diseñe la campaña presidencial.-

Menem giró la silla y se miró los zapatos. Por un momento le pareció que la decisión le pesaba mucho más que la noticia. Por años, desde la época de "Convocatoria" en la que compartió tribunas de campaña con él y con Guillán, supo, intuyó que Grosso jugaba en otra cancha, que no le disputaba ninguno de sus espacios naturales, que por el contrario le terminaba de cerrar su arco de poder sobre todo peronismo posible. Pero ya, después de un año de forcejeos con el Mingo, después de su renuncia a la Intendencia de la Capital, después de las advertencias recibidas y con esta última noticia no le quedaba ningún resquicio más. La metáfora le salió de ese lugar que nunca pudo controlar.

-Mátenlo.-

Eduardo salió del despacho. Los dolores de aquella vieja afección hepática cedieron sensiblemente. Se miró en el vidrio espejado de la puerta. Corrió la montura de los lentes sobre el puente de la nariz hacia la frente con el índice derecho. Después de tantos meses volvía a tener algo de color.

Lo único que puedo decir a ciencia cierta de la verdad es que a la verdad se la busca. No hay revelación que sea capaz de ahorrarnos el esfuerzo, generalmente vano, de andar en su persecución.

La tradición judeo-cristiana nos ha formado en la ilusión de que la verdad se emparenta con la luz. Lo que tenemos vivido como especie, la llamada especie humana, da prueba suficiente de que la madre de la verdad es la oscuridad.

Andar tras de una verdad es tarea ardua, trabajosa, difícil y especialmente desalentadora. Porque esa vaga y tenebrosa respuesta a nuestras preguntas generalmente mal formuladas que solemos lograr como verdad es huidiza, confusa y siempre insuficiente.

Pero al ser por naturaleza ilusos de verdad, es decir ilusionados con una verdad posible, nada puede resultarnos más existencialmente imprescindible como comprendernos capaces de avizorar la verdad. De manera que algo hacemos para evadir la frustración. Desarrollamos un trabajo que nos ayuda a eludir el infructuoso resultado de nuestro esfuerzo racional.

A su derredor, una vez hallada una "verdad" cualquiera, hemos sabido construir "lo verdadero" que es una consagración de la paupérrima verdad fugazmente alcanzada. Es un consuelo, o un consolador para ser más gráfico con el artefacto con el que hago la metáfora.

El arte es la última etapa de la falsificación, como bien se dijo. La falsificación es la última etapa de cada verdad hallada. Se trata del arte de

ingeniería que calza las bases de esa verdad menesterosa sobre lo necesario, lo correcto, lo aceptable.

Esta tarea se hizo a lo largo de la historia con más o menos tino, con más o menos ingenio, con más o menos rigor. Desde las estructuras de los mitos a la naturaleza lógica de las hipótesis la vida humana es un intento de ponerle sitio a lo desconocido y clasificar todo lo que pueda presumirse objeto de interpretación.

En el seno de la sociedad mediática, que es la sociedad en la que vivimos, la construcción de la realidad se ha replanteado.

La construcción de la verdad es una tarea de los medios, pero los planos de la ingeniería son, como siempre, socialmente aprobados.

Yo iba detrás de esos planos.

*

*

*

Entre octubre de 1991 y octubre de 1992 hay un grupo de sucesos que recoge la prensa con minuciosidad y ascetismo. Es un palo y palo de Domingo Felipe Cavallo, ministro de economía, y Carlos Grosso, Intendente de la Ciudad de Buenos Aires. La disputa es esencialmente de hechos. Carlos Menem no toleraba a los habladores que ponían a riesgo la estabilidad de su sistema. Ese era un sayo que nadie se quería poner.

Los asuntos que materializaban la guerra declarada eran variados: la doble imposición pretendida por Cavallo para Buenos Aires, el veto sesgado a la Ley de Puertos (que le transfería los puertos de todo el país a las provincias en cuyo territorio se encontraban, con la increíble salvedad del puerto de Buenos Aires), y otras disputas referidas especialmente a la política de transferencia tributaria de la Capital a la Nación pretendida por el ministro.

La razón del enfrentamiento era una razón espacial: tanto el Mingo como Grosso integraban el bolillero presidencial, un permiso de las edades respectivas (41 y 47), que condecían con la inercia reelectiva que el poder generado por el riojano garantizaba hasta el 2000.

Cavallo corría con ventaja, su invento monetario y el resultante reencauce de la economía argentina le bastaban para ganarse un crédito que le permitía iniciar un incipiente camino por la tierra de la política. Por entonces hasta el propio Cavallo estaba convencido de que el recetario técnico que había bajado era de suyo el fundamento de la estabilidad. Su formación esencialmente económica le generaba esa desgraciada confusión que diez años más tarde se disiparía cuando le tocara comprender, en carne viva, que sin el marco político de sustento del campo presidencial de Menem la convertibilidad hubiese sido un recurso técnico monetario sin destino. De La Rúa sería la certeza.

Esa leve ventaja de Cavallo, sin embargo, se agigantaría a raíz del desgraciado puzzle de intereses que en torno a Carlos Grosso se cernía constante e inexorablemente.

Cavallo sería el primero de los tres cuchillos del ajusticiamiento. La política del exhibicionismo mediático, algunos operativos de prensa y la consecuente catarata de “noticias” se encargarían del resto.

*

*

*

Una conspiración no es otra cosa que una perfecta combinación de casualidades. Los factores que confluyen independientes en su origen y aún en su naturaleza se encuentran en un lugar de registro exacto.

*

*

*

Alfred Dreyfus es el primero de los casos más sonoros de este tipo de victimación: la victimación social - mediática. Casi un antecedente, pues se produce en un momento histórico previo al de la sociedad de la que hablamos. (1)

Como en todos los casos lo de Dreyfus se trató de una perfecta conjunción de casualidades que finalmente constituyeron una conspiración. Los que conocen el caso y se han quedado con la versión cinematográfica de la década del treinta protagonizada por Paul Muni y José Ferrer tendrán aquí una versión más económica, no menos emocionante y de un final perfectamente infeliz.

Hace pocos días, en un artículo publicado por La Nación, Marcos Aguinis produjo una nueva inocente interpretación del affaire al titular uno de sus apartados "El triunfo de la verdad". Lo cierto es que la verdad en estos casos suele no tener ninguna importancia, y se subordina a los acontecimientos tal y como estos son socialmente producidos y comprendidos.

El cuerpo que pende.

Grosso ensaya discursos divergentes a los de Menem, casi lo acucia, lo exige. Todavía vale como ejemplar del peronismo renovador, todavía es presidenciable. No se integra a la corte menemista dejando sus espaldas descubiertas mientras hace la batalla en la capital. Tiene más adversarios adentro que afuera del partido. Y afuera tiene muchos. Ruckauf quiere su lugar, Manzano compite con su proyección, Bauzá se baña diariamente en cocteles de temor, odio y desconfianza. Cavallo sabe que el crecimiento de Grosso equivale a una cuantiosa pérdida de su poder relativo y a un futuro imprevisible para él y para los intereses que él representa. Son muchos los lobos del acecho. Demasiados.

Las mediciones de imagen de finales de los 80 y principios de los 90 daban un dato halagüeño y al mismo tiempo comprometedor de Carlos Grosso. Era, quizá como lo que pretende ser Béliz hoy, algo así como “el candidato de las suegras”. En realidad un modelo de peronista que distaba de la preconcepción que los sectores medios paralelos a la política solían tener.

Todavía el menemismo en su heterodoxia pragmática no había inundado el nombre del partido de Perón con esas oleadas de antiperonismo basal y oportunismo sistemático que desconcertó a los más y preocupó a los menos. En la puerta de esa historia cisma, estaban los Alsogaray, Adelina de Viola, Avelino Porto y una larga cohorte disfrazando de unidad nacional su posicionamiento y la inoculación de sus prácticas políticas.

Desde ese riñón se diseñaban los caballos de Troya que se veían destinados a la hegemonía política por una vía novedosa, casi paradójica: la de terminar con el “hecho maldito de la política argentina” que para ellos siempre había sido el peronismo, con una operación realizada desde su propio interior. Desde el propio interior del peronismo. Menem se presenta imprevistamente como la puerta mágica de acceso a ese interior.

El peronismo blanco, recreado con los sobrevivientes de la década anterior, constituía, sino una competencia, un obstáculo y una alternativa peligrosa. No era mucho lo que había. Pero había.

Carlos Grosso, independientemente de su pertenencia voluntaria a este peronismo blanco se había convertido en uno de sus mejores representantes. Allí estaban las encuestas que siempre desvelaron a estos grupos dando razones que la razón suele no querer entender.

Pero si los acercamientos y las inclusiones efectuadas por estos sectores para componer la cohorte menemista terminaban diluyéndose en el propio “partido de Menem”, no sucedía lo mismo con un eficiente operador de origen cordobés que, instrumentador consecuente de las políticas económicas desarrolladas durante la dictadura, tenía pretensiones políticas propias y estaba dispuesto a desarrollarlas.

Domingo Felipe Cavallo se convirtió, a la sazón, en el verdadero adversario de Grosso en el terreno.

*

*

*

Con Dreyfus en particular la pretendida “verdad” fue objeto de las distorsiones y vejaciones más abyectas. En primer lugar por razones de oportunidad que son las que le dan a la víctima su carácter propiciatorio. En segundo lugar por motivos políticos ya que, como veremos, la III República Francesa hizo en el caso el enclave de una discusión final que le diera la legitimidad que no tenía. Y en tercer lugar por razones del ánimo social francés de finales del siglo XIX signado por el deseo de afianzar una nacionalidad abatida en el campo de batalla y solo referida a los símbolos de la tricolor, el 14 de Julio y la Marsellesa.

El 26 de septiembre de 1894 una empleada de limpieza en la embajada de Alemania en París, *madame* Bastián, hallaría fragmentos de una carta escrita por un oficial francés en la que comunicaba a los alemanes (es decir al enemigo que 20 años antes los había humillado tras la derrota pavoneándose por París y anexando Alsacia y Lorena) una serie de datos de escasa importancia referidas a un nuevo freno hidráulico, a modificaciones realizadas por el Estado Mayor Francés en la organización de tropas de relevo, a las formaciones de artillería, a un nuevo manual de tiro y a una nota sobre Madagascar. El hallazgo de Bastián no fue circunstancial ya que habitualmente hacía esa tarea de “limpieza” de basureros para los franceses a cambio de 250 francos viejos por mes.

El 15 de octubre es detenido como presunto autor de la nota el capitán del Estado Mayor, Alfred Dreyfus, miembro de una adinerada familia de industriales alsacianos judíos que, con una evidencia casi inexistente, fue juzgado y condenado a prisión perpetua por el delito de alta traición y en consecuencia, expulsado del Ejército y recluido en la Isla del Diablo de la Guayana francesa en febrero de 1895.

Un año después, el nuevo jefe del servicio de inteligencia, Teniente Coronel Picquart, encuentra pruebas irrefutables de la identidad del verdadero espía, un legítimo de la aristocracia húngara, coronel Ferdinand Walsin Esterhazy. A partir de allí, el error administrativo deriva en una conspiración ya que Picquart es transferido a Túnez y en su lugar, el coronel Henry, forjó documentos falsos para incriminar definitivamente a Dreyfus. En enero de 1898 un tribunal militar exoneró a Esterhazy de las acusaciones que contra él habían formulado los familiares y los abogados de Dreyfus. Sin embargo, a esa altura de los acontecimientos, la pasión popular había estallado.

*

*

*

En una medida era el ideal.

En él confluían elementos irreconciliables en el esquema de la mentalidad pequeño - burguesa de la Argentina de la democracia recuperada.

Un analista político de renombre confesó que la saña con la que se practicó el sacrificio de prensa para con Grosso nació en el hecho de que se trataba de “la esperanza blanca del peronismo, y él, Grosso, sorpresiva y desgraciadamente, se había transformado en una operación de reducción jíbara en “la propuesta menemista para la Capital Federal”.

La condición inicial, perceptible aún hoy en perspectiva, colocó a Grosso en dos áreas de “necesidad” nítidas del requerimiento social: la de los que aspiraban a un peronismo “blanco” y la de los que, por el contrario, no podían aceptar la posibilidad de que el peronismo pudiera presentar una versión así de su dirigencia prototípica. Un hombre de letras no podía ser peronista.

Pero su condición de peronista podía ser negada o discutida sólo dentro del propio peronismo, este precepto es parte de la animalidad política de esa cultura. Pero estos cuestionamientos que alguien definió como “abuso del peronómetro” siempre fueron más mecanismos de descalificación interna que cuestionamiento

doctrinario. De manera que fuera del peronismo, o mejor aún dentro del antiperonismo él, Grosso, como otros menos notorios que él, era inconcebible, inédito, inaudito. Este es uno de los factores propiciatorios que habría de concurrir al momento de la victimación. (2)

*

*

*

En 1991 Grosso no contaba, en la constitución de su imagen pública, con los favores de la convertibilidad. Su aceptación en los sectores medios era un logro propio y se insinuaba en la Capital superior a la del propio presidente. Claro, aún el invento de Cavallo no había mostrado las bondades esperadas y luego tan valoradas por esos sectores: la detención de los procesos inflacionarios, la política de importaciones de bienes y su acceso facilitado a través de los sistemas de cuotas que la estabilidad permitiría pautar.

Su parsimonia televisiva, y su solvencia en las intervenciones le había otorgado esa prerrogativa. Si bien su ascenso dentro de las estructuras partidarias del peronismo capitalino había sido por otras artes más ortodoxas desde el punto de vista de la política, no debe negarse que la consolidación de la imagen pública de Carlos Grosso es fundamentalmente mediática. La dimensión mediática de Grosso hoy resulta difícil de mensurar, ya que podríamos decir que el muñeco está roto. Sin embargo, la propia manera en que irrumpe una y otra vez en la escena mediática con exabruptos, frases infortunadas y el interés que genera en el corazón de los medios corrobora esa dimensión. No extrañe entonces la debilidad de su carne a los filos de ese sistema. D{onde las dan las toman, dicen los españoles.

Lo cierto es que aquel cuarentón atildado, de aspecto juvenil y modales cuidados, había roto las resistencias que hacia el peronismo conservaban intactas las clases medias altas porteñas. Es más, bien puede decirse que ante la inexorabilidad de la presencia del peronismo como gobierno en el distrito (recordemos que por entonces el Intendente de la ciudad era nombrado por el presidente) Grosso se constituía en una versión dosificada en el nivel de tolerancia.

No solamente el peronismo en general es históricamente resistido en Capital, el propio peronismo capitalino es diferente al resto del peronismo. Allí Grosso había logrado un triunfo abrumador en 1985 convirtiéndose en un organizador minucioso de las estructuras de las agrupaciones que constituían esa variopinta y poco orgánica fuerza partidaria.

Cuando se interna en la intendencia, Grosso pierde poco a poco su relación con esas estructuras. Carlos Ruckauf, sin carné de pertenencia definitiva como es su estilo, perforó todas y cada una de esas agrupaciones y sin liderazgo visible manejó a su antojo tomado de las riendas de los apetitos individuales de cada uno de los dirigentes notorios de esas organizaciones. Así se explica el reclamo de presencia en el gobierno que se desata en agosto de 1992 cuando el intendente se ve desbordado por las pretensiones de cargos de esas agrupaciones, reclamo comandado por Carlos Ruckauf, Miguel Angel Toma, Jorge Arguello, Marcos

Raijer, Eduardo Rollano, Juan José Minichillo, Fernando Melillo, entre otros. La habilidad de Ruckauf siempre consistió en no perder de vista su deseo, lo que lo convirtió unos meses más tarde en uno de los verdugos internos de Grosso, como años después en funcionario zigzagueante: Ora Ministro de Menem, ora Vicepresidente, ora gobernador de la provincia de Duhalde, ora canciller que huye hacia el futuro.

De manera que por entonces Grosso se había quedado sólo con su sostén mediático y éste, como veremos, se desvanecería con una prontitud tal que hoy cuesta imaginar que alguna vez haya existido.

Sin red de contención en la realidad política la caída se tornaría tan irremediable como mortal.

*

*

*

Hay un instante que se prolonga hasta el final de la noche en que los bombos dejan de oírse.

Nunca imaginó que fuera así. Cesaban de pronto su rítmica aplastante y el silencio era el que te daba conciencia de lo que había sucedido. Y había sucedido algo extraordinario para un hombre como él, esencialmente antiperonista, cabalmente antiperonista, convencidamente antiperonista: había sido bautizado de peronismo.

Sin embargo esa tarde, apacible tarde coscoína de 1992, comenzó mal. Muy mal.

Grosso reiteró su ofensiva en una arenga que recordaba los dichos del presidente en la apertura legislativa, una operación que - él sabía - el propio Grosso había realizado sobre la entusiasta pluma del joven escriba Béliz, hacedor de discursos presidenciales y expectante conspirador. No imaginaba entonces que ese mismo jovenzuelo sería parte de su historia política cuando lo acompañara en su fórmula derrotada en Capital casi diez años después.

Lo que lo abrumaba era la actitud pertinaz del chaqueño, un rasgo de carácter en el que se identificaba y que, en otro contexto, hubiese movilizado su simpatía. Pero a esa condición valorable, Grosso adjuntaba una cuota intolerable de erudición, casi de petulancia, y eso le revolvía el estómago. Ese sesgo era frecuente en los radicales. Pero los radicales siempre han sido unos idiotas quedados en el folklore de la palabra, del parloteo, de la *sanata*. Grosso era peronista, y como tal olía la sangre y la sangre lo ponía en movimiento. Le molestaba saber que, en la intimidad, Grosso lo llamaba "el Mingo". Pero no lo odiaba por eso. En realidad no lo odiaba. Solamente lo tenía apuntado, en la mira, marcado. Era tan diferente a Menem como él mismo. Y eso sólo significaba una declaración de guerra.

La noche terminó bien. Allí en Cosquín, a instancias del intendente de San Francisco, Jorge Bucco, un hombre de sus filas que había armado la comparsa ritual del peronismo, Domingo había recibido la unción popular. A partir de ahora todo lo que hiciese y dijese sería peronismo puro, peronismo en acto, peronismo

inaugural. Ahora él era un peronista ministro de un gobierno peronista. Ahora él era el pensamiento y la acción económica del peronismo.

Por eso, sólo por eso, Grosso era uno de los problemas a resolver. Y había que resolverlo en la cancha de Grosso.

*

*

*

Cómo se construye un judío?.

Sartre decía que el verdadero nazi era aquel que sabía construir su judío. La idea es más aterradora que sencilla. Lo social es una actividad que genera desechos. Los desechos se cargan todo el tiempo que sea posible y cuando ya no se puede más se los elimina. Pero la actividad en el plano social no tiene la facilidad amoral de excreción de los desechos orgánicos. Esa eliminación debe ser justificada, institucionalizada, codificada, significada. Uno no caga eso en cualquier parte y de cualquier manera.

Los hacedores del golpe del 76 construyeron dos judíos. Un Abel “subversivo” y un Caín defensor de la “forma de vida occidental y cristiana”. Con la sangría de Abel y la alineación de Caín abrieron el drama final de la Argentina. Ocuparon siempre los lugares definitorios. Los Ministerios de Economía y los Bancos, los líderes de la opinión mediática y los Bancos, las consultoras mejor munidas de contactos internacionales y los Bancos, los distractores profesionales y los Bancos.

Muerto Abel, y Caín en el exilio de la locura, el judío que se venía era el político. Clase tamizada por la discriminación desde el 30 hasta el 45, filtrada por la persecución desde el 55 hasta el 72 y asesinada, cooptada y vaciada desde el 76 hasta el 83. Lo que quedó en la nómina es miserable si se lo compara con lo que hubo en una generosa historia de la política nacional. Pero de cualquier manera lo que quedó era molesto para los reales sectores de poder, a menudo indescifrable y siempre objeto de una operación de compra, convencimiento o directamente eliminación.

La realidad política de la Argentina a partir del '83 fue para este poder sin nombre una realidad fácilmente abordable. La clase política, sobrevivientes casuales de la purga ejemplar, estaba obnubilada con sus pujas menores: un radicalismo que por una vez podía triunfar ante un rival que se había convertido en su enemigo existencial, un peronismo que estaba tan seguro del triunfo electoral que jugaba en su interna histórica todo el destino del país.

Corromper un cuerpo muerto es relativamente fácil: se aumenta la temperatura y la humedad, es decir se generan las condiciones más adecuadas para que el proceso de corrupción proceda y se tiene el éxito asegurado.

Conscientes de lo que pasaba en el mundo, diez años después descubrieron que en realidad la política debía ser desalojada. ¿Qué mejor que hacer visible lo que se había conseguido a fuerza de gestión: la corrupción inveterada de la clase política argentina?.

De manera que se pusieron en gestión tomando y asociándose con los medios de comunicación en todo y en parte (una sinergia y simbiosis de adecuación

natural) y se lanzaron a la empresa final de terminar con la política. Para ello se contaba con la colaboración inestimable e involuntaria del “público” que en diez años había reemplazado la amansadera mental de Nesutadt y Grondona por la ensarta de clichés y estereotipos de Gelblung y Rial, un aberretamiento sistemático e imprescindible que condecía con la degradación en paralelo de la clase política.

Pero además estaba “la gente”, “el público” como solía llamarla Alsogaray, una facilidad adicional para la castración de la historia. La gente.

La gente.

*

*

*

En general se habla de la “gente” como si la palabra se refiriera a un concepto. Se habla y se escribe de ella, en su nombre, como ella, desde ella y a su través. El sustantivo indefinido e insustancial “gente” es la herramienta retórica más eficiente del embuste mediático, la farsa de la representatividad y el *burlebirloque* de la política contemporánea.

Una realidad vaciada por la historia: el pueblo, un concepto amalgama de la pretendida cultura común, del supuesto sentimiento de nacionalidad y deseo de pertenencia, fue reemplazada por una palabra vaciada, huera y desalmada: “gente”, más a propósito con él perfil del agente social contemporáneo.

*

*

*

Durante tres semanas me dediqué a testear el “conocimiento público” que existía del “caso Grosso”, quiero decir del caso original, de aquella construcción social mediática de 1992.

Lo hice aleatoriamente sin pretensiones metodológicas y en la conciencia de que lo que iba a encontrar ajustaba casi perfectamente con lo que me imaginaba iba a encontrar. Sin embargo muchas de las respuestas aportaron datos que no tenía y sirvieron para fortalecer la hipótesis de que cuanto mayor es la superficialidad del conocimiento más estable es ese conocimiento.

La mayoría de los entrevistados identificaba la imagen de Grosso con la de la corrupción sin mayores precisiones. No recordaban con exactitud de qué cosa se lo había acusado y estaban todos seguros de que era culpable. No más del 20 por ciento recordaba el caso de “La Escuela Shopping”, fundamentalmente desde el nombre, y muy pocos sabían que se trataba de un caso referido a unas construcciones realizadas en un predio lindero a la Feria Municipal y casi ninguno recordaba mucho más que eso. Todos los consultados habían tomado referencia del tema a través de la prensa, obviamente, y muy pocos recordaban con seguridad a algún periodista en particular.

Extendí la consulta a algunos hombres de prensa conocidos pero las respuestas giraron en torno a un hecho que yo no podía desmerecer: habían pasado diez años.

Cuanto mayor era la memoria o el número de los datos traídos menor era la certeza sobre la culpabilidad, pero en la mayoría de los casos las dudas se diluían por lo que los investigadores en comunicación llamamos la operación del contexto que no es otra cosa que una forma acotada de la generalización. Un reconocido periodista de investigación amigo me dijo una vez: “ No hay ningún político en la Argentina que resista una investigación.”

*

*

*

La III República francesa fue la hija desmerecida de una derrota militar y de un tratado vejatorio para el sentimiento nacional de los franceses. Una estructura política famélica dentro de una nación dolorida en la que las líneas ideológicas nacidas de la Asamblea Revolucionaria un siglo atrás, derecha e izquierda, iban a trazar el rectángulo para la continuidad de la lucha.

El caso Dreyfus fue su trofeo y oportunidad. Con él las derechas francesas movilizaban un sentimiento de nacionalidad rabiosamente atesorado y accedían a cristalizar y a amalgamar la causa nacional con la causa antisemita que le daba enemigo visible y permanente a la primera. En 1888 aparece La Francia Judía de Edouard Adolphe Drumont, el constructor del antisemitismo francés, quien consolida en un manual lo que la derecha francesa necesitaba. La República débil sería incapaz de enfrentar al enemigo externo porque ignoraba deliberadamente las acciones del enemigo interno. Era la Francia Eterna, el baluarte conceptual del arzobispo de París, Veuillot, y del periódico La Croix y de intelectuales de la talla de Charles Maurras.

Pero en las antípodas, la República administrativa tenía una ambición y un plan político, hacer desde su funcionamiento una purga institucional permanente de los mecanismos reaccionarios que sobrevivían al establecimiento del sistema. Las vinculaciones del Ejército con la Iglesia era uno de las espinas del pasado a remover. Allí el periódico L'Aurore e intelectuales como Anatole France, Emile Zola , Marcel Proust, Jean Jaures, Albert Sorel y André Gide, entre otros, comenzaron a pulsar la cuerda que finalmente triunfaría, independientemente de los destinos individuales, y especialmente del de Alfred Dreyfus.

Dreyfus fue un estado de ánimo, el catalizador que permitió la reacción química de una país en plena mutación. Mal que le pese, su victimación fue propicia a ambos contendores. Siempre es así, los cadáveres que siembran los campos de batalla justifican la guerra y los ejércitos. Sin esos muertos la muerte por necesidad política, es decir la guerra, carecería de sentido. Lo que cuesta, vale.

*

*

*

- Precioso equilibrio -, se dijo Carlos Menem.

Sobre la mesa de luz están esos gemelos que no recordaba quién le había regalado. Oro engarzando unas piedras negras. Desde la cama podía verlos en precioso y delicado equilibrio. Esos indicadores de la realidad le daban ideas, le sugerían acciones.

Definir el mediocampo de River en una reunión de gabinete en la que se discutía la posición militar argentina en el Golfo le parecía una reafirmación de su derecho. La decisión ya la tenía tomada porque el que paga por las decisiones es quien las toma. Sólo los idiotas pueden definir esas actitudes como frivolidad.

Grosso había tenido dos meses de gloria. Lo había ratificado en la intendencia con los honores de un ministro, le había regalado un discurso increíble. Cada dicho de ese discurso lograba los tres objetivos que se propone todo hombre de poder que otorga un beneficio: crea un compromiso con el que recibe, aumenta la furia de los enemigos del que recibe (y eso es siempre una ventaja a futuro) y equilibra las fuerzas internas que siguen sabiendo que el que bendice es el que manda.

No contaba con el resultado de la interpelación.

Desmantelado y renovado el gabinete de la intendencia resultaba improbable que Grosso pudiese superar sólo, con gente inexperta, el apriete de esos chicos de la oposición en el Concejo Deliberante hambrientos de cámaras y de micrófonos. Sin embargo lo había hecho demasiado bien. Demasiado, porque él hubiese preferido algo menos concluyente. Pero había sido una paliza.

Sus cercanos, fundamentalmente Eduardo y en menor medida Alberto, sintieron el peligro de esa victoria demoledora en el recinto y en los diarios. Él también.

De un tiempo a esta parte Grosso estaba creciendo por su cuenta, y esencialmente estaba sintiendo cansancio de la forma que iba cobrando la disputa con Cavallo.

Siempre es bueno que la fuerza de los que están debajo de uno se canalice en parte en la pelea interna. Pero cuando esa pelea empieza a hacerse con prescindencia de uno es hora de preocuparse.

No estaba demasiado seguro de seguirle el juego al Mingo en esa concentración de fuerza y transferencia de servicios. Economía estaba adquiriendo un protagonismo demasiado grande en los hechos. Olía al Mingo. Esa impaciencia le transpira. Esa inquietud que le impide detener los movimientos de las piernas aún cuando está sentado le delata la avaricia por el poder. Una amiga suya le había dicho alguna vez que esa inquietud estaba relacionada con la falta de sexo. Pero él no se imaginaba al Mingo en nada que tuviera que ver con el sexo. Ni tampoco se veía hablando con él del tema. De cualquier manera por falta de sexo o por lo que fuera, Domingo era un problema necesario. Tan necesario como problema.

Hacía unas horas Cavallo le había pedido el veto para Buenos Aires de la Ley de Puertos. Había dudado aún con la solicitud de otros amigos. Pero ahora estaba seguro. Muy seguro.

Precioso equilibrio.

Dorado y negro.

Piedra y metal.

La sogá y la madera de la horca.

El político es el judío de hoy. La sociedad lo condena sin excepciones y hace recaer en esa figura toda la explicación del fracaso, la frustración, el dolor, individual y colectivos. El político es el que miente por naturaleza y no por necesidad. Es la quintaescencia del oportunismo. Es el que vende, traiciona, produce y justifica la decepción que hace que la gente se divorcie de todo lo que tenga que ver con la política. La política es sucia, ruin, y eventualmente innecesaria. La política es latrocinio, desigualdad, coima, obscenidad. Los políticos son los odiados monjes de ese culto mendaz. Cuando algo, parte o todo de esta verdad social se prueba en alguien, una sonrisa indignada, un dolor feliz estalla en el pecho de la gente.

La historia es sumamente elocuente y rica en ejemplos: cuando el deseo de una “solución final” se hace colectivo es que se ha llegado al máximo de la impotencia política. Pero es en este último tiempo, en que el sujeto social sufre un ensimismamiento tendiente al absoluto, el tiempo en el que ese deseo se vuelve patético. (3)

Sucede que tenemos un ciudadano idiota, en el sentido en el que los griegos sostenían el concepto de idiota, es decir aquel que se desinteresa de la cosa pública. En tiempos normales esa idiotez compone plácidamente el paisaje de las sociedades. En tiempos de crisis, el idiota se encuentra acorralado entre una situación que lo afecta y su incapacidad para mover los motores que la resuelvan. Este nuevo sujeto colectivo, traicionado por sus dirigencias que se le parecen irremediablemente, es lo que inconscientemente conocemos con el nombre de “la gente”.

*

*

*

¿Cómo fue que la encarnada presencia del espíritu colectivo que se llamó pueblo, patria, nación, trocó en esta palabreja denunciadamente descomprometida y temperamentalmente ovejuna? : gente. ¿Cómo sucedió este desplazamiento?

La respuesta requiere algunas explicaciones previas. En primer lugar preciso acuerdo respecto de una definición recurrentemente malentendida: el concepto de ideología.

Tomo para esto la idea de Michel Foucault. El Foucault que me auxilia dice que la ideología es “dimensional”. Esto significa que la ideología no es un discurso, ni una “manera de pensar”, ni un orden de opiniones debidamente estructurado y al que echamos mano toda vez que hace falta. La ideología, como dimensión atraviesa toda nuestra realidad, no la compone, no la ordena sino que la integra como una dimensión.

Así como el alto, el ancho y el largo no se encuentra precisamente en ningún objeto pero atraviesa toda la realidad tangible y se la ubica en todos los objetos. Así la ideología se entrama en toda la realidad y, especialmente, en toda nuestra realidad. De manera que difícilmente obremos en contra de nuestra ideología.

Si alguien por ejemplo dijese que por razones ideológicas debería enviar a su hijo a una escuela pública pero, en razón del estado por el que atraviesa la escuela pública no le queda otro remedio que mandarlo a una escuela privada se está engañando. La acción se ordena a la componente ideológica siempre perfectamente. Una ideología pequeño burguesa o de sectores medios contemporáneos privilegia por diferentes razones y de diferentes maneras a la educación. De manera que la acción se corresponde a la ideología de manera inevitable. Es más fácil que se obre en contra de una convicción que se actúe contra la propia ideología.

Vayamos ahora a una segunda definición de otro habitante de las cárceles en vida: Antonio Gramsci. La definición es la de “hegemonía”. Con Gramsci decimos que un paradigma se vuelve hegemónico cuando por un proceso que no podemos explicar aquí, hace orbitar a su alrededor a cualquier otro paradigma anterior o nuevo de una manera que obliga a todo a “ser leído” según sus categorías. Como ejemplos históricos, el paradigma religioso del medioevo, el paradigma científico del positivismo de finales del siglo 19, o el paradigma de la nacionalidad que con intermitencias aparece a lo largo de toda la historia de los pueblos.

Todos estos paradigmas pueden darse simultáneamente, sólo que uno y sólo uno tiene en determinado momento de la historia el rol central. Esto quiere decir que la situación hegemónica de un paradigma no implica la desaparición de los otros sino que, en convivencia, todos los otros paradigmas se ordenan según los criterios fijados por el paradigma hegemónico.

Ahora bien, conviene decir aquí que la ideología de los sectores medios se ha convertido en el paradigma hegemónico de la sociedad contemporánea. Y esta es la respuesta que (habrá que explicar como) responde a la pregunta : ¿cómo fue que el pueblo se convirtió en “la gente”?

*

*

*

En 1998 descubrí como se habían corrido las referencias mediáticas sin que yo me diera cuenta. La opinión infundada había dejado de existir. Ahora, las opiniones habían encontrado su fundamento no en el peso de sus argumentaciones ni en su apego por la contrastación con la realidad observable. Ahora, una opinión se validaba por la validación de quien la emitía.

Mi descubrimiento se debió a una casualidad. Sintonizando FM Horizonte descubrí una tarde un programa con un conductor muy poco apropiado para la naturaleza descafeinada de ese segmento radial. Se trataba de Bobby Flores, una personalidad de la radio y la televisión que yo conocía poco y que mediante el mecanismo de las transgresiones a la carta había logrado despertar mi interés.

Una de esas tardes se presentó una historia de la crónica diaria en la que se narraba un caso de sanción social que yo aún no había descubierto como lo que era realmente: una sanción social - mediática. Un joven, en un café, le había propinado un par de escupitajos a un político en las cercanías del Congreso de la Nación.

Flores, sin recursos acordes con su apellido, legitimó la acción y la agresión que conllevaba con un argumento tan económico y certero como cualquiera de los escupitajos de marras:

- Está bien que el joven escupa al político.- repitiendo la idea para emparejar con el número de salivazos:
- Está bien que el joven escupa al político -.

Rápidamente me di cuenta que Flores estaba seguro que su audiencia esperaba esa respuesta y no su fundamentación. Bobby entendía que sus oyentes querían conocer su juicio sin importar como había arribado a él. Para eso está la confianza que se ratifica en cada sintonía. Para eso está el rito del encuentro entre la audiencia y el comunicador que sacraliza por su sola existencia el hecho de la comunicación.

Unos días después escuche a Bobby hacer una libre interpretación sobre la década del 70 y, especialmente, sobre la época del proceso militar. La exégesis, por lo que se desprendía del relato, estaba dirigida a los más jóvenes. Allí me enteré que la gran preocupación de las fuerzas de seguridad en aquellas oscuras épocas era el pelo largo de una juventud que así, y por lo visto especialmente así, mostraba su rebeldía. También supe que la policía se había llevado a alguien por hacerle escuchar *funky* a un grupo de amigos y que había dos grandes preferencias musicales: los Beatles y los Rollings.

Como imaginé, creo que con razón, que Bobby no tenía edad para contar lo que contaba le mandé un fax con algunas aclaraciones. Esencialmente que los Rollings eran la hinchada de Cambaceres contra la de Boca que en la analogía vendría a ser la de los Beatles, y que los jóvenes de entonces eran llevados por razones y acciones políticas entre las que se incluía la lucha armada y que esto implicaba un compromiso mayor que el de hacer difusión del funky. Le comenté también que en realidad se escuchaba más a la negra Sosa que a Bob Marley y que la pasión de esa juventud tenía nombres que hoy son abominables para los jóvenes y para los *pendeviejos*: Patria, Política, Revolución, Perón, Evita, compromiso.

Flores, a quien pedí que no leyera eso al aire sino que lo tomara como referencia jamás contestó mi fax.

Claro: al no saber quien era yo le faltaba el fundamento de mi opinión.

*

*

*

Henry se golpeó la cabeza en el limite de la frente con la palma de la mano.

Con un pequeño esfuerzo las cosas se irían acomodando. El Coronel Sanherr lo miraba con cierto fastidio. Era un poderoso engolado ese Sanherr. Un exhibidor de medallas que recordaban un innumerable rosario de heroicidades inútiles y otro tanto de derrotas. De una veintena de años a esta parte esos empenachados le revolvían el estómago. Todo el estado Mayor era un hato de incompetentes y él se debatía desesperadamente para halagar a esos imbéciles colgados del presupuesto nacional y que la sociedad francesa despreciaba en silencio y con resignación. Eran todos una caterva de figurones.

Sanherr advirtió que Henry veía a través de él con un brillo extravagante en la mirada.

Hacia tres horas que Henry había desplegado ante sus ojos un desarrugado manuscrito en papel cebolla rescatado por una espía colocada en la embajada alemana en París, Marie Bastián. El desecho contenía información menor sobre varios tópicos, una alusión al cañón de 120 milímetros que se guarda como secreto militar por la oficialidad de artillería del Estado Mayor y un considerable esfuerzo del desconocido autor por darle a los alemanes la impresión de que la información suministrada y la prometida poseían un valor dinerario que habría que reconvenir por encima de lo pactado con anterioridad. El “bordereau”, así se lo llamaría desde esa tarde, constituía por fin un asunto digno de ser investigado. Sanherr estaba harto de sufrir el escarnio y la maledicencia que sobre L’Armeé descargaba la prensa socialista con los judíos por detrás. Esta podía ser una oportunidad de demostrar cómo el ejército alemán, tan enemigo como admirado, tenía una real preocupación por el hacer de sus pares franceses. - Nos están espiando – pensó mientras se mesaba la sotabarba – los estamos preocupando.

El asunto no obstante tenía un perfil ríspido y peligroso, el propio Henry lo había sugerido. Esa información salía del mismo Estado Mayor, de la mismísima Oficialidad de la Artillería francesa.

El asunto debía desembocar en un traidor. Sin traidor no había asunto. Y el traidor debía ser un traidor conveniente, un traidor que dejara a salvo el nombre del Ejército. Y debía ser un traidor hallado rápidamente si no se quería que el asunto estallara como una granada caída accidentalmente en las entrepiernas. Ya bastante con el desgraciado *affaire* de la caja fuerte con toda la documentación de un año de actividad militar vendida en una subasta pública por el Estado Mayor. Ser el hazmerreír de los liberales era más que lo que podía tolerar un hombre como él.

Y allí estaba Henry. Hubert Joseph Henry, un tipo tan extraño como siempre bien dispuesto, mirándolo como si en un lugar situado en un punto imaginario entre sus insignias hubiese encontrado algo invalorable.

Monsieur le coronel – soltó Henry – En el Estado Mayor, en el lugar más sospechado que es la propia artillería hay alguien digno de una profunda desconfianza. Creo que deberíamos empezar por allí.

Henry sabía que Sanherr no disimulaba su desprecio a los judíos. Él mismo no se explicaba como el ejército toleraba con peligrosa permisión la introducción de esos elementos en sus filas. La unidad nacional, social, histórica y racial era un requerimiento vital para los hombres de armas. Pero más allá de esas disquisiciones políticas, Henry creía haber hallado la perla negra que habría de darle el éxito en tan delicado asunto.

-Explíquese – reclamó Sanherr mientras se envaraba con tanto esmero que parecía le costara gran esfuerzo sostener los medalleros de su pecho.

-En el Estado Mayor hay un Oficial de origen judío - despachó Henry.

Toda sentencia tiene algo de ominoso. Pero esa tarde en aquella recoleta oficina se acababa de celebrar un juicio, un prejuicio, que dejaba a esos hombres liberados. No era la extraña felicidad del predador que descansa sobre la presa recién cobrada. Era el alivio de dos seres insignificantes que acababan de encontrar un resquicio por donde respirar mientras se venían los espesos aires de una historia que amenazaba con aplastarlos.

La lámpara de gas tembló. Los dos quedaron en silencio.

*

*

*

El juez miró a Grosso con la mirada de un sastre. Echándose hacia atrás para luego sincerarse protegido por el blindex de lo inevitable le dijo con fría franqueza.

–Mire Grosso, cualquier hombre de leyes se da cuenta que en sus juicios no hay espacio para la condena, pero lamentablemente hay aún menos espacio político para una absolución. Tenga paciencia.-

Un corrupto conveniente era la mejor conveniencia que la empresa privatizadora de Carlos Menem podía lograr.

Moralizar es infundir moral, no importa cual.

*

*

*

La postura de los sectores medios es, en general, camaleónica. Puede hoy, disputando poder o jugando su posición tambaleante en la escala económica (que la clase media llama “social”), tomar discursos progresistas, hacerse eco de las consignas populares, o puede, como ayer nomás, hablar de libertinaje, pedir mano dura, hacer pie en la idea de que tanto la pobreza, lo berreta como lo argentino son sinónimos. Quiero decir que bien hoy puede pedir a gritos que “regalen los ferrocarriles que cuando eran de los ingleses andaban bien” como embanderarse de celeste y blanco hasta los interiores en “defensa” de la línea aérea de bandera.

Esta errática y tambaleante pirámide de creencias cobra coherencia en la naturaleza descomprometida, ventajista, históricamente cobarde de todos los sectores medios en lo que le va de vida a la humanidad.

Sólo cuando las brevas están maduras, y en concurso de las masas más desesperadas y bajo la guía de líderes intelectuales esclarecidos es que estos sectores medios pueden, de vez en cuando, salir en la galería de fotos de las revoluciones como en la Francia de la Bastilla, pero sólo así. La revolución rusa, la china, la norteamericana, la cubana, debieron hacerse con el protagonismo de quienes nada tenían para perder y todo para ganar, situación que jamás es el caso de los sectores medios de cualquier sociedad. Es más, generalmente, esos sectores medios conspiraron contra el cambio y las transformaciones temerosos de que significaran una pérdida de su posición en la escena. Digo, estadísticamente, más traidores que héroes en la mayoría de los casos.

*

*

*

Es el mediodía en Aeroparque Jorge Newbery. Carlos Grosso acaba de arribar de Rosario a Buenos Aires y se dirige hacia la zona de taxis. A pesar de los años que pasaron desde su mejor estado público y de la diferencia en el color del pelo y el sobrepeso, un taxista de esos que componen la organización que allí funciona lo reconoce. Asomando su obeso cuerpo por la ventanilla del reluciente Polo le grita:

- Carlitos.....vos sí que te la llevaste toda..!!! –

Grosso no sabe hoy si debió interpretar el comentario como un agravio o como una felicitación.

*

*

*

Las “ideas”, o mejor dicho las categorías esgrimidas históricamente por los sectores medios eran venidas tanto de políticas de penetración cultural, de las que naturalmente fueron campo orégano, como del dictado de los grupos de poder con intereses asociados al extranjero.

Las clases medias se ligaron a esos sectores, como es lógico en las sociedades definidamente clasistas, ante el sentimiento de peligrosidad que las masas de los estratos inferiores, oscuras y empobrecidas, significaban para su posicionamiento social.

Desde el punto de vista político siempre reunieron características muy poco agradables en la descripción del perfil : ignorantes por pereza, insolidarios con los intereses del conjunto por egoísmo individualista, traidores de ocasión por el temperamento de la sola fidelidad consigo mismo.

Una advertencia adicional: esta descripción habla de estos grupos sociales (a los cuales pertenezco) desde el punto de vista político. No hago referencia a ningún otro aspecto del desenvolvimiento social ya que el interés es el de

demostrar como este temperamento ante la cosa pública es el que facilita las construcciones de imágenes y, entre ellas, los procesos de victimación a través de los medios masivos que en este trabajo se describen. Repito entonces, los sectores medios han sido y son, en términos políticos, riesgosamente anodinos.

Ahora bien, este temperamento no encarnaba otro problema en el pasado que el que implicaba los esfuerzos por cambiar desde alguna posición de fuerza estas lábiles e infantiles voluntades para que acompañaran los procesos de cambio y no se convirtieran en un obstáculo.

Por eso, no sin esfuerzo, se amoldaron a las corrientes transformadoras que protagonizaron la historia del siglo XX y toleraron a regañadientes la incorporación social de las clases inferiores. Cierto es que muchos de los recién incorporados rápidamente se hacían conservadores y reaccionarios por aquello del chiste “hace cinco minutos que soy blanco y estos negros ya me tienen repodrido”, porque eso es parte de la lógica del ascenso social. El problema hoy es otro, repito: **la ideología de los sectores medios se ha convertido en el paradigma hegemónico de la sociedad contemporánea.**

*

*

*

El taxi pasa frente a Puerto Madero. – Esto lo hizo Grosso no? – pregunto con fingida distracción.

El tachero me mira por el retrovisor y sonrío cómplice para terminar diciendo:

- Esto es de Grosso – arrastrando enfáticamente esa “ese” acusadora y continuar con – está a medias en todo. Lo de los juicios y todo eso es para la gilada. Todo esto es de él de Menem de Macri y de Lalín, el pelado ese que estaba en Racing. La hicieron bien, la hicieron.

El taxi se detuvo a mi pedido. Pagué y cerré el diálogo por no aguantar el silencio que yo mismo había provocado.

– Qué país no? – tire mientras bajaba.

- Y sí...hay solamente boludos e hijos de puta- sentenció antes del chau que precedió a la primera de cambio.

Caminé hacia “Estilo Campo” tratando de imaginar en cuál de los dos equipos me habría incluido el taxista que sabía más que la gilada.

*

*

*

La ideología de los sectores medios se ha convertido en el paradigma hegemónico de la sociedad contemporánea.

Esto quiere decir que esta manera de pensarse sin lo colectivo, de centrar en el ombligo propio el origen del universo, de huir ante el primer riesgo y de instaurar toda ética y moral en la religión del sálvese quien pueda atraviesa toda la

sociedad, toda en su conjunto, haciendo orbitar a su derredor todos los otros paradigmas de clase.

Es esta explicación la que deja congelado al marxismo ortodoxo que no puede resistir la evidencia de que **su** principio motor de la historia, la lucha de clases, haya cesado.

Pero mejor aún que una explicación en el campo del conocimiento es que esta descripción explica la totalidad de la situación actual y todos los niveles en que la conducta social se expresa.

Así se entiende que los mismos grupos y las mismas personas desarrollen ideas base definitivamente contradictorias en el sólo transcurrir de pocos años. La “pulsión mediática” por las privatizaciones de las empresas del Estado y de la radicación de las causas del desastre económico de la Argentina en el rol empresario de ese Estado fue sostenida por los mismos sectores que, años más tarde, acuñaron con una melancolía de generación espontánea el concepto de “las joyas de la abuela”.

Increíblemente el trasfondo anímico que produjo la idea social del “algo habrán hecho” es el mismo que crea la extraña liturgia de los “escraches”. En la misma lábil estructura de la mentalidad política puede darse el reaccionario y conservador contumaz tanto como el progresista “avec charmé”.

Así se concibe la naturaleza degradada de los políticos en la degradación de la política, como una referencia desgraciada de una ideología desgraciada.

Volviendo al despegue de esta reflexión, así se explica como **el pueblo**, ese protagonista innúmero, potente y referencial que encendiera los corazones de las comunidades históricas, se haya desustanciado hasta convertirse en esta entelequia llamada “gente”.

La “gente” como una excusa para las manipulaciones mediáticas, demagogia tecnológica que se sustenta en el número de ojos y en el número de oídos prestos a su natural superficialidad, a su intrascendencia y a su impunidad.

*

*

*

El juicio apresurado y fallido a Dreyfus pudo haber sido remedado si *La Libre Parole*, un periódico nacionalista en el que solía escribir Drumont no hubiese dado la noticia el 29 de octubre de 1894 de que un oficial de origen judío del Estado Mayor había sido detenido por espionaje. Fue el comandante Henry, jefe del contraespionaje quien dio la alarma al diario.

La primera reacción de los sectores progresistas no fue la que pasó a la historia.

Le Temps indicó tras el fallo que no sólo “se ha hecho justicia sino que se la ha a hecho como es debido”, en tanto que *Le Figaró* recomendaba que “ahora que todo ha terminado hablemos lo menos posible de esta triste historia.”

El propio Jean Jaures, destinado a convertirse en uno de los defensores más destacados de Dreyfus juzgó al principio que era injusto que mientras un soldado raso era condenado a muerte por un crimen menor un oficial culpable solo era deportado aun cuando fuese a perpetuidad.

Los socialistas aun no interpretaban la significación del caso y cedían ante la popularidad que el “castigo ejemplar” tenía en el grueso de la opinión pública. Es probable también que inicialmente hayan considerado culpable a Dreyfus o que pensaran que al tratarse de un oficial y de un exponente de la clase burguesa el asunto Dreyfus no era asunto suyo. Sólo después que la causa se vuelve bandera de los sectores nacionalistas y cuando Zola expone en el “Yo Acuso” la falsedad de la acusación y la desvergüenza del juicio la izquierda asume un rol protagónico que tuvo finalmente derivaciones políticas importantes para la organización de la República pero que no impidió, ni mucho menos, que campeara la injusticia por una docena de años.

En cualquier caso, como se ve, la realización social de la victimación se cumplía inexorablemente. Sea como víctima propiciatoria, sea como simbología de la victimación Dreyfus fue “ el sagrado cordero” montado sobre la piedra de la purificación.

*

*

*

A la gente nunca le interesó la política. Y las minorías que tenían ese interés se fueron depreciando con el tiempo en un doble sentido: en cantidad y en calidad. El empobrecimiento de la política es una consecuencia poco descrita porque el único descriptor aceptado de la cultura posmoderna, los medios de comunicación, sólo se interesan por un aspecto, apenas una secuela de ese empobrecimiento: la corrupción. No advierten porque no pueden, que la corrupción no es una causa de la degradación de la política sino una consecuencia. Y aún así el empobrecimiento de la política es sustancialmente mucho más que la corrupción.

En realidad la acepción etimológica de corrupción es la que mejor ubica ese tema, el de la corrupción, en relación con el empobrecimiento de la política. La corrupción es la disolución de un organismo como organización. Lo que se corrompe, luego de la muerte del principio de unidad del organismo, es una totalidad que se separa en sus principios constituyentes. Es el cadáver que se descompone en líquidos, sólidos, gases y otras organizaciones. Pero para que esto suceda primero tiene que producirse la muerte del principio de unidad del organismo. La política está muerta mucho antes que corrupta.

El empobrecimiento cualitativo es uno de los más evidentes, pero tiene un juego de proporciones directas e inversas: cada vez menos gente comprende de política, la alimenta con información, interpreta las experiencias diarias en el conocimiento de la historia y de la lógica de la política; cada vez más gente habla de política para sólo mencionar la corrupción esencial y existencial de la política y de los políticos.

En esto los medios aportaron y aportan diariamente. Especialmente en la televisión. No es sólo aquí sino en todo el mundo, pero los pensadores rápidos que disparan ese raro ingenio de la enhebra de lugares comunes, las dotes histriónicas de los Mones Sans o los Giardinellis y las versiones módicas de la filosofía y de las ciencias que dan los Jaimes Barilkos, o los Abrahames, se

constituyen en las alturas de la inteligencia y el pensamiento político de la Argentina. Desde allí todo lo que hay es para abajo hasta llegar a la quintaesencia excelente de la naturaleza de la mediación mediática contemporánea : un Jacobo Winograd, famoso por ser conocido, es decir un producto entrópico mediático perfecto, alguien que aparece en televisión sólo por ser conocido a través de la televisión.

Pero tengo cuidado en esta comprensión: hace bastante tiempo que en la televisión la ignorancia indeliberada se vuelve instrumento de acciones deliberadas.

*

*

*

No era el único tabique que los separaba. Pero éste era de mármol. Un par de minutos atrás, la misma pulsión los había movido de sus asientos de miembro del Club del Siglo XXI, una creación de Avelino Porto, aquel moralista predemocrático que en nombre de la Universidad de Belgrano había paseado sus modelos teóricos por la televisión neustadiana de principios de los 80. Grosso y Bernardo, precisamente, eran invitados permanentes a esos almuerzos de los jueves una vez por mes en el Jockey Club, y con ellos empresarios, periodistas, sindicalistas, todos componentes de una selecta cincuentena que Porto intentaba convertir en la plataforma de su despegue político.

Allí sustanció Porto en los oídos de la corte menemista lo que le confirió la candidatura a senador por el justicialismo que concluyó con su derrota a manos de Fernando De la Rúa.

Orinaban contiguamente, con esa incómoda y falsa suficiencia con que los hombres orinan en ambientes públicos. Ese mediodía le había tocado exponer a un importante empresario periodístico, a la sazón cabeza de uno de los principales grupos empresarios del sector. El orador había dedicado todo su tiempo a naturalizar lo que él consideraba un nuevo derecho y un nuevo destino de las empresas mediáticas.

“No sólo tenemos el derecho de construir la noticia, tenemos la obligación de hacernos cargo de las mediaciones públicas. El periodismo tiene como producto la noticia, no la verdad. La determinación de la verdad o la falsedad de una noticia es asunto a develar por los historiadores, no por los periodistas. Pero el periodismo tiene que lograr para afianzar su libertad de expresión su libertad económica, fundamentalmente de los anunciantes públicos. Para eso deben tener estructuras económicas multimediales. Si los medios logran esta doble independencia, expresiva y económica, y si son capaces de manejar con dinamicidad y oportunidad la noticia, el sistema mediático está destinado a convertirse en el gran redistribuidor de la mediación social”.

Quien así decía no estaba haciendo otra cosa que sincerar el apetito que el sistema mediático tenía sobre la capacidad mediadora de la política. La verdadera política, es decir la verdadera mediación, debía estar a cargo de quien pudiera ejercerla con eficiencia: los medios de comunicación.

Por entonces todavía podía verse en la televisión argentina un programa de producción británica llamado “Max Headroom”. La serie describía un mundo tal como el que se estaba anticipando en ese almuerzo del Jockey Club.

Bernardo suspiró levemente en sintonía con el relax de su vejiga.

- Oíste lo que dijo? Por un momento sentí un escalofrío correr por la espalda.....- para terminar sentenciando: -este tipo está loco.

Salieron casi juntos. Yo un poco después. Por lo que sé Bernardo, con el tiempo, había asumido la amenaza como una *raison d'être* del periodismo de la última década del siglo. Grosso tal vez hoy aún no lo haya entendido del todo. Básicamente si se atiende a la forma inocente e infructuosa con que se presta a entrevistas televisivas en búsqueda de una reivindicación.

Yo salí de ese baño unos minutos después.

Acostumbro lavarme las manos.

*

*

*

Lo que se juega aquí dista mucho de producirse en el seno de la dupla verdad/engaño. Ese proceso no se estructura y desestructura sobre los polos de lo verdadero y lo falso. Lo que importa es de qué manera “la verdad” o el “engaño” se vuelven irrefutables en la lógica interna de la construcción. En este sentido conviene recordar que cosa es el engaño.

El engaño es un trato mutuo, lo mismo que las otras formas de la comunicación.

Solemos creernos receptores inocentes del engaño del otro, pero incluso entonces, aún cuando efectivamente hemos sido engañados, es difícil descartar el papel que han jugado nuestras necesidades, valores y expectativas en las decisiones comunicativas de los demás.

Estamos mucho más expuestos a las manipulaciones del otro, a creer verdad las mentiras del otro, a creer propias las necesidades del otro cuando el otro es lo suficientemente hábil como para “ponerse en nuestro lugar”.

Muchas de las psicopatías han demostrado un desarrollo exacerbado de la capacidad de penetración en el campo psíquico del otro. El Anibal Lecter original, el de las novelas y el de la primera película de la saga de Anthony Hopkins, “sabía” los pensamientos de su interlocutor.

Esta posibilidad está dada no por la efectiva “lectura de la mente” sino por la capacidad de manejo y de estructuración de la situación de comunicación que el psicópata efectivamente tiene. El resultado es que se impone como propia una idea, una opinión o un tema que en realidad es introducido por el otro a sabiendas de lo apropiado que esa idea, opinión o tema es a la situación efectiva de la comunicación que se da en ese preciso momento.

Pues bien: los medios tienen esa capacidad. Una capacidad resultado de la posición otorgada por el sistema social en la tarea de la mediación.

El límite de lo tolerable en la relación engañosa lo pone el sentimiento de la preservación de la autoestima. Lo que se defiende no es la veracidad de los hechos aceptados sino la capacidad propia de aceptar o signar como veraz un hecho. Lo que está en juego en cada interacción mediática es la conciliación entre la satisfacción de expectativas valores y necesidades que cargarán de veracidad o falsedad un hecho y el riesgo de que tal asignación produzca en la autoimagen. Muchas veces un hecho es aceptado o asignado o signado para refrendar un valor.

La gente asume las versiones de la realidad que le son impuestas al menos con igual frecuencia con la que crea sus propias versiones de la realidad. Las concepciones de la realidad, en este sentido, son tan prestadas como propias.

Todo esto sirve para descargar de la plena responsabilidad de los procesos de victimación a los medios ya que los factores que producen el fenómeno exceden largamente a su acción. Como fue dicho son una parte no menor del funcionamiento social.

*

*

*

El parisino medio aplaudía a Esterhazy al cruzarse con él en la calle. La mayoría de la prensa ponían a la disposición del verdadero traidor columnas y sus mejores firmas. Ni siquiera años más tarde, cuando el duque se refugiara en Londres luego de confesado su crimen el francés medio habría de reconocer siquiera someramente la culpabilidad de Esterhazy porque esto, y allí radicaba el tema central, implicaba reconocer la atrocidad que se había cometido contra Alfred Dreyfus.

Nada que contradiga la construcción de una “verdad” puede ser tolerado. La necesidad social de construir un judío para la famélica Francia de finales del siglo XIX estaba satisfecha y cumplida en la figura de Dreyfus. No resulta fácil que se materialice una víctima apropiada. No todos los días uno tropieza con un traidor, confidente del peor de los enemigos y, para mejor, que no manchara la estirpe nacional siendo como era, un verdadero judío.

Por el contrario, todo lo que pretendiera empañar la calidad de esa “verdad” encendía aún más el deseo victimario y la violencia que, imprescindiblemente, lleva consigo. Cada prueba a favor de Dreyfus lo condenaba aún más. Cada evidencia de su inocencia lo sacralizaba mejor para el sacrificio.

La necesidad es una condición *sinne quanon* de cualquier acto de victimación.

*

*

*

Es más difícil satisfacer el deseo de violencia que suscitarlo, especialmente en las condiciones normales de la vida social. La violencia insatisfecha busca y acaba siempre encontrando una víctima de recambio. Sustituye de repente a la

criatura que excitaba su furor por otra que carece de todo título especial para atraer las iras de la violencia, salvo el hecho de que es circunstancialmente vulnerable y está al alcance de su mano.

Sólo es posible engañar a la violencia en la medida de que no se la prive de cualquier salida o se le ofrezca algo que llevarse a la boca.

El brazo izquierdo.

El progresismo institucionalizado se autodiseña antimenemismo a partir de la lucha contra la corrupción. Sabe que esa es la veta, el camino, la música, el estribillo, el leiv motiv. Será el motor que desembocará en la insólita formación de la Alianza, su previsible triunfo electoral y su estrepitoso fracaso político. Trabajando como minoría moralista, estos sectores comprenden claramente que en principio deben conformarse con las piezas de lastre que el poderoso aparato de gobierno estaba dispuesto a conceder. Alguien indoloro para la corte saciaría fácilmente el “apetito ético” de estos sectores. Grosso será “pajarito de polenta” como dirá después.

-Este verano se viene Grosso-

Chiche tenía información confusa y órdenes precisas aquel diciembre de 1992.

Sobre principios de noviembre Saúl Bouer había “denunciado” a través de los medios que las contrataciones municipales realizadas por Grosso en su mandato estaban sobrepreciadas en un 25%. Hacía tres días que había asumido la intendencia de la ciudad de Buenos Aires en reemplazo de Grosso. Quienes conocían la histórica venalidad de las estructuras de ese municipio desde sus orígenes en la colonia no pudieron disimular su estupor ante el “anuncio” que, sin embargo, no movilizó el “análisis” de ninguno de los formadores de opinión.

Todos sabían, sin embargo, que en una comuna escuela en la organización de la coima, la prebenda y la pseudolegalidad como la de la ciudad de Buenos Aires, ese porcentual sonaba a chiste. Pero había algo peor aún: el propio Bouer, el denunciante, había sido Secretario de Hacienda de Grosso hasta el mismo momento en que asume la intendencia. Parecía obvio que el secretario de hacienda debería estar más al tanto de los montos y formas de las contrataciones municipales mucho más “al número” que el propio intendente. Sin embargo nadie “reflexionó” sobre esta evidencia.

En las puertas del verano muchos concejales de la oposición habían descubierto la grieta que se tragaba a Grosso y habían decidido meter sus cuñas allí, con el sólo meritorio objetivo de aprovechar la buena disposición para recibir denuncias que mostraban los medios por esos días.

Ibarra, La Porta, Guillermo Francos, fundaron entonces la habitualidad mediática que hoy le conocemos. Cualquier noticiero bien vale una denuncia tanto como París una misa.

Desde la SIDE se había bajado la lista de voceros para que se asegurara que el tema Grosso quedara definitivamente colgado de la agenda en el cierre del año y el principio del que se venía. El efecto de multiplicación estaba asegurado.

*

*

*

La palabra víctima tiene un origen difuso. Puede que derive del vocablo vincere, que significa vencer, y sin dudas hay algo de derrota/victoria en la tarea de la victimación. También se la relaciona con la idea de alimento (victus) lo que implicaría la definición de la función y del valor de la víctima para la sociedad que realiza el rito. Vincire significa atar, inmovilizar, idea que también compone el concepto de víctima. Todas estas raíces presuntas llevan a la realización de esta idea funcional que la humanidad adecua a los tiempos cambiantes pero que, sostenidamente, mantiene como una forma más de lograr su equilibrio.

*

*

*

Si uno revisa la lista de recurrencia de menciones al caso Grosso denunciado en los medios durante el primer mes a partir de la renuncia a la intendencia de la ciudad de Buenos Aires en octubre de 1992, Daniel Haddad va a la cabeza.

Samuel Gelblung, sin embargo, es el más recordado. Su frase de corte farandulesco :” Este verano se viene Grosso”, fijó en la memoria mediática mucho más que el propio cuerpo de las denuncias. De pronto, como ya había comenzado a suceder un par de años atrás, los temas de la política se trataban en segmentos de programación ajenos a la política. Claro que una cosa era que asuntos de la vida privada del presidente fueran materia de tratamiento de las revistas del corazón y otra, muy diferente, que esos medios se ocuparan de un tema de auténtica naturaleza política. Menem había sabido ocupar ese lugar de difusión ante los bloqueos que la “prensa seria” hacía a su desenvolvimiento personal en el mundo de la política.

En 1985 atendí personalmente a una solicitud suya, cuando él era gobernador, para que desmintiera la presencia de Thelma Steffani en La Rioja un fin de semana cualquiera. El riojano sabía que como en el idioma inglés, en la política de los tiempos que se venían “ser” y “estar” en los medios era un sólo y mismo verbo.

Comenzaba a perfilarse claramente que el destino de los políticos en la Argentina iba a determinarse como nunca en el escenario mediático. Y ese escenario mutaba su coreografía original, la de la política, para convertirse en una puesta como cualquiera otra dónde lo que se representa se actúa y lo que quiere ser verdadero debe ceñirse a las fórmulas de la teleadmisión.

*

*

*

Siempre el rumor, la maledicencia, el aserto irresponsable y el infundio circularon con variada libertad y diferente destino en el seno de las sociedades. Hasta no hace muy poco, el derrotero de esos dichos encontraba su límite en algún lugar. Las instituciones sociales servían como paredes infranqueables para estos abejorros. No sólo en la justicia, en dónde apenas tiene valor aquello de lo que “podemos dar fe”, sino en general en lo que llamamos espacio público.

En efecto, el espacio público era un lugar en el que no se podía decir por que sí cualquier cosa respecto de cualquier persona sin contar con una desacostumbrada audacia y sin correr un riesgo especificado por la norma o el uso.

Muchas cosas han cambiado a este respecto debido a : El cambio del espacio público, la comprensión de la información como mercadería y la banalización y venalización de la profesión periodística.

El cambio del espacio público es, esencialmente, su reubicación en las pantallas de la televisión. Los códigos sociales se vuelven ahora parte de los códigos de producción televisiva.

La información es una cosa que se produce según las leyes del mercado. Nada debe contradecir los apetitos, las creencias y las necesidades del consumidor. Hay más lugar para el engaño que para la verdad mal recibida.

El periodista, con más o menos resistencia, se entrega a los favores de una fama construida sobre esas bases tan ajenas a la naturaleza de su profesión. Es un actor de las noticias. Deja de ser un notario de hechos comprobables para ser un notorio por la simple acción de la exposición mediática. Y cuando se es eso, eso comienza a ser su razón de ser, sostenida a cualquier precio y bajo cualquier condición.

*

*

*

Una euforia creciente recorre con él el tumulto. Gentes discordantes con el material histórico de las multitudes. Las ropas, los olores, el espacio que dejan entre ellos era diferente a la experiencia que había tenido dieciocho años antes cerca de allí, en el Obelisco, cuando Alfonsín y el peronismo, cada uno y por separado, podían reunir a 800.000 personas en una sola jornada. Por supuesto que estos eran menos, pero hacía rato que nadie, absolutamente nadie podía convocar a 10.000 personas para nada y en ningún lugar.

Otra cosa llamó su atención. A su paso, con la cámara al hombro, iba vivificando la manifestación. Como si la luz tuviera la virtud de animar a las personas que se habían reunido allí, de manera “espontánea”. A medida que recorría los grupos estos abandonaban un clima de expectación y de simple estancia para reavivar sus consignas, llevar la voz al grito y poner el cuerpo en la manifestación de bronca y de rechazo.

- ¡Qué se vayan los ladrones – decían buscando un plano de cámara – no queremos más corruptos! -.

Cuándo Miguel se detenía con el micrófono se producía un torbellino en su derredor, pero curiosamente nadie rompía la línea de la escena que la marcaba él con la boquilla de la lente. Todos frente a la luz, como los bichitos de la noche veraniega frente al fanal. Era un descontrol controlado, formateado sin premeditación por los ritos escénicos de la televisión.

Se dio cuenta que la manifestación difería de la de una semana atrás en mucho. Entonces, el carácter inédito del hecho, y la imprevisibilidad de sus consecuencias no había dejado lugar a otro sentimiento que el de la bronca que se contempla a sí misma. Ese día las personas estaban allí desbordadas por algo que no eran ellos mismos. Era lo colectivo que se asomaba sorprendiéndolos, sin organización, atropellando desde un deseo que se hacía número y violencia de manera constante y creciente.

Pero esto no. Había un regodeo, una euforia casi feliz y una conciencia demasiado evidente de estar saliendo por la televisión.

Cuando apagó se sentó en un banco de la plazoleta mientras Miguel atendía una llamada del celular. Encendió un cigarrillo y recordó un hecho que le había contado alguna vez alguien en un curso de fotoperiodismo. Elaine Sciolino, periodista del Newsweek estaba cubriendo la manifestación iraní frente a la embajada norteamericana durante la crisis de Teherán. Su descripción de los hechos le había impactado profundamente: “ *La multitud está actualmente tan sofisticada que agita sus puños en silencio mientras el operador ajusta los objetivos. La gente sólo empieza a soltar alaridos cuando entra en escena, con su micrófono de ambiente, el técnico de sonido...*”.

Volvió con la mente a Buenos Aires. Grosso ya había renunciado al cargo que provocativamente le había asignado Adolfo Rodríguez Saá.

Más tarde esa gente se iría ante el primer estallido de los lanzagases y empezarán las corridas. Miró por el visor de su cámara apuntando al balcón central de la Casa Rosada. Fijó el foco cuidadosamente y dejó que desde la sonrisa se le escapara la onomatopeya:

- Bang ¡ - volvió a sonreír - ¡Bang bang!.-

(1) Sociedad mediática es sociedad de masas, por lo tanto es sociedad con medios de comunicación de masas. En ese sentido no se diferencia de cualquier otro tipo de sociedad de masas de los dados a lo largo de la historia de la humanidad. Sin embargo hay una diferencia sustancial: en la sociedad de masas los medios de comunicación de masas ocupan el lugar del supermediador. Ese lugar ocupado alguna vez por la Iglesia, otra por la ciencia y hasta por la política, es el lugar por el que pasan todas las mediaciones humanas, directa o indirectamente, desde los actos más íntimos e individuales hasta los hechos de mayor trascendencia sociopolítica.

Dicho de otro modo: “La Sociedad mediática, como he dicho en otra parte, es sí una sociedad de masas, una sociedad en la que los medios son el escenario del acontecer humano, pero mucho más una sociedad en la que las relaciones humanas se encuentran mediadas por un inefable mediador social: los mass media.” (La Caída de los Medios. Del Autor.)

“Si la sociedad de masas era un prospecto con un destino incierto a determinar por la propia incidencia de los mass media, la Sociedad Mediática sobreviniente fue el resultado de la demanda mutua y constante del nuevo ciborg y las nuevas tecnologías. Nadie escapa a esto. La sociedad mediática no es sólo aquella en la que los medios superaron su rol de representantes y transmisores de realidades para convertirse en escenario de los hechos. En ellos, además, se apoyan todos los niveles de mediación social. La relación del individuo con la sociedad es una relación mediada. La relación de los individuos con los individuos son relaciones mediadas. Nada se piensa se dice o se hace sin la intervención de los medios. Ni el menor acto onanista ni la más inspiradora declaración de universalismo escapa a la permeación mediática, con sus modelos, sus acondicionamientos formales, su sintaxis y el imperio de su superficialidad. No hay ostracismo posible, ni refugio imaginable, esencialmente porque materialmente no lo hay y porque, más importante aún, nadie lo busca.” (La dictadura del Sí Mismo. Del autor).

En este sentido podría argüirse que el caso Dreyfus se da en un tiempo histórico diferente al del tipo de sociedad en el que se produce el fenómeno de la victimación socialmediática tal como la describimos aquí. Como apuntamos en este trabajo París sólo tenía sobre finales del siglo XIX más de setenta periódicos. El afiche, el mural, se constituye entonces en un poderoso instrumento de comunicación masiva con preponderancia de la imagen y de las consignas contundentes. Por otra parte resulta hoy innegable que el affaire tuvo una trascendencia tal que se constituye al menos como un fenómeno de comunicación de masas suficientemente determinado como para fijarlo como antecedente.

(2) Se hace costoso hoy establecer esta distinción que hacemos entre “peronismo blanco” y su imagen tradicional cuando los dirigentes de la mayoría de los partidos políticos no se diferencian entre sí en absoluto. El menemismo, conviene advertir, produjo en menos de cinco años un fenómeno de rasamiento e igualación dirigencial típico de los momentos contrarrevolucionarios.

(3) Algo ha pasado que no es transición de un estado a otro sino mutación esencial, transformación substancial en el sentido aristotélico. Se ha fracturado el proceso de socialización disciplinario de la modernidad para dar paso a un modelo de sociedad con nexos más relajados, basada en la sobreabundancia de informaciones, estimulación del consumo y las necesidades, con roles personales más entronizados y centrales, una sexualidad elegida y asumida. Una sociedad cultivadora de un cúmulo de valores organizados en el universo de lo personal y compartidos por consonancia y empatía, por deseo y seducción y no como parte de una superestructura de obligaciones contraídas en la forma del contrato social, como tampoco por el principio convencional de asociación grupal articulados sobre los sentimientos de pertenencia y referencia. La organización social descansa sobre principios muy diferentes.

Una organización orientada a disminuir las exigencias y aumentar las opciones de elegir, prevalentemente hedonista sin que el hedonismo sea central, comprensiva, atada a lo fáctico y sin lecturas superestructurales, con ideologías individuales construidas por adquisición de retazos más o menos acomodados y añadidos en las historias personales, con especial incapacidad de abarcar el futuro y con un deliberado desinterés por el pasado mucho más ligado al desencanto que al desprecio.

Capítulo Segundo

“Se puede decir seriamente que el periodismo creó una vida nueva para los hombres, una vida llena de progreso, de ventajas y de deseos. Esta voz de la humanidad que llega a cada mañana a despertarnos y contarnos como ha vivido la víspera la humanidad, proclamando a veces grandes verdades, a veces mentiras espantosas, pero siempre marcando cada uno de los pasos del ser humano, y cubriendo cada hora de la vida colectiva, ¿ no es acaso algo realmente grande, a pesar de todas las manchas y miserias que pueden encontrarse en ella?”

George Sands

Se ha empobrecido la política. Y se ha muerto. Los demagogos superficiales de los medios de comunicación acompañaron el proceso de desnaturalización de la política alejándola de la gente. La gente le tuvo temor a la política cuando la política era algo que hacían los que algo habrán hecho. La gente le tuvo bronca a la política cuando los políticos los dejaban afuera de la participación y las decisiones. La gente le tuvo asco a la política cuando la política se convirtió en el receptáculo generador de los más grandes bolsones de corrupción que terminaron atravesando todo el orden institucional.

La política fue sucia, riesgosa o críptica. Y se alejó la gente. Y la política se empobreció. Se puso flaca, fané y descangallada. Porque la gente es el actor de la política. Y la política perdió hasta la definición un poco antes de ser difunta.

Politizar no es entonces partidizar. Sólo a quien ignora involuntaria o deliberadamente el sentido mismo de la política puede subsumirla al campo del clientelismo que sostienen las estructuras de los partidos.

La política es una herramienta de transformación, y desde el individuo hacia el conjunto, de grupos a comunidades, y desde las mayorías y minorías hacia las familias, la política invade todos los terrenos nutriendo y nutriéndose para los cambios. Sólo un espíritu miserable, fuera y dentro de los partidos, puede reducirla a esta insignificancia que hoy vemos y de la que abominan las mayorías y en la que sobrevive una desvaída dirigencia.

La paupérrima fotografía nos muestra a una clase política elemental. Hoy puede llegar a principal ministro de la política quien juntaba fondos de campaña, y a ministro coordinador el principal ñoqui del gabinete. Hoy no hay curriculum que valga, ni glorias pasadas, ni consideración por los sufrimientos padecidos, y los últimos laureles han sido utilizados en el guiso de color y sabor indefinido que se cuece en la olla de la posmodernidad.

La crisis dirigencial es alarmante. Las nociones elementales de conducción, de construcción política, de estrategia, se han perdido en el fondo de la historia, y las carencias pretenden remediarse con extraños sustitutos, tales como la

picardía, el aparatismo y la rosca, otrora apenas condimentos de la actividad política.

La política como asunto del pensamiento y de la acción ha sido reemplazada por las tácticas comunicacionales, el lenguaje publicitario y la estética de la televisión.

Y la famélica dirigencia se advierte en todos los niveles. Aquí y allá, en las organizaciones intermedias, en los gremios, en las respuestas organizativas que se da la gente para enfrentar las miles de expresiones de la crisis. Y es que es imposible que prospere la inteligencia política, porque la ausencia de la gente le produjo anemia a la política. Mató a la política. Y la gente parece que nunca volverá. Le ha quedado más cómodo tomar el cuello del nuevo judío, el político, en dónde descargar toda la culpa, la solución final al problema de tener que hacerse cargo de su propia realidad.

*

*

*

Hay personas que tienden a comprometerse con sus prejuicios hasta el mismo límite de la mentira y el encubrimiento.

Henry, el subjefe de contraespionaje francés tuvo tanto temor que su superior, el coronel Picquart, descubriese el error inicial y las manipulaciones posteriores a la detención de Dreyfus para sostener la culpabilidad, que se dedicó a fabricar documentación abundante para ratificar el destino del “traidor”.

Picquart se sorprendió tanto ante la cantidad de documentación contenida en el expediente que en un momento llegó a creer que se trataba de otro caso de espionaje adosado al de Dreyfus.

En ese farrago de mentiras se filtró la copia de una nueva carta encontrada también por Madame Bastián en el cesto de papeles de Max Von Schwartzkoppen en la que el alemán se contactaba con otro oficial francés de apellido Esterhazy.

Picquart investigó al oficial y comprobó en uno de sus manuscritos que la letra de Esterhazy era exactamente la misma que contenía la carta atribuida a Dreyfus y por la cual éste permanecía en la Isla del Diablo. Dreyfus era inocente y la víctima de un error imperdonable. Picquart le comunicó la nueva al Estado Mayor. Pocas horas después, no sin sorpresa, recibió la orden de olvidar “definitivamente” el asunto.

Pero Henry ya había perdido la compostura y la línea que separaba la irrealdad de sus convicciones con la realidad que lo angustiaba se había roto definitivamente. En la creencia de que debía ratificar “la culpabilidad del judío” le confió a un periodista de L’Eclair detalles de la investigación que terminaron abriendo la evidencia de la catarata de irregularidades que giraba en torno del caso.

Así la mujer de Dreyfus, su hermano, y posteriormente Emile Zola, generarían la revisión del affaire que terminaría de una manera muy distinta a como se suele contar la historia.

*

*

*

Haddad come sushi en el Palermo.

El rictus afectado, ligeramente afeminado que tiene frente a cámara es ocupado por un gesto sombrío y una mirada ajena a quienes lo acompañan a la mesa. Acaba de reconocer a Carlos Grosso que ingresó al local junto a una comitiva pequeña, en su mayoría periodistas, que seguramente compone parte de las tareas de su cargo inesperado en el gobierno de Rodríguez Saá.

Grosso también lo reconoce y, paso obligado y cargo nuevo con obligaciones, se detiene fugazmente frente a la mesa del periodista. Superadas las frases de cortesía y los comentarios superficiales y anodinos sobre la nueva situación política, Grosso, que carece de fuerza física para cargar tanto resentimiento, le recuerda el ensañamiento que Haddad tuvo durante el tiempo de su primera crucifixión.

Haddad no se defiende, recupera la contracción casi virginal de su mandíbula y se excusa como recordando algo perdido en el fondo de una historia insignificante.

– Lo que hice con vos fueron excesos juveniles – resignó para luego casi pontificar – La prudencia viene con la edad.

Grosso por necesidad y urgencia debió haberse quedado conforme con el argumento. En realidad no debe saber qué fue lo que realmente motivó aquella furibunda andanada que Haddad, junto con Gelblung y Varela le dispensaron en aquel verano de 1992.

Es que resulta casi imposible rastrear la imprudencia juvenil de alguien que hizo prensa carapintada, neoliberalismo de excelencia, posee una radio cuya antena de transmisión está implantada en la escuela de la Policía Federal Ramón Falcón y facturó durante años con las empresas de Yabrán.

¿Cuánta imprudencia y cuánta juventud hacen falta para conjugar todo eso?.

*

*

*

No existe la política espontánea porque la política es una herramienta, algo construido, el resultado de una planificación, de un proyecto individual y colectivo, sujeto a avatares, a accidentes, pero con un grado determinable de previsibilidad.

Lo espontáneo es, en cambio, la consecuencia de factores impensados, concurrentes por casualidad. Lo espontáneo es un resultado que aparece y del que habrá que partir para explicar la “cuenta”. Lo político es un resultado de una cuenta hecha previamente.

Lo espontáneo es como lo meteorológico, algo de lo que el hombre habla pero sobre lo que no puede incidir, más allá de tratar de preverlo para munirse de un paraguas.

De manera que creo que los primeros cacerolazos, los del 19 y 20 de diciembre de 2001, fueron fenómenos espontáneos, por lo tanto no políticos. Tan espontáneos como las erupciones que se llevaron a Pompeya. Tan no político como la apertura bíblica del Mar Rojo para el paso del pueblo de Moisés. Ciertamente es que la caída de Pompeya y la apertura del Mar Rojo trajeron consecuencias políticas, pero su naturaleza, la naturaleza de los hechos, la actividad volcánica y división de las aguas, no fue política. La consecuencia de los cacerolazos fue política, colaboran al derrocamiento de un gobierno y condicionan a los siguientes, pero su naturaleza fue espontánea, es decir no política.

El desgobierno de la espontaneidad tiene sus riesgos. Cualquier manifestación de este tipo es fácilmente cooptada, capturada y redirigida a fines diferentes de cualquiera de los que originaron la movilización inicial. De hecho todas estas movilizaciones dieron lugar a la intervención de grupos de activistas y de servicios de inteligencia en funciones similares. Por el contrario es difícil infiltrar una marcha de la Izquierda Unida, o de la CGT, o de cualquier grupo político organizado. Diría casi imposible.

Durante la organización del cacerolazo que logró la renuncia de Grosso al gobierno de Rodríguez Saá hubo hechos curiosos dentro del clima reservado de "espontaneidad".

Como se sabe, la convocatoria a ese cacerolazo se hizo mayoritariamente a través de una cadena de e-mails. Entre las cabezas de los grupos de envíos que conforman la red se encuentra el nombre de Teresa Rojas. Teresa Rojas está casada, o en pareja con un señor de apellido patricio, Martínez de Hoz o similar. Viven en un edificio cercano a la esquina de Cabello y República Árabe Siria, en el barrio de Palermo de la Capital Federal. Teresa es hija de Francisco Isaac Rojas, uno de los dos líderes de la Revolución Libertadora que derrocó al segundo gobierno de Juan Perón en 1955.

La historia de la espontaneidad está llena de casualidades. La historia política no.

*

*

*

Carlos Charquero es uruguayo, hincha de Peñarol, y de Boca por traslación directa, ya que hace casi toda su vida que vive en la Argentina. No tiene que oler lo popular porque está tinto de ello.

Volvían esa tarde de una desvaída manifestación contra el gobierno de Fernando De la Rúa, y esencialmente contra los últimos petardos lanzados por Domingo Felipe Cavallo. Con él venían, Mario, Chiquito, Santiago y otros cuatro que ni recuerdo.

También tuve esa tarde de los primeros días de diciembre de 2001 ganas de prenderme a la calle de la protesta. Me frenó la edad y un

presentimiento: la “novia” que yo festejo no concurriría a la calle de la manifestación.

No me equivocaba. La cara de Charquero daba testimonio.

-De cuarta hermano- lanzó sin titubeos – estos no pueden manifestar ni los síntomas de la gripe. Cuando llegamos nos dijeron que nos mandáramos más adentro de Rivadavia que ahí estaba la columna de la UBA. Eran cuarenta que daban más lástima que miedo. Gritaban:

*Universidad
De los trabajadores...
Y al que no le gusta
Se jode...Se jode.*

Te daban ganas de llorar te daban – reía Charquero. Antes de irnos a la mierda – remató - nos paramos con estos y le cantábamos desde la vereda de al lado:

*Cavallo
Cavallo
Malo...malo...malo...-*

Lo del uruguayo me fue clarividencia. Lo popular no se fuerza, no se imita, no se programa. Es como lo aristocrático o lo étnico o la fe. Está o no está, es o no es, y esa es la única cuestión.

El empeño desmedido de los medios por darle a esas manifestaciones un cariz que no tenía fue siempre directamente proporcional a la necesidad que esas manifestaciones tenían de los medios. La plaza pobre de los sets tiene la tristeza pesada de los circos al final de la función.

*

*

*

“Con tanto pudor como necesidades, los diputados aumentaron sus dietas por medio de fondos reservados de la Cámara.”

La cabeza de la noticia se publicó el 12 de octubre de 1991 en una página par de la sección política del diario Clarín.

La información, cuyo espíritu se consolidaría diez años después cuando el tema del recorte al gasto de la política flotara en el ambiente social con la omnipresencia de una epidemia, era apenas una referencia marginal. Lo principal entonces eran las privatizaciones. Menem repiqueteaba el argumento de las causas de las políticas de ajuste en la exacción que el Estado empresario le había producido por décadas a la economía argentina. No era un Alsogaray haciendo lobbie o instalando la cuestión en la sociedad apelando a la cámara alquilada de Bernardo Neustadt. Se trataba del mismísimo presidente de la Nación quien ya había bajado el martillo a SOMISA e HIPASAM y que, en medio de las protestas de trabajadores despedidos, recitaba los capítulos de una política que se estaba llevando a cabo con la indolencia de un patólogo.

Tres años atrás este programa había sido derrotado en las urnas por el propio Menem, por la inercia positiva del peronismo y por el decepcionante

desempeño de ese curioso fenómeno electoral que se llamó alfonsinismo, y que terminaría huyendo antes de tiempo tras un incendio menor nacido en el corazón de la especulación financiera de la calle San Martín. El famoso “lapiz colorado” de Eduardo César Angeloz, con el que prometía terminar con todos los déficits y gastos espúreos del Estado y liberar así a la “pobre economía argentina” había mutado en una versión inesperada ejecutada por Carlos Saúl Menem.

Los políticos podían por entonces, como se ve, cruzar una y otra vez el Jordán sin consecuencias mayores. En los ojos del conjunto fracasaban algunos políticos donde otros triunfaban. Aún se conservaba la idea de que había mejores y peores, honestos y capaces, leales y traidores, inútiles y eficientes. El signo negativo total que hoy se registra en la imagen de los políticos y de la política aún no se había consolidado del todo, pero ya se visualizaban los perfiles que habrían de adquirir al transcurrir de una década.

La frase atribuida a Neustadt y que contiene la oposición dialéctica de la “gente” frente a los “dirigentes” tomaba ya forma en la conciencia colectiva. Por entonces había líderes y entre ellos los líderes de opinión que se habían constituido ya en entidad calificadora de los políticos y, consecuentemente, en partícipes activos del poder.

“ A nosotros nos eligen todos los días – dirían refiriéndose a la voluntad de las audiencias y validando su representatividad en términos políticos – mientras que a los funcionarios los eligen cada tanto.” El argumento se haría frase de frontispicio de allí en más al punto de que uno de los programas periodísticos televisivos más nuevos, “ Periodistas”, la tiene hoy como *slogan* fundacional.

Pero ya en la época del acuño de esa frase el periodismo mismo se había corrido hacia el centro de la actividad mediática electrónica, radio y televisión. Si se analiza debidamente, sólo diez años atrás, la actividad periodística constituía un segmento cuasi marginal y contiguo a los formatos centrales de estos medios que eran los programas de entretenimiento o ficción. Los programas que trataban los asuntos del orden sociopolítico quedaban recluidos a horarios específicos y a modalidades estrictas tanto en la opinión como en la información.

El espacio de lo institucional político estaba perfectamente acotado a los noticieros y programas políticos y estos, a su vez, modelados con una retórica bien diferenciada. Los presentadores de noticias si bien ya se habían “humanizado” a los ojos de los televidentes, guardaban todavía ciertas formas impersonales que, de alguna manera, daban el rasgo de seriedad indispensable en la consolidación de la información como verdad.

Los asuntos privados, las cuestiones familiares y de la cultura cotidiana tenían en los medios, en cambio, reservado el espacio de la ficción. Las telenovelas y las novelas seriadas permitían atacar asuntos de tratamiento indispensable por una vía “menos directa y chocante”. Que la nena se hiciera señorita era un tema que se podía abordar en “La Familia Falcón” recreando una situación que por su realidad necesitaba la elipse del relato de ficción.

Poco a poco la frontera que separaba a estos dos mundos, el sociopolítico y el cotidiano, iban a disolverse tanto en la sociedad como en los medios . El primer paso para la disolución de esta frontera fue la contaminación mutua. Es decir que

tanto lo cotidiano como lo sociopolítico, tanto el noticiero como la telenovela para dar ejemplo de producciones mediáticas, iban a recibir influencias recíprocas.

La razón original de este recurso era la de ampliar las audiencias. Se suponía que las telenovelas, y aún los programas para la familia y de entretenimiento, eran consumidos preferentemente por el público femenino. Esta suposición implica determinación de horarios y de temáticas. Por el contrario, los programas políticos estaban dirigidos principalmente a los varones adultos y así una segmentación de la programación se correspondía más o menos a una segmentación de las audiencias.

Pero si se pretendía multiplicar el número de televidentes sólo bastaba con incluir en los relatos de ficción elementos de la realidad sociopolítica y, en el mismo sentido, darle a los informativos, especialmente a los telediarios una soltura que le permitiera al resto de la familia sentarse frente a la pantalla.

Este cruce inevitable se dio en todo el mundo y es el paso inicial que marcó la tendencia productiva de los medios (especialmente la televisión) que arriba en la última década del siglo a los *talk shows* y *reality shows*. (4)

Este cambio no se interrumpió en el país bajo el peso de ninguna dictadura. Por el contrario se afianzó en esos períodos.

Durante el reinado de Martínez de Hoz en la Argentina, varios programas en serie se dedicaron a sostener las verdades justificadoras de las políticas del régimen. “Los hijos de López”, un programa guionado y dirigido por Hugo Moser, dedicó gran parte de su desarrollo a la crítica del carácter argentino, a la pésima administración de las empresas del Estado y, todo un adelantado, a la corrupción sistemática anidada en la política. Todo el dictado del guión muy funcional a la justificación de la supresión del orden institucional por la Junta Militar y a la política de reconversión económica de José Alfredo Martínez de Hoz.

Muy pronto se advirtió el peso que estas producciones tenían respecto de la conciencia colectiva y como forma de instalación de esquemas de pensamiento mayor aún que el de los propios programas políticos y noticieros.

En estos últimos la aparición de caras “conocidas”, el relajamiento en el trato de los presentadores de noticias, las temáticas heterodoxas como horóscopos, dietas y consejos médicos, la aparición de mujeres frente a las cámaras en esa función, incorporaron espectacularidad a la noticia convertida en un producto de consumo diario una vez diseñadas las expectativas mínimas de las audiencias.

Así se logró, en un solo acto, producciones menos inocentes y públicos más desprevenidos. Ya hay una cultura acuñada a partir de esta traslación con los riesgos que esto implica.

Por otra parte el periodismo como profesión frente a las cámaras, es decir frente a la sociedad, también comenzaba a mudar su perfil.

Durante décadas la profesión del periodista fue la de naturalizar los hechos. Rescatar acontecimientos sin lectura e integrarlos a una comprensión del mundo presente. Contar, describir, interpretar, no como un simple espectador sino como

un testigo elocuente poseedor de una mirada panóptica. Una literatura encarnada surgía desde la crónica diaria. El periodista liberaba su animal literario y lo ponía a cazar letras verdaderas.

Desgraciadamente ese carácter profesional chocó hace años con una pretensión pobrísima que fue increíblemente festejada por la propia corporación: “El periodismo es la primera versión de la historia.” A partir de allí bajo la supuesta persecución de la noticia comenzaba a tambalear la utopía de la verdad, se iniciaba otra etapa de la “producción” de la “actualidad” y se crearon las condiciones de posibilidad para el asesinato de la identidad del acontecimiento.

En este marco de posibilidad el cadalso y el verdugo de cualquier acto de victimación con requerimiento social habían encontrado nuevas formas. Juan Carlos Altavista y su personaje, Mingo Tinguitella, advertían desde el rectángulo mágico del nuevo patíbulo que los periodistas son capaces igualmente de “levantarte un manolito o hacerte un buraco así de grande”.

El público reía.

*

*

*

Un político solo está fresco frente a una cámara cuando prometió la placea de una denuncia, especialmente si esta es contra otro político. Así y sólo así el micrófono se le incorpora, la cámara lo escuda, dejan de ser un arma amenazante y una pantalla radioactiva. De lo contrario lo que siente cualquier político cuando un periodista lo aborda en cualquier lugar es meramente pánico.

Esto es bueno en un sentido: hasta la mitad de los 80 los políticos en general habían establecido una relación sexuada con las lentes y los micrófonos. Morían por ellos. Se hablaban encima si no tenían una fricción al menos semanal con los aparatitos. La oportunidad de las luces resultaba irresistible y en el esfuerzo por “parecerse al ciudadano común”, de quien ignoraban eran idénticos, los políticos se incrustaban la nariz de goma o iban “A la cama con Moira”. Sobre principio de los noventa la cosa cambió y digo, al menos en este sentido, afortunadamente. Ya no hay que aguantar eso.

Aníbal Ibarra y Norberto Laporta fueron proxenetas mediáticos de transición. El segundo toleró el ridículo adicional de una tocada de culo televisada como premio extra a prestarse a una bicicleteada capitalina. La estudiantina rentada de “Caiga Quien Caiga” le obsequió la caricia trasera al creador impensable del título “Escuela Shopping”. El creyó que lo gracioso de la situación aportaría a su imagen de tolerante y liberal y disimularía su pasado procesista. En esto fue todo un crédulo de culo vulnerable.

Ibarra es más serio. Descubrió rápidamente que la denuncia interesaba a la clase mediática. Ya no primicias. Denuncias. Mercadería.

Oteó la muerte de Grosso con las dudas de un predador joven. Fiscal de alma, “vigilante” como diría la tribuna, sembró la semilla en la justicia pero abonó en las pantallas la intención de su siembra. Tuvo éxito. Y no es malo. Como digo en otro lugar, por lo que sé y me consta con todo lo investigado, no es mejor ni peor que Grosso, sólo más afortunado.

Los dos, Laporta e Ibarra, junto al más avezado Guillermo Francos, como dije un Manriquista básico, fundaron el club de la denuncia contra Carlos Grosso. El sólo anunciar un caso posible les otorgaba minutos de noticiero, centímetros de gráfica y la fortuna de una foto o un pantallazo vivificador. Elixir posmoderno. Fuente de la juventud.

La sed social los recibió con frenesí. Herían de muerte a un notorio, mordían en el vientre de uno de los peces gordos. Un hombre de Menem comenzaba a corroborar la sospecha fundada en la vileza cotidiana de una política, y a todos les convenía que el pago no arrastrara a Menem, ni a Cavallo, ni a la convertibilidad.

Después Ibarra la emprendería contra el Mingo en diversas batallas con diferentes escenarios. Pero primero lo primero. Primero la víctima, y después el enemigo.

*

*

*

Marie Charles Ferdinand Walsin Esterhazy era un auténtico degenerado. La palabra le cabía, lo perfilaba y lo definía.

Hijo de un general francés tenía, por parte de madre, una relación ilegítima con una rama inmensamente rica de los inmensamente ricos Esterhazy de Hungría. Esto le marcó las ambiciones, su autoimagen, aunque no le sirviera para cubrir el nivel de gastos que su deseo reclamaba.

La media sangre le sirvió, no obstante, para encontrar el dinero en el regazo de una parisina lo suficientemente pudiente como para incitar su amor. No obstante la prodigalidad de la caja de su esposa, Ferdinand medía sus consumos con el ancho de sus insatisfacciones. El juego pesado y las mujeres livianas le consumían el más de esas anchuras y le dejaba dinero insuficiente para dedicar al resto de sus escapes libertinos. Porque de eso se trataba, de escapes, de huidas a mundos más gentiles, menos tediosos, menos amargos que los mundos de esa Francia decadente, una Francia de franceses degradados, miserables, una Francia que había perdido el galante aura de su aristocracia.

Esterhazy abominaba de la República, del Ejército de esa República y de toda esa chusma de queseros, pintores empobrecidos y putas de cuarta categoría. Una Francia de soldados perdidosos, torpes y de cuya arrogancia sólo quedaban las pompas más afeminadas.

- Por mi pueden pasarlos a todos a deguello - solía decir en la confusión del alcohol y las meretrices.
- Todos y cada uno - remataba.

La tarde en la que pasó el manuscrito a ese ridículo de Schwartzkooopen estaba realmente desesperado. Lo que tenía para darle al conde alemán era basura, porque la información que podía generar ese ejército *de merde* era más *merde*. Contaba con ese sentido de la minuciosidad que caracterizaba a los alemanes para que lo poco que tenía respecto del cañón y las informaciones sobre maniobras produjera el efecto deseado. Necesitaba más dinero. Schuartzkooopen nunca le contestó y sólo volvió a saber del bordereau cuando

inculparon al judío. El muy hijo de puta del alemán había tirado su informe de avance al cesto de la basura. El despreciable había catalogado de esa manera la calidad de sus servicios.

Ocho meses después de la detención de Dreyfus, reemplazado el coronel Sanderr por el coronel Marie Georges Picquart, Ferdinand empezó a sentir que algo se movía peligrosamente bajo sus botas de oficial. Ya se había inquietado con el “Yo acuso” de Zola. Pero esas amenazas, si bien dejaban vacante el casillero del traidor, no lo involucraban directamente.

Fue cuando el hermano del judío, enterado del descubrimiento que le obligaron a silenciar a Picquart, lanzó su nombre al aire, el preciso momento en que la preocupación se transformó en auténtico pánico.

Tomó coraje y volvió a pedir el baño con la oficialidad mayor del ejército. Consiguió más de lo que pensaba. Todos estaban dispuestos a creer sus argumentos y, sin que él se imaginara, a encubrirlo y solventarlo durante lo que durara la prueba.

La sorpresa fue tanta que creyó por una vez que le asomaba un escrúpulo. Pero se sobrepuso a la fascinación.

Marie Charles Ferdinan Walsin Esterhazy era un auténtico degenerado. La palabra le cabía, lo perfilaba y lo definía.

*

*

*

En cierto argot de la política doméstica se le llama “batatero” a aquel que, sin avisar, mezcla la ficción y la realidad en una ensalada en la que también concurren puestas en escena, ironías, amenazas y simple disparate. En los ´70, una versión menos espectacular y más económica del “batateo fue “ la chicana”.

El recurso del “batateo” tuvo siempre ámbitos más propicios que otros y siempre le fue vedado su ingreso a ciertos niveles altos y, consecuentemente, reservado sólo a aquellos que se encontraban en la cima de la pirámide del poder. Grosso, por naturaleza, tenía rota la medida. Lo perdía la boca.

*

*

*

-Fue una negrada- dijo con esa violencia que le masculinizaba los ojos. En media hora tenía una reunión en Parques Nacionales pero estaba tan descontrolada que metida ya en el auto oficial no había atinado a decirle al chofer hacia adónde iba.

Una hora antes, en el inicio de la reunión de gabinete, momento en que la prensa gráfica hace las tomas que ilustrarán la crónica periodística había sufrido el tipo de humillación que no toleraba, la humorada lanzada desde la soberbia de ese hijo de puta.

Poco tiempo atrás María Julia se había visto envuelta en una acusación de agresión sufrida por fotógrafos de la revista Noticias.

Reavivando la tradición establecida por el Perón que sufrió su padre, Carlos Menem sumaba a la mesa de reuniones de gabinete al Intendente de la Ciudad de Buenos Aires.

Involuntariamente, mientras los periodistas gráficos hacían su trabajo el reportero de Clarín, Carlos Vidal, golpeó sin querer a Carlos Grosso con su cámara. Rápido de reflejos y especialmente venenoso, Grosso pidió la atención de todos y dijo:

-Señores, esto es muy grave, acabo de recibir una agresión del periodismo.-

Las carcajadas inundaron la totalidad del recinto, pero las miradas laterales le arrancaron la piel. Grosso reía con su desprolija dentadura un par de sillas a su derecha. El calor le trepó por la garganta y se descerrajó en una mueca de fastidio. Ahora su odio superaba al desprecio que siempre le tuvo, y ese cambio la molestaba.

-Fue una negrada- repitió sin consuelo.

El chofer visteó fugazmente por el retrovisor, puso primera y ya en movimiento aseguró:

- Sin dudas señora...sin dudas. ¿Adónde vamos señora?

*

*

*

No hay odio más perfecto que el que se genera en el mediocre estructural, y de eso había en abundancia en el entorno del presidente Carlos Menem. Grosso supo ganarse ese odio y en ese lugar. Pero cierto es que los mediocres son sólo peligrosos en su poder ocasional. Hijos de la oportunidad que no buscan ni pueden provocar sólo se suman a la jauría cuando el venado ya ha sido cazado. Pero Grosso no tuvo límites, a excepción del propio Menem, en su regar de batatas por toda su inmediación política. Esas piedras también afilaron el cuchillo.

*

*

*

María Julia trajo a la mesa del gabinete un problema hediondo: una disposición del juez Markevich, a instancias de una organización ecologista y en virtud de las leyes en vigencia impedía a una serie de empresas de camiones atmosféricos verter las escretas en los lugares habituales por constituir un peligro para la salud de las personas habitantes de las zonas linderas. El medio ambiente que más le preocupaba a la secretaria, el medio ambiente empresarial amigo, se veía amenazado.

Cavallo acostumbraba a abrir con su opinión esas reuniones aún cuando nadie se la pidiera. Esa costumbre truquera de jugar fuerte en la primera cumplía tres cometidos: conducía el destino del debate, afirmaba su protagonismo en el gabinete de Menem y, fundamentalmente, le ahorra el tremendo esfuerzo que para él siempre significó entender los razonamientos de los otros y desde allí

elaborar una idea diferente a las que atesoraba con celo enfermizo. Entre terco y necio debería producirse una palabra que representara ese temperamento de Cavallo.

No hay que cambiar nada – sentenció fijando su mirada vulpina sobre la secretaria de Recursos Humanos y Medio Ambiente.

– Que sigan tirando eso donde se tira habitualmente, porque estas acciones son las que anulan la iniciativa empresaria en la Argentina en este momento de recuperación. Esta ley es la ley de unos parlamentarios teóricos e incompetentes que ponen objetivos hoy inalcanzables en el país. Esos amparos los dictan jueces a los que les interesa más salir en televisión que dictar justicia. Y esta suma de cosas lo único que hace es desanimar a los empresarios que quieren trabajar en la Argentina. Que se tire esa basura donde se pueda y que cuando el país salga adelante ya va a haber tiempo para descontaminar.-

La mayoría de las cabezas asentían a un ritmo que marcaba el pestañeo casi aburrido del presidente. En realidad nadie se había levantado esa mañana imaginando que debía emitir una opinión sobre el destino de una mierda traída a la mesa del gabinete por María Julia. De manera que el caso parecía cerrarse en la influencia que el aparato político podía ejercer sobre la justicia un poco más arriba de Markevich, que era en última instancia lo que había venido a pedir la Alsogaray. Pero el fraseo estirado de Grosso hizo girar sesenta grados a las doce cabezas del asentimiento.

- Es decir Mingo que lo que vos querés hacer es implantar la economía neutrónica: vas a dejar bien parada a la moneda pero vas a matar a todos los argentinos.-

Los dichos y la forma de Grosso hacían siempre reír a Menem. Y Menem rió. Y cuando Menem ríe la risa se vuelve contagiosa y todos ríen.

Cavallo rió último para cumplir vengativamente el adagio.

Una semana después, Domingo Cavallo a través de Carlos Cossio incluyó a Grosso en una “integral” de la Dirección General Impositiva en la que se investigaba patrimonialmente a Ricos y Famosos. La prensa recogió el hecho muy sonado por la protagónica figura de Susana Giménez en el caso de la importación de vehículos 4x4 para discapacitados. Entre notorias figuras de la farándula y del Jet Set argentino, por única vez aparece enlistado el Intendente de la Ciudad de Buenos Aires, Carlos Grosso, sin que ningún medio haga mención a los motivos de su inclusión en una lista de esa naturaleza.

Cavallo rió mejor.

*

*

*

Es criminal matar a la víctima porque es sagrada y al mismo tiempo la víctima no sería sagrada si no se la matara. La sacralización es un efecto, el resultado de una operación social previa en la que intervienen un sinnúmero de factores con los que se construye también eso que llamamos la imagen pública.

Algo que es poco, muy poco, y que es esencial en la construcción de las realidades que componen el objeto que se sacraliza. Vuelta a decir que la sacralización es un efecto.

*

*

*

-A mi no me llamaron por mi prontuario sino por mi inteligencia – dijo desde la herida reabierta.

La boca. Lo perdía la boca.

Durante la escasa semana de su vuelta a la política grande de la Argentina, una política paradójicamente grande por lo pequeña y agónica, Grosso había sido trasladado al protagonismo redivivo de la construcción social-mediática de diez años atrás.

Cuatro oleadas de lobos vinieron por su sangre: Los operadores mediáticos de los intereses financieros que veían con recelo la hiperkinética figura de Adolfo Rodríguez Saá y que encontraban un flanco precioso en las figuras de su gabinete siniestradas por la imagen de corrupción. Los *caceroleros* que continuaban sin poder sacar el dinero de sus ahorros del sistema financiero en el corral. El neolumpenaje consecuencia de la distorsión social iniciada varios años antes de la asunción de De la Rúa. Y los medios de comunicación que desde la izquierda coqueta a la derecha pagana no iban a tolerar resurrecciones en la lista de muertes por ellos practicadas o, en los casos más inocentes, hallaron de la hedionda carroña para el escándalo.

Insólitamente, y a requerimiento de una multiplicidad de intereses en pugna, Haddad y Lanata jugaron con la misma camiseta y por el mismo canal. En realidad los chicos de Lanata, ya que el conductor se encontraba de vacaciones y, las únicas resistencias al monolítico discurso de la troupe, lanzadas por Horacio Verbitsky, desaparecieron de la pantalla junto con el propio Verbitsky en la primera semana de enero. Después se produjo el famoso divorcio en el clan Lanata, pero eso fue algo que le ocurrió mucho más al espectáculo que al periodismo.

Cierto es que Adolfo Rodríguez Saá había logrado un protagonismo impensado y que el interés en debilitarlo surgía tanto de quienes presentían políticas amenazantes (la tercera moneda, reactivación económica enancada en la restitución de la red de contención social, el consejo del salario, etc.) como dentro de su propio partido, ya que De la Sota quería jugar en sesenta días, si era posible con un gobierno no demasiado protagónico, y Menem, por su parte, jugar en dos años sin figuras adicionales en una interna relativamente controlada para él.

Una vez más Grosso se hallaba en la encrucijada de los cuchillos. Una vez más se repetía el rito del ajusticiamiento. Una vez más sirvió para suscitar el alivio.

*

*

*

¿Dónde radica lo mediático de lo social mediático de la victimación de Dreyfus?

El París hiperactivo de finales del siglo XIX imprimía sesenta periódicos que recorrían todas las gamas del pensamiento y los tópicos posibles que burbujearan en el corazón, la garganta y la cabeza de la ciudad luz. Y Francia no sólo es París. La realidad se espejaba en esas páginas y repicaba en los timpanos de los cafés, las esquinas, los ateneos y las fraternidades semiocultas. El latido francés tenía corazón de papel impreso. Fue la etapa de oro de la imprenta. Una columna interminable de comentaristas, ilustradores, caricaturistas, satíricos y humoristas reproducían el sentido socialmente producido en la Francia decimonónica. Las clases analfabetas y menos ilustradas eran penetradas por la inquisidora y potente imagen de los afiches, los murales y las postales, en donde la idea, moldeada desde la simplificación del mensaje y la potencia de la imagen visual le daba base a la opinión generalizada.

Pero en la cima de tal pirámide mediática estaba la esgrima de las ideas, un juego enfebrecido que intelectuales de derecha e izquierda pronto convirtieron en una batalla campal. La palabra impresa hacía valer sus filos.

El “Yo acuso” fue un sacudón entre sacudones, pero no menos lo fue aquella publicación de *La Libre Parole*, en octubre de 1894, por la que el caso de traición comenzaba a cristalizarse con el nombre de Dreyfus. Y tampoco fue otra cosa que mediática, tanto como ideológica, la guerra que se desató a partir de las seis columnas de Zola.

Para ser honesto no creo que Zola haya sido un gran escritor. El naturalismo francés puede bien prescindir de sus mejores trabajos tanto como la literatura podría prescindir de una buena parte del naturalismo francés. Y espero que se juzguen bien las proporciones que establezco a favor de Balzac y de Flaubert. Pero sin dudas el “Yo acuso” fue el gran momento literario de Emile Zola.

¿Se trató del primer manifiesto de la historia? La respuesta es sí y no. Sí si se lo comprende como el primero que, en su género novel, rompió la superficie de la literatura para integrarse a la historia viva de los hombres. No si se recuerda, como un ejemplo, ese oscuro antecedente de rechazo a la construcción de la Tour Eiffel, estructura que según el criterio expreso en ese manifiesto “afearía la ciudad” y que llevaba la firma, entre otros, de Alexander Dumas, Hijo, allá por 1887.

Pero más allá de su condición de hito genealógico de la literatura, el manuscrito de Zola no fue sólo un explosivo momento de inspiración, fue también una construcción asociada de Mateo, el hermano de Dreyfus, quien brindó la mayor parte de la información expuesta por el novelista, y del editor de *L’Aurore*, quien juzgando “insípido” el encabezado: “Al señor presidente de la República”, acuñó el desafiante y atrevido titular presente en toda la extensión del manifiesto y que llega aún poderoso a nuestros días.

El escenario dominó la escena, le dio su color, su lenguaje y consolidó sus argumentos. Un Dreyfus de papel nacía y moría diariamente lejos de la Guyana Francesa.

*

*

*

Se pretende que en acto del sacrificio ritual se logra la expiación de alguna culpa. En realidad no hay nada que expiar. Lo que hace cada sociedad es desviar hacia una víctima relativamente indiferente, una víctima sacrificable, una violencia que amenaza con herir a sus propios miembros, los que ella pretende proteger a cualquier precio. Este sentimiento es más o menos manipulable por los administradores del sacrificio, pero su origen es nítidamente social.

La búsqueda del alivio es la razón que moviliza el proceso de victimación. Cuando un cúmulo de factores se conjugan con precisión estamos ante un caso de victimación propiciatoria.

*

*

*

El invierno de 1976 era de un frío especialmente filoso en el Zoológico de la ciudad de Buenos Aires. Con un temor cierto y un disimulo cinematográfico, Marisa, la esposa de Carlos Ruckauf, se encontraba tres veces por semana con un mensajero.

Las huestes sindicales de la U.O.M estaban presas o saludablemente dispersas tratando de mantener sólo los contactos imprescindibles. El joven ex ministro de trabajo había huido previsoramente ya que, bien imaginaba, aquella frase dicha en los finales del agobiado gobierno de Isabel Martínez que viró desde la valentía a la petulancia pasando por la estupidez: “ Las bayonetas son buenas para todo menos para sentarse sobre ellas”, lo había marcado de miedos y prudencias.

El mensajero, oscuro militante del interior de 33 años y que había pasado tres en un seminario jesuita con la aspiración de ingresar a la orden, no había medido la segura vigilancia que las Fuerzas Armadas y sus servicios de inteligencia estarían haciendo sobre la mujer del ministro depuesto y prófugo. Tal vez eso, tal vez otras acciones del tipo, le valieron la prisión que terminó en 1978.

El mensajero Carlos Grosso tuvo, de cualquier manera, mucha más suerte con la lealtad de Carlos Ruckauf que el ex intendente Carlos Grosso. En 1992, plena oleada de denuncias y exposición mediática sobre la figura sacrificial de Grosso, Ruckauf cometió un acto que los maestros jesuitas llaman acto de “supererogación” y que consiste en ofrecer una respuesta que excede generosamente a la pregunta que la originó. Así, consultado por la prensa respecto de la situación procesal del ex intendente, abandonando las prácticas ritualmente menemistas de someter toda acción al campo de la justicia o defender contra todo planteo la situación del que es o fue propio, Ruckauf prefirió decir que él no metía “las manos en el fuego por nadie” y recomendaba “ no defender lo indefendible”.

Meses antes, Ruckauf le había reprochado a Grosso no haber dado un paso al costado para asumir como propia la derrota de Avelino Porto en las elecciones para Senador por la Capital Federal. Generoso de sonrisa y mezquino

de corazón, Ruckauf había elaborado hacía tiempo una proyección política propia cuya recta principal estaba obturada por la figura de Carlos Grosso. Como se lo aprecia, amigo de las frases elípticas, Ruckauf no dudó en “matar al mensajero”.

*

*

*

Por qué es mediático este tipo de victimación?. No se trata de la simple intervención de los medios como usina de rumores, como sede de operaciones de prensa, como acción de poder sobre otros poderes o, en general, como instrumento o agente causal de la victimación. Se trata de todo eso junto pero dado en una situación histórica diferencial entre la sociedad y los medios de comunicación. En otro lugar menciono a la sociedad contemporánea como sociedad mediática y allí defino sociedad mediática como aquella en la que los medios de comunicación de masas ocupan el lugar central de la mediación social.

Es esta indisoluble relación la que le da a cualquier acto generado con intervención de los medios una significación diferente, central y hasta a veces irreversible. Comprender este funcionamiento diferencial entre los medios y la sociedad nos evita caer en el simplismo de suponer que los medios manipulan, inducen o influncian, o aún persuaden con cierta facilidad a las audiencias indefensas o pasivas. Nada de eso. La discusión teórica sobre este particular se desarrolla en los últimos cincuenta años de la investigación mediológica. De modo que poco vamos a incorporar y casi nada aclarar en estas pocas líneas.

Por el contrario decimos que los procesos de producción simbólica, la generación del sentido y del significado, la estructuración del conocimiento y la construcción de lo que se concibe como verdad, realidad, actualidad, etc, se dan en el marco de una relación íntima entre la sociedad y los medios, en un lugar de encuentro entre el hombre contemporáneo y esta extensión de sus percepciones que son los medios de comunicación de masas. Nadie puede escapar a esto, ni siquiera aquellos que voluntariamente se eximen de exponerse al máximo a la producción de los medios. Ellos también viven en la construcción cultural en la que los medios son los supermediadores sociales. (5)

*

*

*

Cuando la vio llegar ya se había entregado a ella totalmente junto con su atención. Tres bellezas le inundaban la cara. Una era de base, se trataba de una mujer hermosa. La segunda era un color, una pasión encendida de bronca y de vergüenza. La tercera le estallaba debajo de las cejas contenida por un largo tiempo de maceración.

- Vos no me conocés León, yo soy la madre de Nicolás Grosso. La casualidad de encontrarte me da la posibilidad de preguntarte de qué

manera podés reparar el daño generado a mi hijo por los años de sufrimiento que una frase de una canción tuya le ocasionó.-

No recordaba cómo fue que años atrás había incorporado a la broma musical “Los Orozco” la frase que esa mujer le ponía desde un lugar mucho más alto que el del reproche. “Chorro como Grosso”. Recordaba de manera difusa y superpuesta de imágenes que bien podían referirse a otros momentos, que la ocurrencia había sido de la más festejadas por los músicos y los amigos en el mismo momento de la gestación. La tenía, como muchas otras cosas dichas y escritas, puesta en el lugar intocable del momento creativo, en ese inimputable y licencioso terreno donde se resuelve la poética. Y con más, en éste como en todos los casos, sacralizado por lo que consideraba la vena popular, la que todo lo valida, la que todo lo justifica.

Siempre había creído que las razones poderosas se referían a asuntos públicos y universales, pero allí tenía frente a sí a una mujer que le blandía con una medida concluyente una razón poderosa. Lo primero que le salió como respuesta fue una estupidez.

–Si supieras la cantidad de juicios, reclamos y problemas que me trajo esa canción...tengo una pila de telegramas de gente apellidada Orozco que se han sentido ofendidas y maltratadas...-

Una cuarta belleza envolvió a las otras tres. La dignidad brilla sin bronce.

–Yo no te hablo de ofensas ni de resarcimientos, ni siquiera te hablo de Carlos Grosso. Él como vos es un hombre público y debe aceptar las reglas de ese juego. Pero yo te hablo de Nicolás...¿cómo podés reparar el daño que le hiciste a Nicolás?.

No estaba acostumbrado a encontrarse en ese lugar que él reservaba en su espíritu para los infrahumanos, los asesinos, los represores. El lugar de la culpa, un infierno de lugar. Se consoló estimulando la idea de que represores, asesinos e infrahumanos no conocían la culpa ni el lugar en donde se alojaba. La bandera de su culpa seguía sin embargo allí, con los ojos abrumadoramente limpios, frente a él.

Le pidió a la cajera del supermercado una hoja de papel, una lapicera y escribió una disculpa. Recuerda hoy un “querido Nicolás”, un “no tengo conocimiento de que tu padre sea lo que dije en mi canción” o algo así, un “espero que esta disculpa sirva para compensarte el daño “ o algo así y firmó con una mano aliviada lo que, quiso imaginar, colgaría en un cuadro de la pared del cuarto de un inocente recuperado.

Se sintió mejor. Sintió que era mejor. Supo que él, ahora, era un poco mejor.

*

*

*

La victimación no es un acto localizado en un punto del tiempo y en un lugar determinados. Se repite, replica, reproduce y propaga sobre la superficie de

ese lugar y de ese tiempo. A cada momento, aquí o allá, cae el hacha del verdugo de manera innúmera y fatal. Eso no es desmesura sino la naturaleza misma del rito. Se mata una vez para que la muerte haga eco de muerte en todos los rincones de la conciencia colectiva.

En 1895, un capitán de artillería del ejército francés de apellido Dreyfus pero sin parentesco ni relación alguna con “el traidor” cambió su apellido por el de Deslaurens a su solicitud y con permiso de la fuerza. Le Figaró publicó el episodio. Así, simbólicamente, Alfred Dreyfus era deportado todos los días y a cada momento a la Isla del Diablo.

*

*

*

Ya había ensartado la cruz del asador en el porta-lanza regulable asegurado en el piso. La tarde del 31 de diciembre de 2001 Bariloche estaba amenazada de nubarrones, pero me había obstinado en asar ese pedazo de costillar al estilo que más me gusta y contra todo pronóstico. Mi hija se acercó con el teléfono y con cara de - ¡hay cada uno! – me lo tendió diciendo:

¿- Carlos de Buenos Aires?!

Era Carlos Grosso, hacía treinta horas que había renunciado a la jefatura de asesores en razón de un cacero lazo que le fuera especialmente dedicado en el frente Balcarce de la Casa Rosada. Me devolvía la llamada que le había hecho unas horas antes. La voz sonaba quebradiza, con ese ruido a pudor roto que deja al oído mezclados y descubiertos el temor, el dolor y más oculta una forma inevitable de la vergüenza.

- Puta madre – resignó en una risa menguada– me tengo que presentar como un cantor de tangos de restaurante para turistas.

Cuando unas horas después miré el cielo con un oeste amenazante y un este abierto al desierto patagónico ignorante de cualquier noticia de agua, supe que haría a mi gusto el asado al asador. Quería desafiar algo menos inexorable que la decisión social de una condena.

*

*

*

Resulta curiosa la construcción que la prensa hace de Saúl Bouer.

Cuando en Agosto de 1992 asume la Secretaría de Hacienda de la Municipalidad de Buenos Aires, Bouer es “presentado en sociedad” como un técnico independiente que encajaría perfectamente con la política de Cavallo.

Lo cierto es que Bouer carecía de independencia desde el origen. Vinculado al peronismo de diversas maneras, había trabajado junto a Herminio Iglesias en Avellaneda y, durante los momentos más difíciles en la relación Menem – Zulema Yoma, se había encargado personalmente de hacerle llegar la mensualidad a la señora.

Bouer era un hombre de Bauzá y su aparición en la escena metropolitana fue el signo más patente del debilitamiento de Grosso y el clarín que anunciaría el momento final.

Los medios se empeñaron con éxito en ensayarlo como una muestra de la nueva conducta política de Carlos Menem en cualquiera de las líneas de gobierno. Es decir un Menem desperonizador, un reclamo que ya se hacía público proveniente de los reductos más antiperonistas del menemismo.

Bouer era un recambio en el nuevo gabinete que no tenía el sello de las agrupaciones ni se incorporaba para cumplir el equilibrio político que el peronismo distrital reclamaba en el municipio. Bouer no era parte del “reparto” y se iba a constituir en figura estelar.

La primera pierna.

*No se le dice **no** a Yabrán. Porque Yabrán tiene maneras de hablar por otras bocas. No se le dice **no** a los “opinadores”, “consultores” y “economistas” que los medios pavonean obligados por el enganche publicitario de las empresas que esos señores asesoran. Esos **no** son muy... muy...negativos. Grosso comete varios errores, uno de ellos es estar allí donde tenés que decir sí y terminas diciendo no.*

Durante las jornadas previas a la aprobación de la ley de emergencia económica del gobierno de Eduardo Duhalde, en los primeros días de enero de 2002, los argentinos con ganas de ver tuvieron la oportunidad de situarse detrás del escenario del mago.

Todos los “economistas mediáticos” saltaban de un programa de televisión a otro, sin considerar el nivel de las audiencias, en una tarea que llamaré aquí “servicios adicionales del consultor”.

Los programas de formato magazine, tanto como los específicos en los canales de cable, se atiborraban de “economistas” dispuestos, en honor a la patria o en honor a la verdad, a repartir tanto sugerencias como augurios en relación con las decisiones que habría de tomar el ejecutivo que la emergencia había producido en el país. Los que no se engañaron con los ademanes distractores del mago advirtieron rápidamente la truca.

Sucede que los economistas de pantalla trabajan fundamentalmente como consultores de empresas privatizadas y de bancos. Su decir está siempre irremediabilmente signado por las leyes de mercado, es decir de “su” mercado.

Con lo que se explica como las diferencias entre las propuestas de dolarizar, desdolarizar, pesificar, no pesificar, desindexar o no desindexar y devaluar o no devaluar, no se encontraban fundadas en la diversidad de las escuelas económicas de los expositores sino en la prestación de los “servicios adicionales del consultor” del que gozan las empresas que los contratan.

En otro tiempo era directamente el Estado quien recibía estos servicios y la cantidad de “consultores” no era tan grande como la actual. Esta reducción de la oferta, como sucede en cualquier ámbito de la economía, produce el incremento del precio y aún del valor de los consultores en ejercicio. A punto tal esta sobrevaloración, que muchos de esos consultores se convirtieron un poco antes o un poco después en Ministros de Economía. La acción de consultor genera un poder residual por la consagración de las pantallas. Para esto intervino la asociación de esos consultores con amigos periodistas que producen así una versión, digamos privada, de la cadena de la felicidad. (6)

Ese poder residual sirve para conseguir más clientes. Clientes como los funcionarios políticos que advierten la peligrosidad de no contratar esos servicios siendo esos consultores como son, hombres mediáticamente públicos y, en ese sentido, políticamente poderosos.

Tal vez Grosso, allá por 1991, debió haber contratado los servicios de alguna de las consultoras que, insistentemente, se le ofrecían para informarlo fehacientemente de cosas que quizá él ignoraba. Miguel Ángel Broda, por ejemplo. Quien sabe si no hubiese evitado muchos de los errores que cometió y que, gratis y generosamente, Broda recordara una y otra vez en los espacios conferidos por la televisión desde agosto de 1991 hasta finales de 1993.

(4) “Los medios son empresas, verdad de Perogrullo, dado que los medios son porque son empresas. En esta microrealidad se haya encerrada la clave de la creciente declinación de los noticieros de TV en el último tiempo.(1998/9). Se caen los Reality, abordan los horarios de la “novela de la tarde”, instaurados en la apreciación lejos de la faz “noticiosa”. La empresa tolera que las producciones de los reality se hayan desmerecido desde el punto de vista de su verosimilitud. Se mantienen gracias a su artificiosidad escénica y al interés relativo que el estado público de lo que ya no es privado genera en el grueso de las audiencias. Los noticieros de TV no tienen esa suerte. Exigidos cada vez más por las comparaciones relativas de los programas que “midan 30” (es decir de los que superan los 30 puntos de rating), fueron mudando parte de su contenido para amoldarse mejor al paladar genérico de las audiencias. El esfuerzo sólo alcanzó para durar un poco más. Sobre el final del 98, en la Argentina, los noticieros de TV fueron arrasados por los requerimientos de rating. Los ambiciosos proyectos de canales de 24 horas de noticias, relegados a una opción de cable, tuvieron que generarse al estilo de dudoso contenido periodístico pendulando entre el amarillismo clásico y o una agenda de misceláneas de actualidad forzada y centrada en la suposición del interés de las audiencias.

Lo cierto es que las estructuras económicas de los noticieros de TV se convirtieron en poco rentables dentro del esquema general de la empresa mediática. Caros y con pocas probabilidades de medir lo necesario, los espacios informativos fueron decantando en horarios menos competitivos. Como resultado de la tendencia en el interior de las producciones noticiosas se acumulan asuntos del rubro “actualidad” que van desde los horóscopos hasta las recomendaciones para evitar la caída del cabello. Los programas políticos ingresan temas de novedosa condición pública al terreno de las discusiones mediáticas. Así temas de las relaciones íntimas de los “famosos” se totemizan y se presentan como oportunidad para discutir asuntos tales como el matrimonio, la economía de la familia, el liderazgo en la pareja, etc.,. Programas de revista semanal elaboran “documentos” con discutible técnica narrativa y cuestionables técnicas de

“investigación” en los que la emprenden con preconceptos históricos, mitos urbanos, enigmas de la historia contemporánea o temas del mundo de la farándula o los vestidores de la política. Ficción y realidad se amalgaman desde la reproducción mediática y desde la alquimia permanente a que se someten elementos de la realidad mezclados con la realidad representada y batidos con las representaciones que se construyen a través de unidades extraídas de la realidad. La confusión es tal que, del variopinto *cocktail* salen productos cuya clasificación es imposible e impensable. Este tipo de programas salen del formato semanal y se comienzan a ubicar en el diario, casi como un “noticiero”, con lo que el carácter de lo informativo también diluye paulatinamente sus perfiles. Pronto, o quizá ya mismo(a la hora de esta lectura) personajes del mundo de la farándula serán tema político o politizado, tanto como periodistas del análisis político harán sus columnas habituales u ocasionales en el magazine de la tarde. Terreno fangoso el del pantano mediático contemporáneo.” (La Caída de los Medios. T. Contissa)

(5) La Sociedad mediática, es sí una sociedad de masas, una sociedad en la que los medios son el escenario principal del acontecer humano, pero mucho más una sociedad en la que las relaciones humanas se encuentran mediadas por un inefable mediador social: los mass media.

Si la sociedad de masas era un prospecto con un destino incierto a determinar por la propia incidencia de los mass media, la Sociedad Mediática sobreviviente fue el resultado de la demanda mutua y constante del nuevo ciborg y las nuevas tecnologías. Nadie escapa a esto. La sociedad mediática no es sólo aquella en la que los medios superaron su rol de representantes y transmisores de realidades para convertirse en escenario de los hechos. En ellos, además, se apoyan todos los niveles de mediación social. La relación del individuo con la sociedad es una relación mediada. La relación de los individuos con los individuos son relaciones mediadas. Nada se piensa se dice o se hace sin la intervención de los medios. Ni el menor acto onanista ni la más inspiradora declaración de universalismo escapa a la permeación mediática, con sus modelos, sus acondicionamientos formales, su sintaxis y el imperio de su superficialidad. No hay ostracismo posible, ni refugio imaginable, esencialmente porque materialmente no lo hay y porque, más importante aún, nadie lo busca. (La Dictadura del Sí Mismo. Del autor. 1998)

(6) Se conoce como “cadena de la felicidad” a una muy mencionada red de sobres que circularía con cierta regularidad y que involucra a una lista de periodistas y editores de medios. El dinero provendría de ciertos sectores políticos y económicos, aunque la versión indica que el centro de reparto es institucional: la Secretaría de Inteligencia de Estado y el Ministerio del Interior. Durante la Gestión de Carlos Menem se postula que la extensión de la red y las dimensiones de los montos de la cadena de la felicidad habrían llegado a su esplendor. Otro lugar ingresado por el rojano al primero de los mundos.

Capítulo Tercero

Todo sistema de poder es un dispositivo destinado a producir efectos, entre ellos los comparables a las ilusiones que suscita la tramoya teatral.

Georges Balandier. El poder en Escena.

-Te sirve como caso ejemplar. La gente quiere ver que alguien pague por lo que se sospecha -. Matame los brillos – se interrumpió dirigiéndose a la mujer que le esponjaba con *panqueque* el cráneo descubierto de pelo. Y por otra parte – siguió en el mismo tono – los datos que da Saúl no dejan lugar a dudas.

Eduardo se retrajo en el sillón giratorio. Miraba de frente al espejo que le devolvía la imagen de un Bernardo enservilletado como para atacar a una gran fuente de fideos. La maquilladora hizo unos toques finales y se retiró fuera del camerino.

-Saúl salió a hablar por indicación nuestra. El gobierno nacional no puede quedar pegado a estas denuncias por lo que convenía que las primeras acciones corrieran por nuestra propia cuenta. Pero Carlos no va a bancar que esto se vaya de madre. Nunca le gustaron las denuncias ni los policías.- cerró con una tos de ahogo.

Desde la mañana anterior le habían vuelto esas nauseas imposibles. No estaba arrepentido. Lo que le sucedía tenía que ver con esas poderosas intuiciones que le asaltaban de cuando en cuando. Tenía la certeza de haber roto las delicadas compuertas que los separaban de la invasión de los medios. La arrogancia de Bernardo era una prueba. Una vez más lo veía “operar” en el terreno de la política. Ya no se trataba de las tácticas extorsivas ejercidas desde la fama que otorga la pantalla. Tampoco de la demagogia de la que hacen uso los inventores de doña Rosa y esos canallas que pretenden hablar en nombre de la gente. No era ya un “lobbie” transando una gestión por una mejora de imagen. Este tipo le estaba hablando de política. ¡De política!

Eduardo sabía que hasta el primer ataque pergeñado desde adentro con ese asunto de los sobreprecios en las contrataciones municipales las acciones con la prensa se limitaban a algún operativo pago que permitiera colgar algún tema de la agenda y que lo máximo en este sentido era la consagración de la “cadena de la felicidad”, una red de sobres cerrados que siempre daba resultados. Eso se armaba personalmente o desde la SIDE, un organismo que curiosamente tenía mejores contactos con algunos medios y periodistas que la propia Secretaría de Comunicaciones.

Pero este miserable acababa de sentarse a la mesa de los Caballeros de Camelot en un solo gesto y sin pedir el debido permiso a tirar una línea estratégica y a

definir un asunto que, por grave y delicado, él mismo sólo trataba con el Presidente, a veces con monosílabos y las más de las veces con simples gestos.

Los periodistas no hablan de cómo hacer la política, no deberían hacerlo, su negocio consiste en reinar en el margen de cualquier realidad y allí ser intocados. Claro que había que colgar de la picota de Olta la cabeza del ex intendente de la Capital Federal; claro que había que utilizar la operación en todos los sentidos del beneficio posible: escarmiento, purga, muestra de transparencia y mano firme; pero que eso no se convirtiera en un antecedente que pusiera de aquí en más a esta canalla detrás de la cabeza de cualquiera. Hoy por Grosso, mañana vaya a saber por quién. En lo que a él se refería tenía garantizada una fidelidad mediática que había sabido construir de todas las maneras posibles. Pero no era esa la cuestión.

...y últimamente es uno de los que se está animando a largar ese mensaje viejo, no te parece?

La pregunta lo sorprendió y lo trajo de vuelta al centro del luminosos camerino. Su economía de gestos y el autocontrol permanente le permitía disimular cualquier distracción bajo su apariencia inalterada y casi anodina.

- Dejame hablarlo con el presidente. Cierra la última media hora del programa y hay otros temas. Por favor hoy no adelantes nada .-
- Como quieras – siseó Bernardo.

Bauzá supo que esa conversación continuaría sin él. Carlos Menem no tenía resistencias para payasos como éste. Un Rubicón de papel prensa había sido cruzado inevitablemente y una vez más la suerte estaba echada.

El brazo derecho del ahorcado

Los socios mediáticos del menemismo necesitan, paradójicamente, una cabeza de turco. Los aceites preparatorios comienzan a ungir el cuerpo de la víctima. Grosso es conocido, presentable, mediático, de lenguaje florido, aspecto juvenil. Un cordero propicio. Alguien tiene que calmar la sed social que comienza a desatarse.

Los tres cuchillos contra Dreyfus son los habituales en cualquier victimación. Uno político, otro sagrado y el tercero social.

La República anémica por las derrotas y el escarnio territorial fue el político. La condición de judío necesario y propicio fue el sagrado, y la poca importancia que la verdad tiene en estos casos fue el social.

Así las cosas Alfred Dreyfus fue arrastrado por el proceso más caricaturesco del que se tenga memoria y paseado por la prensa europea como mono de dos circos: el circo nacionalista antisemita y el circo libertario socialista.

La historia se cerró muchos años después aún de su libertad y rehabilitación. Dreyfus murió en 1935, diez años antes de que su caso fuese releído por el nuevo mundo de la posguerra. Zola, perseguido, multado y encarcelado murió en Londres sin saber siquiera del final parcial de la historia que había inicialado. No tuvo tampoco el favor de la primera posteridad, debiendo aguardar también el fin de la segunda gran guerra para ser desenterrado del olvido.

Y en lo que a Dreyfus le tocó, ni el suicidio de Henry, su principal acusador y autor material de la conspiración, ni la muerte del verdadero traidor Esterhazy en 1923 paliaron el daño conferido. Se lo seguía insultando en los lugares públicos porque el recuerdo colectivo continuaba prefiriendo verlo como traidor.

La gente, casi siempre, no tiene tiempo, ni deseo de revisar sus conclusiones sobre una condena social. Nadie del común quiso repensar a Dreyfus. Los infundios que lo condenaron a la isla fueron reemplazados por nuevos infundios. El concepto conspirador de las muchedumbres fue más resistente que cualquier esclarecimiento intentado. La gente no saca a sus condenados de la horca para que salgan caminando. Prefiere enterrarlos y escupir sobre sus tumbas. No es más justo, sólo es más seguro.

*

*

*

Sacrificar significa hacer sagrado, sacralizar (*sacrum facere – sacrum ficar.*)

La propiedad sagrada puede venir con la víctima, es decir ser parte de su naturaleza, o bien puede serle otorgada ritualmente antes del sacrificio propiamente dicho.

Pero *sacrar* también implica cargar con las culpas de todo lo que socialmente perjudica.

La víctima concentra el daño, los males, los perjuicios, ya porque se le asignen ya porque se hace cargo. La sociedad no puede asignarse la responsabilidad de sus propios males, no puede asumirse como productora del asesino, del marginal, del fracaso, pero aún si lo hiciera no puede autocastigarse.

Para ello están las víctimas, para cargar con las culpas y purgarlas con su sacrificio.

*

*

*

En 1991 Yabrán ya era Yabrán. Pero su nombre sólo atemorizaba o movilizaba a los que sabían qué traía su nombre.

Mucho antes de sus cuatro muertes (la de Cavallo que lo nombra pública y mediáticamente, la de la foto que lo muestra, la de las empresas a las que debe renunciar y la del escopetazo en la cara) Yabrán ya era Yabrán.

Yabrán negoció por años los servicios de sus empresas con el Estado. Cualquier Estado, el Nacional, los provinciales, los municipios importantes. Desde el correo interno hasta los servicios adicionales para con los contribuyentes. El derecho a ser se negociaba a la manera de Yabrán. Nada podía, ni debía, ni quería ofrecer resistencia a esa seductora manera de Yabrán.

No sabremos nunca por qué no se conoce acuerdo alguno entre Grosso y Yabrán. Parece ser cierto que nunca lo hubo.

Así empezó una historia en la que el asesino podía ser el mensajero.

*

*

*

El emisario de Yabrán trae sus buenas nuevas: que el intendente se quede tranquilo que puede contar con lo que quiera y con cuanto quiera toda vez que le haga falta. Después se verá como se corresponde a la benevolencia.

El emisario de Grosso trae una temerosa mala nueva: se agradece pero no se acepta, se valora pero no se admite, se considera pero no se concede.

Yabrán acuña una frase que bien podría integrar la cosecha de Francis Ford Coppola: dígame al intendente que yo soy muy generoso con mis amigos y muy memorioso con mis enemigos.

Quien iba a decir que el vampiro moriría víctima de la luz con la que mataba, la luz de los medios.

La sombra y la luz, los motores del universo.

*

*

*

El otro, los otros, son un indicio de lo social, pero lo vivimos como una certeza.

Nuestras dudas logran a través de la observación de la conducta del otro el hueso que las sostenga y finalmente las convierta en seguridad.

Cincuentón de vaquero negro arratonado. Todo cano, pero con restos de un platinado perdido en el pelo largo y mermado, pero con arrestos de un estilo de otro tiempo. Pasea su chuequera por el pasillo del 151 ese mediodía de octubre de 2001.

Habla con una confianza impersonal, dirigida hacia un lugar en cada uno de los pasajeros que no es ninguno de los pasajeros.

- Un cinturón digo, totalmente confeccionado en cuero y con doble costura. Hebilla metálica en diferentes motivos y reversible. Si señora/señor, no escucho mal: reversible...con sólo girar la hebilla liberando estos dos pequeños tornillos tiene usted negro o marrón según su deseo y necesidad. Una oportunidad que no puede desecharse a tan sólo dos pesos... Sí...tampoco escucho mal, dos monedas lo que en cualquier negocio del ramo se le ofrece a no menos de cinco u ocho pesos.-

Algo conoce profundamente. En primer lugar que nadie lo mira. Él mismo es una oferta y una presunta oportunidad. En segundo lugar que “la gente” vive la conducta del otro como una certificación. Si le interesa lo que se le ofrece siempre habrá la posibilidad de ver si alguien más compra. Nadie quiere ser el primero, sólo los de mayor decisión. Por eso es que, sin que nadie realmente le haga un gesto en todo el colectivo, el habla con un “alguien” supuesto que siempre está más allá del que lo escucha:

- Sí, como no señora...ya estoy con usted. –

Es un ardid rápido y certero como el golpe de una daga, un arte de prestidigitación. Y puede ser más profundo y audaz cuando regresa su chuequera desde el fondo del colectivo.

- Alguien más desea aprovechar esta oportunidad? –

Nadie sabe si realmente hubo una compra, pero el que ya se había tentado muerde indefectiblemente el señuelo. Así es el juego del otro como certificación. El vendedor ambulante sabe mucho del carácter de la gente y se hace invisible a los ojos de los otros.

Pero se engaña en una cosa: yo lo estoy mirando.

Pero lo miro por una razón ajena a todas las razones de ese interno del 151 ese mediodía de octubre de 2001. Lo miro porque acababa de verificar en dónde radica el poder de los medios. Ese poder se funda en el derecho de certificación: sabemos que son muchos los que están viendo “ la verdad”.

-La gente está cansada de la política - dice Haddad, o Lanata, o Rial. Y aún cuando todos estamos mirando al vendedor casi nadie ve el ardid rápido y certero como una daga, el arte de prestidigitación. Y comienza a hacerse verdad nuestro cansancio.

*

*

*

En el informe que Clarín hace sobre la impotencia de la justicia ante los casos de corrupción en curso judicial el domingo 25 de noviembre de 2001 hay una omisión por demás de sugerente.

Con detalle y precisión que ofrecen los recuadros y los infogramas, el trabajo periodístico recorre pormenorizadamente a todos los denunciados e

investigados por la justicia en los diez años del gobierno de Carlos Menem, incluido el propio ex presidente.

Curiosamente, uno de los casos mencionados como emblemáticos de la “corrupción menemista”, el famoso caso de los guardapolvos, es el único en el que el principal imputado no es referenciado fotográficamente, ni mencionado por su nombre y apellido. En su lugar se hace alusión al Ministerio en el que el episodio ocurrió y la fotografía que acompaña la referencia pertenece a la juez ocupada de la investigación, María Servini de Cubría. El beneficio de la ausencia es para Eduardo Bauzá.

No menos curioso es que, ante la imposibilidad de incorporar al listado de casos el de Carlos Grosso, ya que sus causas estaban en casi su totalidad cerradas por sobreesimientamiento, desestimación y falta de mérito, el diario metropolitano incluyó en un suelto la narración del episodio en el que Grosso es prácticamente echado de una reunión partidaria del peronismo bonaerense. ¿Será el beneficio de esta presencia también para Eduardo Bauzá?

*

*

*

- No lo pongas en línea. Dejé el video en mi despacho que el lunes lo voy a ver.-

La orden le llegó desde la Gerencia del noticiero del recientemente recuperado Canal 7, un proyecto que se debatía entre los escombros del ATC eternamente oficialista y que iba a terminar su paso por la eternidad.

- Mirá que fuimos los únicos que estuvimos en Aeroparque...los únicos.-
- Si, ya sé – contestó la voz desde el otro lado del intercomunicador con una carga de tedio tal que mejoraba los ruidos de la estática – pero dejámelo igual que lo quieren ver.-

El video contenía imágenes que sólo vio el camarógrafo. Un *escrache* realizado por el personal de Aerolíneas al mismísimo Eduardo Bauzá quien se disponía a viajar hacia Mendoza. Las escenas eran como las de cualquier otro “escrache” una orden de todos contra uno guarnicionada con cánticos alusivos, insultos y algún que otro proyectil de poco peso y escaso recorrido. Nada particularmente espectacular. Salvo el personaje.

Nicolás Gallo, secretario general de la presidencia de Fernando De la Rúa, había llamado esa tarde a la dirección de noticias del canal para pedir especialmente que ese material, el único recogido por la prensa, no se emitiera. Era el mismísimo gobierno nacional dando precisiones para que el mismísimo canal oficial en el mismísimo noticiero nacional no reprodujera un hecho que desmerecía la imagen de un “adversario” político, quizá el más encumbrado operador del gobierno saliente.

Cosa de Mandinga.

El camarógrafo cumplió con la línea de orden de la producción y aprendió algo que no sabía y que jamás imaginaba iba a saber: Cuando Bauzá vuela, las noticias no.

*

*

*

No sé cual es el porcentaje de periodismo honesto en la Argentina, pero lo estimo muy alto.

¿Por qué sucede entonces que con tanta facilidad se entra en estos juegos en los que se complica la propia honestidad más o menos gratuitamente?.

Es que el periodista está allí esclavizado por su propia decisión de ignorancia. Se somete a dos juegos de instintos. Uno, el que lo convence de que está “del lado de los buenos”, que defiende los intereses “de la gente” y que por lo tanto es “un peligro” para el status quo. El otro lo empuja a una megalomanía módica, y lo hace depender de la exposición pública ignorando deliberadamente que, por el contrario, esa sed de exposición es inversamente proporcional a su independencia profesional. Su función, su “mensaje”, se desdibuja a medida que se amplía su plano en la superpantalla de los mass media. Cuanto más visible sea él, será más roma su espada, más trastocada su lógica, más imbécil su pensamiento.

*

*

*

- Claro, yo no me puedo ir a Miami. –

La insólita declaración salió de su menuda boca, un surco declinante e insatisfecho sobre - paralelo al mentón perdido en la creciente papada. Lo dijo frente a la aquiescencia de sus compañeros de trabajo con o sin micrófono, con o sin cámara, y frente a la teleaudiencia de América 2 siempre regocijada con el variable clima de denuncia que Jorge Lanata le sabe imprimir a sus programas.

El tono era el de la enunciación familiar y callejera que ayuda a describir el estado en el que se encuentra en la Argentina la juventud de las clases medias:

- No tengo una moneda.-

Sin embargo, casi siempre merecido, Jorge Lanata es uno de los periodistas de mejor cachet de la televisión argentina, sin contar que sus emprendimientos editoriales han sido siempre exitosos y de gran facturación constituyéndolo en un Midas de la prensa, capaz de convertir en oro cada empresa tocada. Eso debe ser comprobable pues la parte del mundo que se dice todo el mundo lo dice.

Lanata prefiere sindicarse como un desposeído por sus aventuras empresarias, seguramente consecuencia de los poderes que enfrenta desde sus páginas, sus cámaras y micrófonos que a pesar de la magnitud del enemigo no les son vedados. La mayoría cree empero que es falsa modestia.

Lo que esa parte del mundo, el mediático, dice saber y nunca comprueba es el de unas supuestas relaciones históricas de Lanata con fuertes personajes de la corte menemista. En especial el rumor lo vincula desde la época de Página 12 a Alberto Kohan. La relación parece no centrarse en afinidades ideológicas ni,

evidente, en convergencias generacionales. La “especie” circulante asegura que se trata de relaciones de dinero y de política.

Cuando Lanata regresa por primera vez a la TV luego de un fracasado intento de saltar a canal 9 es enero de 1999. Imprevistamente, las negociaciones trabadas que prácticamente fueron vividas como una forma velada de censura por toda la audiencia fiel comenzaron a discurrir por una pendiente favorable. Ese alejamiento de las pantallas había dado origen a la revista XXI en donde Lanata cavó su nueva trinchera.

Se había dicho antes que Eurnekián había dificultado el retorno de Lanata a América por pedido de Menem y que el pago obtenido por el empresario había sido los aeropuertos. Fue tan creído como imposible de probar. Tan insinuado como falta de corroboración. Tan comentado como desproporcionado. Ahora, en los ámbitos acotados de los medios la versión era inversa: Lanata regresaba por la puerta de Eurnekián, a pedido de Menem, a cambio de cumplir un objetivo relativamente sencillo: contribuir a la crucifixión de Eduardo Duhalde.

Menem sabía que un eventual triunfo de Duhalde en las elecciones de ese diciembre próximo implicaría su alejamiento de la política por 8 años. El cálculo era de la inteligencia sencilla del riojano: si Duhalde hacía un buen gobierno se quedaba otro período, si hacía uno malo le tocaba a la Alianza. En cualquiera de los casos Duhalde debía perder, De la Rúa y la Alianza debían ganar para que Menem esperara sólo el tiempo que podía esperar: el 2003.

Cuando se produce el primer regreso de Lanata en estas condiciones varios de sus colaboradores recibieron la chanza: “¿qué se siente trabajar para Menem?”. La especulación secreta a voces decía además que la operación había sido realizada por Alberto Kohan.

Sea por falsa o por perfecta la versión no llegó a trascender la frontera de los medios. Si bien se dice que Haddad estuvo tentado, jamás se atrevería a denunciar una supuesta operación de Menem.

Ocurrió lo mismo durante el segundo regreso. Allí se comentó una ayuda económica de Kohan para cubrir una deuda que Lanata sostenía con América y que lo ponía en serias dificultades de negociación. También corrió el rumor de que la deuda a la que habría contribuido Kohan a saldar era estrictamente de Lanata, contraída con la Revista XXII, Zona 54, Ego y su nivel personal de gastos.

Antes se había producido su viaje - cura a los Estados Unidos y a su regreso, munido de más kilos y más envidia, Lanata destruyó todos y cada uno de los escollos que lo separaban de su público y su pantalla, varios de ellos propiciados por alguno de sus más destacados colaboradores: Vertbitsky, Caparrós.

Superada la crisis y muertas las rebeliones Lanata se entronizó delante de “Detrás de las Noticias” sin que nada de lo que podía heder llegara a la superficie de las audiencias.

Pero en la semana previa al encarcelamiento de Carlos Menem, el programa de Lanata produjo una contorsión inesperada hasta por sus propios seguidores. De pronto, corriendo el foco de la noticia, el juez de la causa que investigaba al riojano, Urso, pasó a ser un investigado por Lanata tanto por ser un “juez de la servilleta de Corach” como por presunto enriquecimiento ilícito.

Si lo hubo, el operativo fracasó en dos sentidos: Menem fue preso, y el movimiento puso al programa en la línea de la sospecha, por primera vez, frente a su propio público. Tanto fue así que la mesa editorial debió recurrir a un slogan “autolimpiante” con el que se apelaba a la confianza histórica del público: “ vos sabés de qué lado estamos”.

Se advierten claramente las contradicciones que plantean estos rumores: si Lanata es tan vulnerable al oro de las campañas ¿qué necesidad tendría Menem de pagar tan caro una operación sobre Eurnekián, nada más y nada menos que con los aeropuertos?. Como dijimos: una desproporción.

Pero lo que importa es que si cierto o falso, el rumor no contó con el tipo de tratamiento que la prensa contemporánea, incluido Lanata, da a los rumores o trascendidos, es decir hacerlos públicos. Porque así es la costumbre aún cuando la escuela clásica del periodismo manda a investigar las versiones antes de ser publicadas. Esta inmunidad, la de no publicar rumores sobre periodistas, es todavía una prerrogativa que tiene los hombres de prensa entre sí, parafraseando el adagio de los bueyes.

Cabeza en la horca.

Las sospechas sobre la corrupción menemista comienzan a materializarse en hechos periodísticos. Grosso es un peronista blanco instalado en el incómodo territorio de la Capital Federal, bastión ideológicamente antiperonista e instrumental y políticamente radical. Entre otros casos que lo involucran aparecen los del Golf y la Escuela Shopping, en los que su condición de intendente lo sitúan en el centro de la escena. Sus adversarios políticos dentro de la estructura comunal: La Porta, Francos, Ibarra, advierten que denunciar a Grosso es como “tirar al negro” y que el resultado es: cámaras y micrófonos en una abundancia a la que jamás habían accedido.

En 1985 conocí personalmente a Adelina. Fue con motivo de una breve entrevista para un programa de radio en el que hacía las veces de moderador político. Con precisión era setiembre y en la Radio Splendid.

Como en cualquiera otra radio que no manejara la coordinadora, proliferaban los programas políticos alternativos que iban desde los “carapintadas” hasta los peronistas marcados por el S.O.R. (Servicio Oficial de Radiodifusión) que no tenían lugar ni en Belgrano ni en Excelsior.

Me llamó la atención la familiaridad con la que me trató. Fue el paso previo a mostrarse “conocedora de mis intereses profesionales”. Por entonces campeaba la primicia donde hoy campea la denuncia y, era de suponer que todos nosotros, los periodistas, precisábamos de esa familiaridad para poder “estar en la cosa”.

Muchas veces después reconocí esa simbiosis malsana entre periodistas y políticos que no radicaba en comunidad ideológica alguna sino en intereses tácticos: “una mano lava la otra y las dos...”. Sorprende hoy ver a periodistas que profesaban exageradamente esa dependencia de los políticos arremeter contra ellos con tan furiosa reprobación.

- Ya vas a ver...le voy a hacer flor de kilombo....” -. Me parece recordar que hablaba de Alsogaray. – Ninguno de estos se aguanta una puteada- sentenció mientras inclinaba su cabeza hacia la mía en un ángulo de confidencialidad. – Yo te voy a avisar.-

El juego del escandalete o de la “primicia” era así una construcción asociada de dos necesidades, la de generar un “hecho político a través de los medios” y la de producir un hecho mediático a través de la “política”. Sin ser pionera Adelina fue una conspicua y modelar representante de este accionar en lo que duró su carrera.

No me gustó. Me hacía sentir una cosa que parecía era “esencial “ en mi profesión y que yo no podía adoptar desde mi condición “esencial”. Perón decía que los periodistas podían ser peronistas o cualquiera otra cosa pero siempre eran más periodistas que cualquiera otra cosa. Ese día sentí que conmigo tenía razón. No me gustó.

*

*

*

Hizo la diagonal apurando el paso, como un “ocho” dándole aceleración a la jugada, la seguía su séquito y un par de periodistas. Casi lo cruzó sin mirarlo, pero sabía que él, desde esa soberbia ilustrada, no era de resistirse a las tentaciones de la oportunidad.

- Negra, comportate como es debido. Si querés llegar a intendente que no sea haciéndome psicopateadas a través de los medios.- le tiró Grosso como una queja que no sonó a tal.

Giró antes de que terminara la frase con sus ojos vacuos desorbitados. La boca, lo mejor de su cara, disparó un chillido ininteligible como preámbulo de un rosario de adjetivos insultantes enhebrados por algún que otro carajo.

Fue lo más importante de ese Congreso de ADEBA en dónde los bancos se limitaron a cortinar su futura participación en la transferencia del capital financiero que se venía con diez años de inflación cero y tasas superiores al 20 por ciento. Contra lo que ella esperaba los medios apenas recogieron el episodio. Con el tiempo, y gracias a las cámaras del vivo previsible y de la espontaneidad

prefabricada su mejor frase política, su mejor idea: “las pelotas”, sería también el nombre de un grupo de rock.

*

*

*

El 3 de julio de 1992 Clarín pinta con colores de escandaleta la saga del encontronazo entre Adelina y Grosso. “ La trifulca protagonizada por Carlos Grosso y Adelina de Viola en la asociación de Bancos de la República Argentina prosiguió ayer a través de declaraciones periodísticas. La cuestión que involucró al intendente metropolitano y a la secretaria de Asuntos Institucionales pasa por el control de la comuna y se originó como resultado de la derrota sufrida por la Alianza del Nuevo País en los comicios del domingo pasado.

Los testigos aseguran que Grosso aprovechó la presencia de Adelina en ABRA para reprocharle que ‘operara’ con el propósito de quedarse con la Intendencia. ‘ El intendente se acercó para decirme que se quedaba en el cargo y me emplazó a terminar con una supuesta operación para desplazarlo. Pero le dije que yo estaba dedicada a mi trabajo y que no estaba en ningún tipo de operación’ comentó Adelina.

Adelina insistió en que el único problema que tenía Grosso era su presencia, como lo reconoció en una reunión de bloque del Concejo Deliberante. ‘Le molesta mi existencia y eso no lo puedo evitar. ¿Qué quiere: que me suicide?’ explicó.”

*

*

*

Los fantasmas del leprosario parecen arraigarse con la última luz en las junturas de los viejos adobes.

Sobre el camastro un atado de papeles. Contra el muro una tabla sostenida por cuatro pilotes supone una mesa. Sobre ella, reclinado contra el haz del ventanuco Alfred relee por enésima vez la última carta de su hermano. Aprovechará esos postreros beneficios del sol y luego extenderá un paño mugriento sobre el boquete para impedir el masivo ingreso de los mosquitos.

La estancia es de tres por cinco metros, igual a la contigua en donde habitan sus guardianes, pero a esa hora se estrecha en su imaginación impiadosamente. La oscuridad es un tormento adicional, nada bueno trae la noche, ni cede el calor ni el tormento del silencio. Afuera, una empalizada de cuatro metros de altura le cierra la vista a cualquier horizonte. La isla es una isla, el lazareto abandonado es una isla, la caseta es una isla, su cuarto es una isla, su corazón es una isla.

La sombra curva de la espalda se proyecta contra la pared del fondo. Nada de la antigua arrogancia militar dibuja esa sombra. Es la sombra de una sombra, no la sombra de un hombre. Aquella vez le habían arrancado de cuajo con cada galón uno a uno los huesos de sus ambiciones. Era ahora eso que estiraba sobre los muros el sol agonizante: una arrumbada bolsa de dolor, un bulto miserable, un montón ceniciento y agonizante.

Y mientras él era eso un traidor andaba por las calles de París, seguía vendiendo información al enemigo, preparaba la muerte en emboscada de sus

compañeros. Se lo había dicho con alarma a su amada Lucie antes de ser llevado encadenado al puerto de La Rochelle desde donde navegaría hasta la Guayana Franca : "Haz todo lo que puedas por hallar al culpable, hay un traidor y no soy yo...Francia peligrá".

De todos los agujones ese era el que más dolía.

No era el estar pagando la culpa de otro, sino que ese otro continuara con la felonía impunemente. Francia peligrá. No era el escarnio al que había sido sometido por esa chusma miserable que hoy podría aplaudirlo y mañana lincharlo lo que le atormentaba. Le importaba su honor de hombre de armas y el honor de L'Armeé , Francia peligrá.

Había abrazado fanáticamente el ideario militar resignando todo, resistiendo todo. Él mismo abominó más de una vez de su condición original, porque él era esencialmente un francés, todo un francés, un militar francés, y Francia estaba en peligro.

Alfred no estaba en condiciones intelectuales ni morales de comprender que no había sido víctima del destino, sino de la propia Francia de fin de siglo. Jamás lo estaría. Como el macho de la Mantis Religiosa se abrazaba a su amor abrazándose a la muerte. Aún años después reivindicado formalmente, reincorporado a la lucha activa en el frente contra el ejército alemán, condecorado, volvería una y otra vez a la pesadumbre de su prisión sudamericana. Es que su condena se había dado en otra dimensión, otro patíbulo, y por leyes que nadie se animaba a escribir y sin embargo valían como leyes. Pero aún si esa evidencia estuviera frente a sus ojos él no lo vería. Algo en la manera de mirar se lo impedía.

En el último segundo el cordero de la victimación suele tener la mirada de su asesino.

*

*

*

La derrota de Porto era un resultado previsible con consecuencias imprevisibles. Grosso ya había deslindado la responsabilidad del peronismo capitalino al decir que agradecía la generosidad militante del justicialismo durante la campaña en alusión a la escasa participación y al magro aporte electoral que los independientes habían otorgado tras la candidatura del extrapartidario.

La candidatura de Porto había sido un triunfo de Manzano y a su través de Bauzá quienes habían demostrado que Grosso sólo comandaba formalmente el peronismo capitalino pero que el poder en Capital, prerrogativa entonces del presidente Menem, era del menemismo y el menemismo ponía los candidatos.

Cuando Ruckauf era porteño trabajó de zapa cooptando todas y cada una de las agrupaciones que Grosso conducía en Capital desde aquel triunfo definitorio en 1985. De manera que resultaba lógico que los peronistas que huelen la sangre se hayan abalanzado sobre el animal herido. Es Menem quien, poseedor de un sentido de equilibrio en el poder digno de mejores causas que las que encabezó, reacomodó el tablero horas después anunciando la renovación del mandato de Grosso en el Municipio. Que el propio Bauzá haya hecho el anuncio en los medios prueba del poderoso significado que Menem le daba a su decisión.

Adelina que esperaba por el sillón quedó desplazada y ya no se recuperaría más hasta su hundimiento definitivo en el caso del Banco Hipotecario. Ruckauf quedó expectante e ignorante del destino desesperante que el justicialismo capitalino tendría de allí en más. Pero eso sería cuando Grosso desapareciera tragado por la tormenta, Menem jugara todo a la Reforma Constitucional y a la Reección, Duhalde se fuera a la provincia y él se convirtiera en un dos en vía muerta del segundo mandato del riojano.

Nadie había podido pringar a Grosso con los cardos de la derrota, ni siquiera de la Rúa, quien en un intento de relacionar la caída electoral con la gestión de gobierno lo único que logró fue que Menem tuviera su acto reflejo: si atacan a uno de los míos me atacan a mí y yo lo defiendo porque me defiendo. La perspicacia política de Fernando de la Rúa no era la primera vez que asomaba. Y como se sabe, desgraciadamente, no sería la última.

Pero a pesar de que la desgracia no llegó a arrollarlo en ese momento la evidencia de la vulnerabilidad de Carlos Grosso quedó en evidencia. Si hay algún factor capaz de explicar como alguien que fuera ratificado luego de un traspie electoral con un discurso laudatorio desmesurado y que, finalmente, renuncia tres meses y medio después es esa vulnerabilidad manifiesta. Grosso tardó esos tres meses y poco más en darse cuenta que tenía una profunda y mortal herida en la garganta.

*

*

*

Puede decirse que, históricamente, las relaciones que los servicios de inteligencia tienen con algunos medios y hombres de prensa en particular son más y mejores que las que ostentan las propias dependencias de gobierno destinadas a formalizar esas relaciones: secretarías de prensa o de comunicación, departamento de relaciones institucionales, voceros, etc. Esto es así en el mundo, fue así en todo el mundo, nada hace prever que cambie demasiado en el futuro.

En la Argentina del último tercio del siglo XX esta institución de uso, sin embargo, merece una lectura diferenciada. Digamos, desde Onganía, las dictaduras y sus programas de transferencia financiera utilizaron eficientemente estas relaciones especiales de los servicios de inteligencia con la prensa y/o las empresas mediáticas de una manera tan íntima que prácticamente esos medios y voceros se habían convertido en la avanzada de acción psicológica de esos intereses sobre la sociedad.

Por otra parte, estas relaciones generaban un campo difuso dentro del propio campo periodístico, dado que la zona de contacto de ambas actividades (la periodística y las de inteligencia) se volvía francamente lábil y corrediza.

Quien más quien menos que haya realizado alguna tarea periodística en medios de importancia ha recibido alguna vez una sospechosa sugerencia o una indicación sorprendentemente interesada. Quien más quien menos ha advertido conductas demasiado heterodoxas de algún que otro compañero o sentido alguna presión venida de lugares extramediáticos por una vía intramediática.

Rara vez, no obstante, los periodistas denuncian o publican estas situaciones y mucho menos hacen referencia a las harto conocidas relaciones que

notorios hombres de la prensa, especialmente la electrónica, tienen con las viejas estructuras de los servicios de inteligencia del Estado y de las Fuerzas Armadas.

El origen de esas relaciones puede ser variado. El más honesto resulta de la necesidad de establecer códigos entre los periodistas y sus fuentes. Cuando los servicios apelan a ese requerimiento de familiaridad que los reiterados contactos producen se empieza a tejer un vínculo que termina casi irremisiblemente en la identidad de las actividades. Los casos más extremos son aquellos consistentes en la directa inclusión de servicios activos en el interior de los medios, pero estos casos son prácticamente imposibles de comprobar. Una profesión tan aluvional como la periodística descalifica cualquier intento de determinar quien y por qué razones es auténticamente periodista.

Pero si se los mira bien se los registra fácilmente.

*

*

*

Eduardo Feinman acaba de atender su celular. Está sentado en el extremo izquierdo del sillón compartido por los invitados de los almuerzos de Chiquita Legrand. A la derecha de su pantalla, señora.

Con la mano derecha hace sordina para que su decir en la comunicación telefónica no sea tomado por el *boom*. Están en el aire. La conductora se sorprende y poco amiga de las situaciones informales frente a las cámaras interroga con la mirada al periodista que cierra su celular.

- Está confirmado Mirtha. Me acaba de llamar el Comisario Galíndez y se sabe que el piloto acaba de fallecer.-

Se trata del famoso caso del avión de LAPA que nunca alcanzó a despegar del aeroparque Jorge Newbery.

- Bueno – terció indignada la Legrand – pensemos que este programa lo están viendo seguramente los familiares. Así que...por favor...-

-

*

*

*

En agosto de 1999 se estrenó en el cine Cosmos la película Padre Mugica que poco tiempo después recibiera el Cóndor de Plata como la mejor realización de cine documental del año.

El trabajo cinematográfico traía desde el oscuro fondo de esos tiempos turbulentos una figura carismática que más crecía a medida que se exploraba en su humanidad. Si la sociedad tenía posiciones tomadas respecto de esa figura, eran más el resultado de las acuñaciones de la época en que fue asesinado que de un conocimiento real. Mugica afloraba así como un ícono de la causa religiosa por los pobres y desde allí como un militante político forzado por su propia fe.

Pero el dato más destacado del film es el referido a la autoría del asesinato. Desde mayo del '74 y hasta el '75 y con posterioridad durante toda la dictadura con origen en marzo del '76, los servicios de las fuerzas vinculados a la

inteligencia de la Triple A generaron la especie muy difundida de que Montoneros, ante la reprobación de Mugica respecto de la continuidad de la lucha armada durante un gobierno democrático, había entrado en una fuerte confrontación con el sacerdote. La versión indicaba que, por esa razón entre otras, Montoneros había matado a Mugica.

Jamás el rumor fue desmentido oficialmente ya que, por otra parte, jamás fueron oficialmente determinados los nombres de los asesinos.

En el film, y a partir de testimonios directos, no sólo se demuestra la inconsistencia de esa versión sino que además se señala que la misma es una evidente operación de los servicios, en ese momento a cargo del lopezreguismo, en un intento de generar conflicto entre la organización armada y los numerosos grupos periféricos a la organización. La operación lograba, al mismo tiempo, alejar la sospecha social que la muerte hacía caer sobre la figura de José López Rega.

La película Padre Mugica fue más concluyente aún. Desde esos testimonios se presentan los nombres de los autores y su vinculación con la Federal y Prefectura aclarando que “las prestaciones” como ese asesinato y el de Rodolfo Ortega Peña, se hacían por cuenta y orden de la Alianza Anticomunista Argentina.

Más allá de la precisión de los nombres lo que quedaba claro era que ni Firmenich ni nadie en Montoneros había mandado a matar a Mugica y que los asesinos habían salido de esa tríada que relacionaba los servicios de inteligencia con los grupos especiales y las fuerzas de seguridad.

A los diez días del estreno, un apresurado informe sobre “el caso Mugica”, cuya estructura principal remedaba la del documental, fue difundido en el programa Memorias que produce y conduce Samuel “Chiche” Gelblung. En el informe, casi sin testimonios, con un abuso de la narración en “off” y una desprolijidad inusual en los de su tipo, vuelve a presentarse la tesis de la autoría montonera del asesinato del malogrado sacerdote.

El peso de estos datos convierte una pregunta que se mide inicialmente maliciosa en una interrogante casi ingenua: ¿ de qué Fuerza, de las tantas que hay, saca Gelblung su musa inspiradora?.

*

*

*

- Se estrenó una película que hace referencia al Padre Mujica- dijo Julio Lagos con una voz que no resulta hoy tan cálida y aplomada como durante su encumbrado tiempo radiofónico en Belgrano.
- Mujica es el cura que mandó a matar Firmenich? - interrogó a alguien que no vemos, que no oímos responder, que no está.

La pregunta que responde es el mejor método de interrogatorios que Lagos conoce. Tal vez un vicio profesional. De cualquiera de sus profesiones.

*

*

*

“El mejor homenaje que los periodistas le pueden hacer a José Luis Cabezas es ser mejores periodistas, investigando más y más alto, indagando con la misma severidad las sospechas sobre el presidente que las que pesan sobre el simple concejal. Durante el mortífero gobierno del General Videla, para dar una falsa idea de libertad, se le permitía a los diarios criticar a funcionarios municipales, secretarios de Estado y ministros civiles. El intendente Cacciatore, por ejemplo, era uno de los chivos expiatorios con que la prensa limpiaba sus culpas por no informar sobre las atrocidades de generales como Suárez Mason y Bussi o almirantes como Massera. Los vicios se incorporan, Grosso, por ejemplo, fue el Cacciatore del comienzo de Menem.”

El párrafo pertenece a una nota editorial de la revista Noticias del 1ro de marzo de 1997 bajo la firma de Jorge Fontevecchia.

Si nos despojamos de la interpretación deducible sobre la inocencia o culpabilidad de los mencionados Cacciatore y Grosso nos queda un mecanismo social - mediático con su impudicia al descubierto.

Pero Fontevecchia creo, comete un error de interpretación tal vez por una generosidad corporativa que yo no tengo. En realidad la prensa del proceso no limpiaba sus culpas por no informar las atrocidades de ocurrencia diaria en esos años oscuros de la historia del país. En realidad este accionar era absolutamente funcional a las mismas atrocidades cometidas.

La realidad construida por los medios reemplaza a toda otra realidad, porque las audiencias sólo pueden asumir una y solo una realidad como posible. Es por eso que, todavía hoy para muchas personas a las que no les tocó vivir directa o indirectamente el clima de atrocidad, lo que se le desinformara por los medios entre 1976 y 1982 es tan o más verdad (el que golpea primero golpea dos veces) como lo que se le informara por los medios desde 1983 en adelante.

Si a eso le sumamos que muchos de los informadores estaban, están y estarán en carácter protagónico en las pantallas de la televisión, no hay dudas de que la asunción de la realidad es un asunto electivo por parte de las audiencias.

Con respecto Grosso queda claro que, según la interpretación de Fontevecchia que comparto, sirvió para purgar un proceso de corrupción creciente y que recién comenzaba a expresarse en su versión *mega*. Sólo agregó que, además, servía de válvula de descompresión a lo que ampliamos en otra parte: la construcción social - mediática del político como “judío” contemporáneo.

*

*

*

Un gigante con casco empenachado rompe de pronto la inmovilidad de la escena. El condenado tiene otra rigidez que se suma a la rigidez del entorno. Sombrío, reconcentrado, sobre él se abalanza como una mano gigantesca la atención de todos los presentes.

Le arranca el quepis. Desprende los galones y las insignias con ritual violencia. Sigue con los bordados de la guerrera, las mangas. Como un maniquí el

traidor se presta a la degradante y atroz tarea. Levanta los brazos para facilitar la operación mientras una voz sin alma le sale cercana a la garganta al pronunciar sin fe: inocente...inocente...viva Francia.

La atmósfera pesa y el murmullo apenas si se escucha. Afuera, en la plaza, en el fondo, sobre los pedestales, la muchedumbre se agita, brama, vocifera. Insultos y silbatina también lo desnudan de honores. Es como una tormenta de estridencias que brotan de todas partes. Más en medio de ese mar agitado de emociones, la soldadesca, los testigos y los jueces componen un cuadro inmóvil. El propio condenado se ve sin alma, sin mostrar estremecimiento ni excitación alguna. Se somete como un fante a la ceremonia del escarnio.

Puedo ver su rostro, alargado y pálido, alzado con falsa arrogancia y sin desafío. Pero es su cuerpo falaz quien me fascina. Ese cuerpo desacreditado al que se despoja de todo aquello que le confería valor social, rango y jerarquía. El gigante se inclina, y en nombre de todos y sin el nombre de nadie arranca y desguaza las franjas laterales de los pantalones.

¿Lo que cae a los costados son objetos materiales?. ¿O se trata en cambio de retazos de un honor supuesto y usurpado por un maldito que esta siendo desenmascarado?. El general y su séquito continúan hieráticos sobre sus cabalgaduras. Firme porte el de los soldados. Una respiración contenida en todo los pechos que guarda el silencio expectante para la humillación final. La rodilla derecha del gigante parte de un solo golpe seco y contundente lo que había sido el último vestigio moral de un capitán: su espada.

Los restos yacen en tierra con la elocuencia de la mirada muerta del culpable.

El silencio pregunta ¿qué más se le puede hacer al infame?

¿qué más puede infringírsele a esta bestia negra y traicionera, espanto de los débiles y repugnancia de los fuertes?

Se lo expone al desprecio de los que fueron sus compañeros y cuya derrota él preparaba. Camina entre ellos que en él abominan la traición y la felonía. Cuando pasa ante mí encuentra voz para musitar un deshiliachado "inocente". Sus ojos secos han perdido la mirada. Ya no tiene edad, ni color, ni nombre. Su rostro cetrino es una máscara de piedra oscura, cara extranjera con rasgos del ghetto que impide por su obstinación y audacia cualquier signo de compasión. Es la ignominia exhibida que engaña con una fortaleza aparente que sólo es producto de la impudicia y de la impiedad.

El hijo de Alphonse Daudet, León, con menos pluma narrativa que su padre, describió para Le Figaro la ceremonia pública de degradación de Alfred Dreyfus. Tomé la versión francesa e hice esta interpretación que siempre será mejor por mi parte que un intento de traducción.

*

*

*

Nadie desmaye. Ella, la mujer noticiero por excelencia, la confiable para las abuelas y la querida de las audiencias medias, trabajó para la Marina. Allá y por entonces, pero por razones que aún conserva. Así se hizo. Así se hace. Así es.

*

*

*

-Carlos Menem: un hacedor de política-

La frase no intenta convencer a nadie, no es esa la intención. Carlos Varela manda mensajes a los servicios de inteligencia con los que mantiene una excelente relación desde varios años atrás. Su entorno lo sabe, sus productoras lo saben, todo el mundo lo sabe. Carlos Varela es cristalino. Poseedor de una voz atildada y una locución empalagosamente elegante, Varela fue un reemplazo radial de Neustadt durante las vacaciones o sus ausencias accidentales y allí aprendió a combinar sus relaciones laborales diversas.

En cierta medida es un modelo, un genotipo social - mediático, que bien puede reubicarse en Antonio Laje, ladero actual de Daniel Haddad.

La operación mediática, la opinión interesada, la introducción rentada de temas en la agenda y las interpretaciones de los hechos (aún las más disparatadas) se modulan por el tono mesurado, la escenificación de la cordura y las vinculaciones extramediáticas. Toda un escuela de alumnos escogidos.

Carlos Grosso hizo una mala interpretación de la política aperturista de Carlos Menem. El aperturismo menemista era para los sectores de comunión con Carlos Varela: Alsogaray, Adelina, Rojas o, en otro rubro, los periodistas que son “formadores de opinión” según la escala de la “cadena de la felicidad”. Pero darle la dirección de radio Municipal a un judío, zurdo y radical como Pepe Eliaschev era, cuanto menos, ofensivo. En esos casos Varela perdía la cordura y la moderación.

*

*

*

La realidad mediática encapsula y neutraliza cualquiera otra realidad. En los medios “algo” puede ser nombrado y al mismo tiempo desconocido y desaparecido de la reflexión. Las reglas de la lógica se disuelven en la lógica de los medios.

A principios de mayo de 2002, el programa “Hora Clave” conducido por Mariano Grondona recibió algo más que una visita.

La troupe completa de Daniel Haddad sorprendió a todos en un conato de “análisis conjunto de la realidad de dos equipos periodísticos”. En los bloques ocupados los periodistas analizaron poco y se dedicaron especialmente a poner en escena un operativo de prensa que podría llamarse desvergonzado si la vergüenza contara en estos casos.

El anuncio se hizo desde la boca de todos: la semana siguiente era una semana definitiva para Duhalde. Antonio Laje, con un fequillo tan ralo como sus intelecciones se aventuró aún más: “ la crisis que se avecina se lo lleva puesto al presidente”.

Unos días antes, cuando la caída de Remes abrió una peregrina puerta a la salida del “pensamiento único”, el grupo Haddad había jugado fuerte contra cualquier cambio de rumbo presumido. Los estacazos mediáticos a los tobillos de Duhalde dieron resultado. Ahora, entre otras cosas el nombramiento de Caamaño, mujer de Luis Barrionuevo, y el acercamiento relativo que este producía a la CGT de los gordos había encendido una vez más la luz de alerta a los grupos económicos que le permiten a Haddad hacer independiente su periodismo.

Había que salir a dar duro.

En un segmento de la charla “analítica de los dos grupos periodísticos”, curiosamente, se mencionaron diferentes operativos de prensa realizados contra la Caamaño y cuya autor intelectual sería Atanasoff, con la previsión de que este no era el único enemigo de “la negra” en el gobierno de Duhalde.

Realmente fue todo un momento que pareció nacimiento de confesiones. Se hablaba de “operativos de prensa”. Pero todo quedó allí.

La “corporación” que no debería ser corporación actuó tan apretadamente como la mafia. Nadie se preguntó con qué hombres de prensa se hacen los operativos de prensa. Pues está claro que sólo con los medios y en los medios es posible la realización de tales operativos. Es más: si se lo mira desde el lado de la política, un operativo de prensa es una forma más de la política. Pero si por el contrario se lo mira desde la actividad periodística un operativo de prensa es una deslealtad para con la opinión pública y una terrible falla a la ética profesional.

Este fue el primer acto de desaparición de un hecho que se menciona. Se hace referencia a un operativo de prensa pero en el mismo acto de hacer referencia a él la magnitud del hecho: “el operativo de prensa” se pierde, se desvanece, desaparece.

Y más curioso aún, casi como en un cuento de Borges, esta mención sobre los operativos de prensa se hace en el interior mismo de un operativo de prensa, generando seguramente un golpe de *rating* perfectamente al servicio de lo que se pretendía lograr.

*

*

*

¿Qué haría él si no fuera él? ¿qué haría él con otro si fuera otro?
Se consoló compasivamente. Se entendió, se justificó, se puso en un lugar comprensible y menos rígido.

Hacía cuarenta minutos que había llamado a *Hollywood*, pirulo céntrico de categoría y discreción. Hacía 39 minutos que había dado dos nombres de fantasía, el de ella, una meretriz plena como un dátil y con toda su juventud dedicada a aliviar sus dudas sexuales, y el de él, protectivo y picaresco: “el Trucho”.

Unos años antes había accedido a ponerse esa marca de cliente habitual del lupanar y, yendo o recibiendo, había invertido mucho dinero en ese afianzamiento de su personalidad. Al principio iba al reservado del local en Córdoba entre Suipacha y Esmeralda. Pero al poco tiempo empezó a ser muy conocido así es que decidió pedir a domicilio. Con técnicas distractivas que latían de paranoia subía hasta el sexto piso por el ascensor y bajaba caminando los dos pisos que lo separaban de su nidito también de alquiler.

Un amigo de un amigo le había dicho tiempo atrás: - las putas son el analista de los tipos de derecha-. Él siempre quiso ser tipo y de derecha, así es que se lanzó a la tarea del análisis.

Pero, volvió a interrogarse mientras revisaba su perfume: ¿Qué haría él si no fuera él? ¿qué haría con el otro si fuera otro?

El periodismo que entendía era periodismo de influencia, una forma del poder que el poder había sabido desarrollar en el mundo nuevo.

Sus pasiones militaristas de la época carapintada fueron sólo un ensayo y, siendo además abogado, su verdadera pasión era la de la riqueza y la de abogar por quienes se la podían garantizar. El mundo era el de los mejores, y él era uno de ellos.

De carapintada pasó a ser un extremista del liberalismo y de la libre empresa. Yabrán le había ayudado mucho a ese cambio. Se asoció con Marcelo, un auténtico que, en el fondo, detestaba por el sólo hecho de saberlo tan convencido de lo que hacía y decía. Marcelo era de verdad. Un Yuppie. Lo odiaba por eso, por no sentir lo que él sentía, la dura certeza de que no era realmente nada. Las pantallas, la radio y las putas le hacían sentir noble, sincero, y hombre. Pero ni bien se apagaban las cámaras y las putas, una realidad no deseada le merodeaba los sueños. Por eso, sólo por eso, solía jugar a que era otro.

Si descubriera a alguien haciendo lo que él hacía, u otra cosa socialmente condenada, lo denunciaría. En realidad lo denunciaría sólo y únicamente si construyera la conveniencia. Y la conveniencia era algo que sólo garantizaban los amigos.

Hacía un tiempo que había dejado la televisión, y el negocio de la radio que le debía a Carlos marchaba maravillosamente bien. La suerte forzada a través de sus influencias había querido que se quedara con la mismísima frecuencia de radio municipal, la misma que no había podido conseguir durante años por culpa del idiota de Grosso. Pero Carlos finalmente había cumplido.

Algún día volvería a las pantallas. La memoria frágil de la gente y los tiempos habrían de allanarle el camino de la vuelta. Se miró en el gigantesco espejo del cuarto. Cuando volviera lo haría sin bigotes.

El timbre sonó recatado. Fue hacia la puerta. Cuando la cerró nuevamente dos nombres de fantasía comenzaron a fingir sus personajes.

El no me conoce. Tal vez jamás sepa quien soy. Y en todo caso ignorará que, si yo fuese él, este fragmento tendría su nombre y su apellido.

*

*

*

La televisión, no como medio de comunicación sino como ambiente laboral, enferma. Cuando se acepta esto que digo, suele explicarse el fenómeno como un resultado de la sobrexposición social. Pero por otra parte la televisión, y ahora sí como medio de comunicación, ocupa el lugar central en el ejercicio del poder mediático y es, verdad de Perogruyo, un participante activo del poder económico. Imagínese entonces gentes con relativa cuota de enfermedad desarrollando relativas cuotas de poder.

Esta línea de razonamiento nos lleva nuevamente a fijar la mirada sobre el perfil del profesional del periodismo.

En otro lugar me dedico especialmente a la descripción de ese perfil y al reclamo de una referencia ética. No abundaré entonces sino para decir que en esta subespecie de la profesión encontramos a los sacerdotes de la victimación mediática.

Odio repetirme, pero el periodista en la televisión, con más o menos resistencia, se entrega a los favores de una fama construida sobre esas bases tan ajenas a la naturaleza de su profesión. Siendo un actor de las noticias es un ritualizador de la realidad. Al dejar de ser un notario - evaluador de hechos comprobables para ser un notorio, toda su tarea se resume a la administración de su prestigio, a la corroboración de sus verdades, al sostén de su rol. Se trata de otra versión de la vieja tensión que en la historia del hombre se ha dado entre la fe, el sacerdote y la divinidad. (7)

*

*

*

En el Juzgado en lo Criminal de Instrucción Nro.40, a cargo de la doctora Ana Selva y bajo la secretaría del doctor Jorge Ávila Herrera se encontraba alojado el juicio conocido como “Escuela Shopping” contra Carlos Grosso cuando hice la primera aproximación personal al caso.

Supe que después siguió, quizá por inercia, un febril e histérico itinerario por diferentes instancias, recalando inclusive en la justicia federal. Quizá la impronta de trompo que le supo infundir Argibay Molina, abogado de los concejales radicales incluidos en la causa y de Alfredo Yabrán, y los impulsos de toque de esos concejales ligados a De la Rúa le modificaron al expediente su condición esencial de cosa inanimada. Tal vez hoy, mutado de condición, el grueso carpetón produzca alguna travesía por cuenta propia. Pero el realismo que envuelve al caso dista mucho de ser mágico.

Esta causa es la emblemática del caso Grosso, y la de mejor aprovechamiento mediático desde la originalidad del nombre, insólita construcción de Norberto Laporta que, salvo sus creativas participaciones durante la época de Jorge Rafael Videla, poco elemento creativo ha dejado en la vida de los argentinos.

A pesar del bautista, la causa no tiene querellante conocido. Es casi una obra de oficio en la que el expediente destaca la fiscalía de Daniel Emilio Morín.

Desde lo legal el juicio es “chino”, tal como suele decirse en el argot judicial de las causas de tal enredo, que llegan a confundirse las líneas que separan a demandados de demandantes. Desde lo social - mediático es la hoja de la guillotina.

Es el caso de una cadena interminable de corroboraciones sin ninguna comprobación. Si alguien se toma el trabajo de consignar en la cláusula “Búsqueda” de cualquier buscador en internet la frase “ Escuela Shopping”, encontrará una serie de documentos que lo traerán hasta el presente. En ningún caso existe una consignación de la causa, solo una ratificación condenatoria y la utilización del nombre “ Escuela shopping” en calidad ejemplar de corrupción administrativa.

No hace mucho, en una puesta en escena de periodismo incisivo a cargo de los ex Lanata's Boys, el periodista deportivo de básquet Adrián Paenza desplegó un patético colage de imprecisiones sobre el caso, entrevistando al propio Grosso, y defendido en su ignorancia evidente por su no menos evidente indignación televisada. Paenza, al nuevo estilo del periodismo impune, encaró la entrevista a Grosso con su pobrísimo bagaje de impresiones, en su mayoría chismes de supermercado, de diez años atrás.

Confieso que yo mismo tuve una información originalmente superficial del tema y que ahondé en él sólo hasta determinar el grado de desconocimiento general que había en la sociedad y en los medios, inversamente proporcional a la virulencia condenatoria contra Carlos Grosso.

Hasta que el tema me hastió por sus vericuetos insípidos supe que había comenzado como tema, curiosamente, durante la gestión en la intendencia municipal de uno de los carniceros más sañosos que el radicalismo delaruista había entrenado contra Grosso: Facundo “facundito” Suárez Lastra.

Más certero es decir que, funcionarios de tercera línea de Suárez Lastra, empezaron el negocio con un grupo empresario sin hacer consulta con el intendente. La idea era hacer unas construcciones en la feria municipal del barrio del Once. Suárez Lastra, huele la operación y la rescinde a libro cerrado. La razón no es la naturaleza del emprendimiento, eso lo tenía sin cuidado. Lo que le molestaba era el hecho de que un grupo de cuatro de copas de su riñón lo “puentearan” tan irrespetuosamente.

La decisión del intendente Suárez Lastra produce un juicio por lucro cesante, daños y perjuicios iniciado por el grupo empresario que Facundito, ya preocupado, trata de contener con una conciliación. Se pacta una forma de pago y se abona la primera cuota del resarcimiento que se va por la esclusa con el estallido de la hiperinflación.

Cuando Grosso asume la situación había quedado resumida a un convenio a reformular, tal el ánimo colectivo que el incendio del alfonsinismo en el gobierno había dejado como saldo final.

Grosso se reúne con los voceros del grupo empresario y delega la continuidad de las negociaciones en la Secretaría de Gobierno. Sobre finales de 1990 los empresarios elevan una propuesta de acuerdo. Aquí comienza el “achinamiento” de la causa.

En realidad, ningún acuerdo extrajudicial pude ser decidido por el intendente. La ley municipal es clara al indicar que estos casos son de exclusiva

incumbencia y responsabilidad del Concejo Deliberante y que deben, además, ser aprobados con los dos tercios de las voluntades de ese cuerpo de ediles. Grosso eleva la propuesta, no hay manera de determinar si con indicaciones especiales o no, que tenía además la dificultad de ser reconocida por los empresarios con fecha límite al 31 de enero de 1991. Si a esa fecha no había una solución continuaban en curso los juicios iniciados.

Fin de año es un momento muy especial en los cierres de cualquier cuerpo deliberativo. Es como una zona de jubileo y de irreflexión motivada por la premura del cierre de ejercicios y por la dispersión que genera la proximidad de las vacaciones. Pero además, en tiempos normales, en estos días se vota el presupuesto.

Curiosamente, cosa que los denunciantes parecen obviar frente a los medios con una deliberación demasiado evidente en el expediente, concejales del radicalismo impulsan la aprobación del convenio presionando con la aprobación de ese presupuesto. Es una exigencia de contrapartida: ustedes nos aprueban el convenio, nosotros votamos el presupuesto.

El negocio inmobiliario que el convenio llevaba consigo era lo suficientemente húmedo como para brotar retoños de voluntades entre los concejales de la oposición.

Estos concejales, todos pertenecientes al delaruísmo ortodoxo, estaban encabezados por Herschberg y Eliseo Roselló, junto a unos denunciantes muy curiosos, como el caso del señor Bonanata, quien en el velorio del gobierno nacional de De la Rúa, años después, ofició en varios programas de televisión como el denunciante de los poderes maléficos de Inés Pertiné sobre la endeble personalidad del presidente renunciante vía helipuerto. Bonanata tiene una relación muy especial con los servicios de inteligencia que comandaba Santibáñez, especialmente en lo que a abrir puertas en los medios se refiere.

Se recuerda que este grupo es el mismo que, esforzando su veta de cineastas, proporcionaran “raras evidencias” a los medios sobre el accionar de la familia De la Rúa en plena interna de la Alianza, allá por 1998. Se recuerda también a los difusores de ese material con Samuel Gelblung a la cabeza.

Lo cierto es que la operación tuvo éxito y el convenio de lo que luego se llamaría “Escuela Shopping” fue aprobado por los dos tercios del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires.

Lo que se le achaca Grosso y permite ponerlo contra el paredón de las denuncias es el no haber vetado la disposición.

Guillermo Francos (ex militante del manriquismo lanusista), Norberto La Porta (ex funcionario de Videla) y Aníbal Ibarra (una sombra del fiscal Moreno Ocampo) no iban a denunciar a sus pares. Mucho más propicio política y periódicamente era poner en el acápite del caso al propio intendente de la ciudad de Buenos Aires, un peronista puesto de prepo por las condiciones legales que impedían que el jefe comunal fuese elegido por el pueblo capitalino, un requerimiento que el radicalismo estaba haciendo desde el primer minuto del gobierno de Menem.

No se sabe mucho más. La causa a las alturas de este libro es, junto con la del golf y la del velódromo de Palermo, una de las que quedan en danza jurídico mediática, aunque esté prescrita. Su prisión buscada en mayo de 2002 al retirar la

garantía de su fianza corresponde al caso del Golf. En el resto, que suman casi cuarenta causas, fue sobreesido por falta de méritos o directamente por desestimación de la causa.

¿Inocente?

No es lo que importa. Aquí no hay nada que probar. La denuncia es la unción victimaria. Con eso basta. Eso es suficiente para la economía de un rito.

*

*

*

Nunca se sintió debidamente recompensado. Desde su arresto en octubre de 1894, Dreyfus repitió sus escenas infantiles y su vida adolescente como en las secuencias de una cinta de biógrafo. El amaba a Francia y sólo quería que le permitieran eso. Los estigmas de una herencia que más de una vez él mismo había maldecido le obstaculizaban una y otra vez la expresión de ese amor.

Cuánto había entendido a Maurras, su enemigo inconcebible, en esa prédica por una Francia de pié, una Francia pura, una Francia temida, una Francia gloriosa. Lo francés, él sabía, sólo podría imponerse por la fuerza y no por la naturaleza universal de sus principios, como sostenían los liberales y la izquierda ilustrada. Sólo si la Nación, si el país lograba marcar la traza de su destino, lo otro vendría por añadidura.

Estaba claro que de nada servían todas esas proclamas libertarias cuando se trataba de disuadir al poderoso ejército enemigo que presionaba sobre las fronteras. Su familia alsaciana bien lo sabía. Eso fue lo que lo impulsó a sumarse al Ejército y a convertirse en el noveno de su promoción. Eso fue lo que lo llevó al límite de casi renegar de sus propios orígenes, casi a purgarlos en un devocionario nacionalista que muy pocos como él podían sostener.

Nunca se sintió debidamente recompensado. Ni su rehabilitación al Ejército con pompa y honores, ni la declaración de la justicia, ni las acciones que derivaron de su caso sirvieron para otorgarle lo único que él había empezado a querer: el favor de los franceses. Salía y entraba de su casa con resguardo. Seguían los insultos a voz en pecho y a la luz del día tanto como las murmuraciones de falso recato. Nadie creía que no fuera traidor. Pocos se animaban a reparar el error de una acusación que le devoró once años y nueve meses del mejor momento de su vida.

Pero lo de hoy había colmado la medida. Ese 4 de julio de 1908 Alfred se encontraba colocando la cenizas de Emile Zola en el panteón de París. Hacían ya dos años que había sido restituido al Ejército.

En medio de la ceremonia le dispararon a quemarropa.

El tiro ni siquiera lo rasguñó, en la piel al menos. Pero el tiro había dado en el centro de la verdad, había sangrado el corazón de lo que era.

Para Zola tenía el agradecimiento que debía deparársele a quien tanto aportó al esclarecimiento de su situación. Pero la verdad no había triunfado, la mentira sólo había sido desalojada del estar de la casa, pero continuaba anidada en los dormitorios, en el interior de las paredes, debajo de los pisos, en los

utensilios y enseres del hogar de los franceses. La mentira era verdad en el corazón de Francia.

El agresor fue liberado por inocencia fundada en la locura. Y él sabía que, aún cuando una ironía, la sentencia era justa.

*

*

*

Los cuchillos que liquidan Grosso son, como en todos los casos, de una triple naturaleza: Política, sagrada y social.

El rumbo político escogido por Menem lo requería como chivo. La escalada de corrupción que del proceso de liquidación del Estado desatado por el menemismo iba a necesitar de subterfugios, coartadas y señuelos.

El cuchillo de lo sagrado fue la propia gordura del cordero. Todos lo querían ver muerto, por políticamente peligroso, por políticamente inconveniente, por políticamente insubordinable.

Lo tercero es lo social, lo que hace falta poner en la evidencia para que la verdad sea simplemente un trámite de incorporación a la creencia. La verdad en estas condiciones de producción simbólica no tiene ninguna importancia. Absolutamente ninguna importancia.

*

*

*

Si se analizan las características manifiestas del menemismo se advierten diversas maneras de participar de esa feria.

Se podía ser miembro del menemismo ritual y social, el que Silvina Walgner mencionara con el desafortunado título de “Pizza y Champagne”, desmereciendo una dupla gastronómica que recomiendo al margen de cualquier análisis ignorante y prejuicioso.

Allí estaba Montero Ruiz, María Julia, Gerardo Sofovich, el mismo Sofovich que compartiría una mesa con Silvina Walgner claro que sin pizza sin champagne y casi sin televisión en las pantallas de América TV.

-La vanidad, -dice Lucifer con el cuerpo de Al Pacino en *“El Abogado del Diablo”* - definitivamente el pecado que más me gusta.-

La otra opción dentro del esquema menemista era pertenecer a la orgánica, ser Celeste o Rojo Punzó, es decir estar del lado de Bauzá o del de Kohan.

Grosso no participaba de la vida social del menemismo ni tampoco tenía pertenencia a ninguna de las dos formas que la orgánica política de la corte había desarrollado.

Por haber actuado en la campaña en sintonía con Kohan había una mayor simpatía hacia los rojo punzó, pero era mucho más el recelo que Bauzá había generado con ese acercamiento menor y circunstancial que el beneficio o el amparo que podía brindarle esa relación con Kohan.

Grosso, por el contrario, no había sabido guardar la misma prudente distancia respecto del mascarón discursivo que Menem presenta en el 91. Él adhiere al proyecto refundacional de Menem uno de cuyos ejes era la reforma del Estado.

Grosso creía que con el nuevo gobierno peronista, después del fracaso alfonsinista, se cumpliría el ideario planteado desde la renovación. Así lo hacía saber entre sus amigos de entonces con un convencimiento que generó cierto rechazo por parte del peronismo que guardaba o bien rencores o bien dudas respecto de la lealtad de principios del riojano.

La reforma del Estado que Grosso hace en Capital no está centrada en la venta de activos, característica *sine qua non* del menemismo en el nivel nacional, sino en las concesiones de servicios. Curiosamente en el debate nacional actual esta diferencia pareciera presentarse como la cuestión de fondo en la política que debió ser en lugar de la liquidación masiva del patrimonio estatal.

Por otra parte, en el discurso de Cosquín, Grosso había planteado el tema de la etapa social del programa frente a toda la nomenclatura menemista el mismo día en que en esa ciudad Cavallo recibiría el óleo de los catecúmenos que le permitiría al Mingo, muy suelto de cuerpo en varios programas de televisión, hablar de “nosotros los justicialistas”.

El planteo, los planteos de Grosso, no importa si discursivos o reales, eran molestos e inoportunos.

En primer lugar porque ya estaba clara la decisión del riojano respecto de los rumbos a seguir a cambio de la garantía de la reforma constitucional y su reelección, la política liquidadora y los agentes de esa liquidación eran demasiado elocuentes para imaginar otra cosa. En segundo lugar Menem no le entregaba el manejo social a nadie que no fuera de su entorno, caso Corzo o el propio Bauzá, salvo que se tratase de un irremediable intrascendente como Maza. Ese resorte era delicado en manos que supieran darle destino y la historia del peronismo estaba plagada de ejemplos cuyo antecedente primario fue el departamento nacional de trabajo que Perón convirtiera en la Secretaría de Trabajo y Previsión. Estaba claro que la política social de Menem era justamente la falta de política social.

Grosso en Cosquín irrita y enciende luces rojas en el frente del gobierno, luces rojas que nadie quería allí.

El 6 de agosto de 1992, Avelino Porto, a cuarenta días de la derrota sufrida a manos de Fernando De la Rúa en sus pretensiones de senador y vuelto a Rector de la Universidad de Belgrano, hacía públicamente operativa su preocupación por el eventual riesgo de una peronización del Gobierno. Si la frase parece impúdica habida cuenta que el gobierno que corría riesgos de peronizarse era peronista (al menos en la condición del origen electoral) resulta un indicador palmario del camino tomado por el presidente y sus sociedades, y la necesidad del riojano de castrar toda intención de conspirar contra esas decisiones.

Allí, una vez más Grosso, como algunos otros que cayeran después, se había situado en medio de la vía por donde para Menem “pasaba el tren de la historia”.

Porto hacía estas “declaraciones casuales” recogidas por Clarín a toda página, en una cena celebrada en el Jockey Club rodeado de las figuras más notorias del conservadurismo: Azzareto, Pinedo, Linch, de Laferrere.

El lazo del ahorcado se estrechaba cada vez más.

*

*

*

En Cosquín Grosso jugó el juego de Petronio con Nerón. Y si bien no fue obligado a envenenarse junto con su esclava, su destino político quedó sellado por la cicuta.

Arrancó con un balance de las razones por las cuales el justicialismo había iniciado el camino elegido de la mano de Carlos Menem. Y lo hizo citando al propio presidente. Siguió una enhebra de adulaciones vacías con fuertes concesiones como la del aval a la voluntad reeleccionaria del riojano para 1995.

Pero en medio de ese engarce es fácil apreciar la presencia incordiosa de un discurso intruso a la voluntad política del menemismo.

“Nadie se enamora de la estabilidad, nadie considera el ajuste como un fin en sí mismo “ – dijo lastimando la integridad de la bandera que Menem presentaba como propia y que sostenía las pretensiones de Cavallo.

“He venido a convocar al país en su conjunto para la inauguración de una etapa de crecimiento” se extralimitaba en otro párrafo – De crecimiento en lo económico, pero también en lo social, de crecimiento institucional, de crecimiento para todos.”

“ Porque a la estabilidad hay que agregarle justicia social” – remataba inoportunamente.

Era el 4 de julio de 1992. Faltaban cuatro días para que Menem lo ratificara por otro período en el cargo de Intendente de la Ciudad de Buenos Aires. Pero más importante que eso era el tiempo exacto en el que el hombrecillo de Anillaco había tomado la decisión que marcarían los tiempos finales de su política.

En ese punto el camino se dividía en dos: o jugaba una carta impredecible en la que no contaría con el aval del establishment o se aseguraba la reforma constitucional, la reelección y el aplauso de los grupos que, le habían demostrado, solventaban a los hombres dispuestos en el “sentido de los cambios que se están dando en el mundo”.

Menem sólo tuvo convicciones personales y una gran consecuencia con ellas. La idea del pragmatismo y su habilidad para el juego corto y pertinaz se constituyó en una especie de estrategia trasladable a todos los actos de la vida. Y ese conjunto de mezquinas pequeñeces fueron valoradas por él mismo como las pruebas irrefutables de su grandeza.

En 1992 Menem perdió definitivamente las proporciones. La luz roja de la cordura que siempre se enciende para exigir frialdad en las ponderaciones se le rompió para siempre. A partir de entonces Menem empezó a hablar. Quien se había destacado por el encanto de sus silencios, por la calma y la disposición a escuchar con respetuosa atención a los otros sin perder por eso protagonismo, quien inspiraba la confianza que brindan los modales serenos y medidos se

transformó de pronto en un latoso mediático con la pretensión (satisfecha por su corte) de que sus apreciaciones superficiales, sus ramplonerías y sus lugares comunes fueran apreciados como gestos de inteligencia y signos de clarividencia. Ese estado fue el que le llevó a exponer sus lecturas de Sócrates, o a reflatar frases forzadas y vanamente estridentes como que “nadie se muere en la víspera” o indicar su preferencia de “volar como las águilas”.

Aquel hombre austero de palabras, de inteligencia y reflejos brillantes, que supo remontar las corrientes de un peronismo derrotado por sus propias confusiones, quedó reducido a un muñeco pretensioso y sin fundamentos que reemplazó sus extravagancias populares por afeites caros y trajes de Armani.

Para ese nuevo Menem, Carlos Grosso empezaba a ser una molestia y, fundamentalmente, un motivo de sospecha.

El Nerón que Peter Ustivov lleva a la pantalla en aquella magnífica versión hollywoodense de “Quo Vadis”, necesitaba la cercanía de Petronio para atar su locura a una pretendida inteligencia y talento superiores en las falsas adulaciones de aquel, y para tenerlo vigilado. Cuando Petronio comienza a excederse en el tenor de sus apreciaciones, cuando intenta guiar la mano del emperador por destinos distintos a su capricho, es cuando comienza a preparar los fluidos del brebaje que le quitará la vida.

Sólo Nerón sostenía a Petronio. Sólo Menem sostenía a Grosso. Cuando una y otra corte advirtieron el cambio en el temperamento del número uno respecto de su molesto protegido, el tramado de la conspiración se cerró definitivamente y el segundo cuchillo comenzó la tarea del desuello.

*

*

*

El titular del Palacio de Hacienda había pontificado frente al presidente la traición de Grosso al programa económico del gobierno. La acusación era grave aún independientemente de la forma civilizada que Cavallo había elegido dadas las circunstancias.

Todo el mundo sabía que Menem odiaba los escándalos. Al menos ese tipo de escándalos.

La discusión estaba centrada en el incremento que Grosso le había dado al sector docente. A través de los diarios Cavallo había expuesto la situación diciendo que se había cometido una injusticia dado que existían en Capital Federal muchos más docentes dependientes de Nación que dependientes del Municipio, con lo que la imprudencia había generado una situación de desigualdad que producía inestabilidad en el sector.

Grosso había planteado su cuestión de derecho y otras argumentaciones adicionales cuando Domingo había calentado la charla con la acusación de traición al modelo económico. El clima fundamentalista que asociaba a Menem y a Cavallo en ese momento le daba al planteo casi religioso de herejía un color de verdad hoy difícilmente de comprender.

Salonia acostumbraba a guardar silencio hasta tanto todas las posturas estuvieran expuestas. Se suponía que por la edad y por los temperamentos

encontrados el presidente esperaba de él la indispensable cuota de prudencia. Un hombre aparentemente respetado y considerado por todos los sectores del variopinto frente menemista podía ser ocasionalmente funcional a situaciones como la que se estaba presentando.

De improviso, sin embargo, el presidente había ordenado la conciliación de la mano de Bauzá.

Sobre la media mañana los cuatro se dirigieron al despacho de Bauzá en la Secretaría General de la Presidencia.

Cavallo insistía.

-Me estás jodiendo con este tema.-

-Mingo, me extraña – grajeó Grosso con tono socarrón - vos sos un cultor acérrimo de las leyes de mercado, y mi decisión tiene que ver estrictamente con el respeto a esas leyes de mercado: tengo falta de docentes, es decir oferta de puestos de trabajo que a 240 pesos no me los cubre nadie. Pues bien, subo el precio porque la escasez de oferta de trabajo me pide que suba el precio. Lo llevo a 300 pesos e inmediatamente cubro los cargos sin problemas. Son las leyes del mercado – finalizó con esa sonrisa que se le localizaba más en los ojos que en la boca.

Cavallo estalló – ...el mercado una mierda, vos sos un hijo de puta.- Y salió despedido seguido por un Bauzá que, extrañamente, parecía ser víctima de una desconocida emoción.

De nuevo en la calle, Bauzá reprimió su deseo de contener al Mingo. Sabía que esa carga de ira rayana en la locura era tan inconducible como previsible. Cavallo se vengaría. Lo haría de dos maneras: Broma pesada y hostigamiento incorporándolo a una investigación de la DGI para “Ricos y Famosos”, y tirándole por la cabeza la totalidad de los docentes de la Nación al municipio sin otorgarle los fondos para poder sostenerlo deformándole el presupuesto y la capacidad operativa. A Grosso se le acabarían las comodidades.

Recién entonces Salonia salió de su silencio, un silencio que tenía que ver con otra digestión distinta de la que requería la escena de la que había sido testigo.

- Pero entonces ¿quiere decir que aquí no hay códigos?...¿quiere decir que yo desde que asumí he sido un forro?-

Grosso avaló la noticia con una pena que intuía iba a sentir pronto por él mismo.

- Y sí Nino. Qué querés que te diga, lamentablemente has sido un forro.-

La política del menemismo había dado un último portazo a lo que no fuera su entropía. El ascenso de Menem tenía aires calientes del infierno que le proporcionaba Cavallo y demandaba en forma urgente desprenderse de todo lastre que retardara la subida.

A los pocos días, Antonio Salonia renunciaba al Ministerio de Educación.

(7) Una descripción de la destrucción del perfil profesional periodístico operado en los últimos treinta años con cierta apelación a una ética improbable se encuentra en “**Salven a Clark Kent**” del autor en próxima publicación.

Capítulo Cuarto

Los hombres casi siempre creen fácilmente aquello que desean.

Julio César

La victimación de Grosso tiene sólo tres estaciones y ningún Gólgota.

La primera estación es de naturaleza política y tiene tanto imponderables en juego como acciones practicadas con deliberación.

En primer lugar Grosso generó muchos enemigos sin propósito. Ciertamente es que estos enemigos no produjeron ni siquiera incentivaron la campaña en su contra, pero sin dudas sirvieron de marco formidable para que su sacrificio fuera efectivo. En segundo lugar Grosso tenía muchos enemigos con propósito. Bauzá lo advertía como un riesgo, Manzano y Ruckauf como una competencia, Cavallo como un obstáculo y una versión peronista de lo que él quería ser en el gobierno de Menem y después de él, los radicales como el intruso en un territorio históricamente radical, los conservadores en el gobierno de Menem como un potencial “peronizador” de la segunda gestión y el peronismo no menemista como un traidor vendido a la desperonización generada por el riojano. El horizonte era tan ancho como adverso.

Pero esta maquinaria destructora jamás se hubiese puesto en movimiento si Grosso no hubiese aparecido ante los ojos de Menem como alguien que osaba disputarle el futuro. Este disparador se activó unos quince días después de su renuncia y por motivos que sólo pueden inferirse. Grosso se había movido en varias oportunidades como un candidato a futuro aún cuando aclaraba a cada instante que trabajaba por la reforma constitucional y la reelección de Menem.

Dejó caer por allí que deseaba ser parte importante en el equipo que acompañara a Menem en su segundo mandato. Todo esto no alertó al presidente hasta que Grosso renuncia, se distancia y comienzan a correr los rumores de la “caja” que había armado durante su gestión al frente del municipio más importante del país.

Si uno repasa los casos de enriquecimiento ilícito que fueron denunciados con diverso destino después, podrá imaginar que el “hacer caja” era una costumbre bastante aceptada en el entorno gubernamental, de manera que esa posibilidad difícilmente extrañaría al riojano.

La segunda estación está ligada inextricablemente a la primera.

A alguien que sabe vincularse con prácticas casi jesuíticas al mundo de la política las conspiraciones posibles, los desalojos y la batalla en el interior de la vida partidaria difícilmente lo eliminan. Por el contrario, alguien que tiene esa práctica seguramente hará su propia trilla. Eso Menem lo sabe mejor que nadie porque su propia historia está escrita lateralmente a la historia del peronismo después de Perón.

Como dato diferencial desde la segunda mitad del siglo, y de manera creciente, la política se expresa principalmente en un escenario que no es estrictamente político : los medios de comunicación de masas.

En ese espacio, en el que lo político cobra otra dimensión, es en dónde se le practica a Grosso la segunda andanada de cuchillos .

Pero para que esto pudiera realizarse hay condiciones previas, de una naturaleza también política, cuya existencia siempre se sospecha pero difícilmente se exponga públicamente. Se trata de la relación entre algunos lugares de la corporación política y algunos lugares de la corporación mediática. Como ya dije, poco aporta al asunto que me ocupa una puesta a la luz de operaciones mediáticas, tráfico de influencias, campañas publicitarias más o menos encubiertas y toda la gama de desviaciones que la actividad periodística desarrolla a partir de su contigüidad con la política, las empresas y el resto de las organizaciones que ostentan porciones considerables de poder. Pero es bueno no olvidar la existencia de estos hechos y, mejor aún, explicarlos en función de un fenómeno relativamente reciente consistente en la activa participación del sistema mediático en las prácticas de un poder único y dimensional que atraviesa el conjunto de la sociedad.

Es evidente que existió una triangulación perfecta en el “operativo Grosso” entre altos funcionarios del gobierno menemista, servicios de inteligencia y periodistas.

Sin embargo mucho más efectivo y participante en el proceso de victimación fue el clima desarrollado fuera de esa triangulación.

Poco antes de la renuncia de Grosso se advertía en algunos lugares de la prensa, escrita y electrónica, una decisión de desgastar su figura fijando algunos conjuntos de ideas asociadas, muchas de ellas ya instaladas en la conciencia colectiva: Administración deficitaria - incremento de empleados municipales – excesiva intervención de la interna partidaria en la gestión – peronización del discurso - muchos negocios y concesiones en el proceso privatizador. Estas ideas se compadecían casi exactamente con la realidad.

Sin embargo, también resultaban evidentes otras realidades que, si bien no eximían al funcionario, al menos le daban un contexto a la responsabilidad de Grosso en la situación. Para empezar el proceso privatizador era parte de la política nacional que, impulsada por Menem, se ponía en práctica a partir del gerenciamiento de uno de los enemigos más visibles de Grosso inclusive para la propia prensa: Domingo Felipe Cavallo. Es la propia transferencia de servicios que hace Cavallo hacia las provincias y que en la Capital fue sin adicionar los fondos necesarios, como pasó con la educación y la salud, lo que incrementó notoriamente la cantidad de agentes municipales y desbarató el tambaleante equilibrio financiero de la comuna.

La intervención partidaria en la gestión ocurre como consecuencia de la tarea demoledora realizada por Carlos Ruckauf (cuando era porteño) sobre todas las agrupaciones que se habían desarrollado bajo la sombra hegemónica del grossismo desde 1985 y distaba mucho de una efectiva peronización de la gestión, imposible por incompatible con el modelo nacional, por propia decisión de sobrevivencia de Grosso y por que lo impulsado por Ruckauf se limitó a exacerbar los apetitos por los puestos.

De cualquier manera, aún cuando estas consideraciones se hubiesen expuesto más notoriamente en los medios, difícilmente hubiesen modificado la imagen que se estaba construyendo. Las razones de esto son las que fundamentan la tercera de las estaciones en que dividimos este caso de victimación: la gente tiende a creer lo que desea, dijo Julio César.

La construcción simbólica es un proceso complejo y casi imposible de desarticular. El deterioro irreversible de la imagen de la política y de los políticos, por motivos que ya apuntáramos, implica un estado de conciencia colectiva muy poderoso y muy asentado.

En los últimos tiempos esta imagen ha generado un fuerte sentimiento de violencia, una violencia difícil de apaciguar. Recordemos que es más difícil satisfacer el deseo de violencia que suscitarlo, especialmente en las condiciones normales de la vida social, y que sólo es posible engañar a la violencia en la medida de que no se la prive de cualquier salida o se le ofrezca algo que llevarse a la boca.

Es en este sentido que la posibilidad de la caída de una figura prominente de la política resultaba un bocado hartamente apaciguador de la violencia creciente contra la política y los políticos. Hoy mismo, el argumento de la baja del “gasto de la política” resulta tan difundido por los intereses que la propician como por los medios pero absolutamente simpático al deseo social.

La gente que “siente” la pérdida y el deterioro de su nivel de vida, la frustración personal y familiar y todas las formas de degradación social claramente perceptibles quiere que alguien pague alguna vez por ello. Esto hará, no tengo dudas, que un fuerte recorte en el presupuesto dedicado a la administración de la política en la Argentina se lleve a cabo en muy poco tiempo.

Si bien en 1992 aún no se había registrado la versión cúlmine y paroxística de este sentimiento social, ya existía con los perfiles que hoy le conocemos.

El político es un miserable con poder al cual apedrear desde la turbamulta, en la sombra de la multitud o desde la condición de “simple ciudadano”. Esta situación es avalada hasta por los propios políticos quienes suelen hacer autocríticas con veladas cláusulas de autoexclusión. Hace bien Jorge Asís en dudar que exista una corporación política allí donde lo menos que se practican son conductas corporativas. Es hasta gracioso verlos en esos deplorables ensayos demagógicos fingir una vergüenza increíble a los ojos de los pretendidos destinatarios de su puesta en escena. Gestos histriónicos de dudoso efecto que consolidan aún más el desprecio social del que son acreedores y deforman la misma esencia esperable del actor de la política que es la de marcar rumbos, la de proponer destinos.

En cambio, contra lo que suele decirse, que los políticos no hablan el idioma de la gente, los políticos sólo hablan el idioma de la gente. Por ello andan sin rumbo guiados por el reojo de las encuestas y generando el círculo vicioso mas nocivo consistente en aplanar la espiral hegeliana de la historia, convirtiéndola en una armella, en una argolla, cíclica, fatal, finalizada.

Si el animal político se queda sin destino, alguien tiene que pagar por ello. La humillación social debe ser vengada. Y la venganza siempre es terrible, porque es brutal, porque nace no de lo mejor sino de lo peor del conjunto. Un conjunto también rebajado y menoscabado. No hay ideas brillantes que partan de cerebros

destruidos, no hay actos efectivos que sean realizados por voluntades doblegadas, no hay imaginación y aventura lanzadas desde un espíritu desesperanzado, no hay esfuerzo ni sacrificio que surja del descreimiento y solo es esperable mezquindad e indolencia de las almas que sólo han sabido de la traición y el abandono. Así también el pueblo se trastorna con la desmerecida mentalidad de “la gente”.

*

*

*

Está hoy más claro que la victimación de Dreyfus no se debió a su condición de judío. No fue por ser judío que se lo victimó. Se lo victimó por ser necesario victimar a alguien que tuviese una condición victimal, por caso : ser judío. Pudo haber sido alemán, o cabeza de turco, o normando. Pero fue judío y bastó.

Digo “está más claro” y parezco olvidar que hay muchos intelectuales que sostienen aún hoy que el caso Dreyfus fue una muestra de antisemitismo. Creo en verdad que la mayoría de los intelectuales sostienen esto.

Por el contrario considero que Dreyfus no fue una víctima del antisemitismo sino una víctima de un proceso de victimación social y, para mejor, el primer antecedente notorio de victimación social mediática.

El argumento de que, a partir del *affaire*, Francia se dividió en dos es un argumento equivocado. Esencialmente el error se halla en dejar de considerar los aspectos cronológicos en el análisis del tema.

Cuando se produce la acusación y el caso comienza a ocupar el tratamiento preferencial en los periódicos, no hay dos Francia sino una. Mejor aún, muchos de quienes luego del manifiesto de Zola alzaron la bandera del *dreyfusismo* (caso Jean Jaures) no trepidaron en ofrecer sus letras para descarnar al “inmundo traidor”. El propio Georges Clemenceau, que pasaría luego a la historia como primer ministro francés durante la Primera Guerra, antes de ser editorialista de *L’Aurore*, bastión dreyfusista si los hubo, se interrogaba previamente en sus notas publicadas en *La Justice*: ¿ Cómo un ser humano puede deshonrarse tanto que no pueda esperar más que un escupitajo de desprecio de esos mismos a los que ha servido?. No tiene ni padre, ni mujer, ni madre, ni hijo, ni amor, ni ningún lazo de humanidad (...) nada más que un alma inmunda y un corazón abyecto.”

Después, sólo después, hubo la puja de los intelectuales de uno y otro bando, pero ya la mayoría de los franceses había hallado a la víctima y la había montado sobre el altar del sacrificio.

La aparición en escena del verdadero traidor, Ferdinand de Esterhazy, no corrió ni un milímetro la voluntad ni la dirección del cuchillo.

El desenlace imprevisto, es decir la efectiva comprobación de la inocencia de Dreyfus y su posterior reivindicación pública no modificaron esa convicción de los franceses respecto de la culpabilidad del alsaciano sino hasta mucho, mucho después.

Y sí está claro que, aún siendo cierto que las organizaciones y los intelectuales antisemitas tuvieron en Francia tanto o más protagonismo que en Alemania o Rusia, para tomar como ejemplos extremos, no es menos cierto que difícilmente pueda considerarse a la mayoría del pueblo francés como antisemita. Ni tan siquiera (como diría Menem) como “presa fácil” del antisemitismo. ¿Lo de Clemenceau, lo de Jaures, se puede fundar en antisemitismo? ¿Qué sucedió entonces? ¿Qué produjo esa masiva necedad de los franceses a reconocer las evidencias que surgían día a día entre setiembre de 1896 y agosto de 1914 ?.

En primer lugar hay que despejar una lectura anacrónica de los acontecimientos que envuelven al caso Dreyfus. El concepto de antisemitismo central, que gobierna todas las interpretaciones del antisemitismo hoy día, es el resultado de la lectura surgida tras la segunda Guerra Mundial y, específicamente, del concepto de **holocausto** acuñado a partir de esa terrible experiencia histórica de los pueblos alemán judío y polaco judío entre 1937 y 1944. Hasta la misma prisión bíblica del pueblo de Moisés a manos egipcias fueron “releídas” luego del aberrante experimento de la limpieza étnica que el nazismo patentó en la mitad del siglo XX. La repugnancia, el regurgito conceptual que los hechos revelados en los primeros años de la década del cincuenta fueron tan poderosos que ninguna materia concebible u opinable podía ni debía prescindir de ese filtro lector. Lo antisemita, paradójicamente estigmatizado, debía ser hallado, detectado y eliminado en toda expresión que pudiera siquiera someramente alojarlo. Un estable y omnipresente complejo de culpa freudiano cubrió la totalidad de la conciencia y la razón occidentales. Pero esto no ocurrió sino hasta finales de la década del cuarenta. Antes, sólo advertencias provincianas de la literatura, como Orwell o Karel Kapek, hicieron sonar una escasa alarma contra la ideología del absolutismo racial. Nadie advertía, en los mismos años de la prisión de Alfred Dreyfus, que centenares de etnias africanas eran borradas de la faz de la tierra por el accionar pragmático de los británicos, italianos, alemanes y franceses. Nadie. Absolutamente nadie.

El caso Dreyfus se convierte así en un hito de frontera. La frontera que separa al periodismo *espectador - relator* del periodismo *actor* a partir de la aparición del primer “manifiesto” moderno: el “Yo acuso” de Emile Zola. No es, ni con mucho esfuerzo, algo reductible a una simple inculpación con origen en un prejuicio racial, es algo mucho más abarcador: se trata del mecanismo social que carga con el dolor del conjunto en una víctima propicia para aliviar con su sacrificio la carga imposible que la sociedad no puede ya más llevar a cuestas.

Como dijimos, la Francia del capitán Dreyfus era una Francia vencida, humillada, territorialmente mutilada. Encontró con dolorosa fortuna un judío para la purga. No importó que el judío de marras fuese tanto o más nacionalista, tanto o más apasionado y resentido que el propio conjunto del nacionalismo francés.

Nos cuenta la historia que Zola debió sufrir también el oprobio del rechazo y la confrontación de la gente. ¿Por qué? Se trataba del antisemitismo del pueblo francés? ¿ Es posible creer lo que imagina Aguinis, que hubo hordas antisemitas lanzadas a las calles de Nantes, Rennes, Burdeos, Montpellier, Marsella, Toulouse, El Havre, Orleáns y la propia París?. Estamos hablando de toda Francia como si en ella cupiera la organización antisemita más extraordinaria de la historia,

superior inclusive a la que materializó el nacionalsocialismo en la vecina y enemiga Alemania.

No. Está claro para mí que no pudo ser así como está claro que lo que realmente hubo fue un proceso de victimación social mediático por primera vez en escala mensurable. La Alemania de treinta años después se excedería tanto en el concepto que halló a todos los judíos y a todo lo judío como la razón de la frustración de su destino manifiesto. La Alemania de treinta años después se excedería tanto en el concepto que le cambió su naturaleza.

Uno y otro caso se diferencian fundamentalmente en que en el segundo el racismo es una razón de ser y en el primero sólo una oportunidad propicia como cualquiera otra que demande la necesidad social de aliviarse por vía del sacrificio.

*

*

*

Carlos Grosso se entregó al menemismo. Fue un pacto a lo Fausto. Se sumó y participó de la lógica del menemismo y actuó en consecuencia. Fue funcional al proyecto de Menem cuando su inclusión significó una versión del poder nacional en el distrito históricamente más adverso: la Capital. Sólo al final recuperó su discurso, pero en cadena de silencios y de afirmaciones fue bastante más que uno más. No renegó, no dudó, rápidamente se subió al carro de la hegemonía. En ese sentido fue el primero en traicionarse.

- Yo era el jefe del peronismo de Capital. ¿Qué querían – se defenderá años después – que me fuera al exilio?. Ni Piazzola se fue.-

En cualquier caso esta fidelidad no le sirvió de nada. Por el contrario alentó a otros enemigos que se lanzarían sobre él cuando la corte del poder lo sentenciara y todos le dieran la espalda. Si Menem te maldecía, estabas maldito. Afuera una multitudinaria y creciente masa de desilusionados empezaba a pedir cabezas en las fuentes para saciar la frustración a lo que los sometía una política.

Él fue el primer “grande” en “caer”, la primera víctima notoria. Su vinculación íntima con el menemismo en el poder lo había ungido y sacralizado para el sacrificio. El cordero cebado come con una gula ignorante de su destino.

*

*

*

Alfred Dreyfus era mas nacionalista que Maurras. Sus defensores más destacados durante el juicio, Emile Zola y Jean Jaures, ocultaron como pudieron la mentalidad fanatizadamente militarista y esencialmente sus tendencias a renegar de su origen judío, pero las sostenía.

De nada le sirvió esto durante el juicio, la condena y la conspiración que lo retuvo en la Isla del Diablo. En 1914 participó ferviente de la primera guerra mundial en el ejército francés con el cargo de Teniente Coronel, más francés que republicano, más militar que ciudadano.

*

*

*

¿Grosso es inocente? ¿Se merecía lo que le sucedió? ¿Su gestión municipal fue honesta, fue buena, fue importante para la ciudad de Buenos Aires?

Nunca estuve interesado en responder a estas preguntas. Esas respuestas, tengan el signo que tengan, son absolutamente irrelevantes al hecho mismo de la victimación, a los acontecimientos mismos que se produjeron.

He tenido que aclarar hasta el hartazgo esta posición teórica asumida por mí durante la gestación del libro.

Pero la culpabilidad de Grosso a los efectos de este trabajo consiste en haber tenido durante el último año la misma mirada social que lo mata.

Sus ojos, acostumbrados a adelantar la sensación del conjunto por ser los ojos de un intelectual en la política, de un *pensador-actuante*, que es la quintaescencia del político, empezaron en cambio a anticipar lo que sería el rasgo de la dirigenzuela que marcaría a fuego el último lustro del siglo XX y los años iniciales del XXI. Su empeño agónico por ganar la pulseada contra Cavallo, Manzano y, fundamentalmente Bauzá, lo estrellaron contra el paredón final.

Ninguna de sus acciones sintonizadas al menemismo puro le mejoraron la relación con Menem esencialmente porque, él lo sabía, el riojano confiaba en él y lo sentía necesario. Lo único que hizo esa actitud irredenta fue la de munir de más y más piedras a sus enemigos para la realización de la preanunciada lapidación.

El cordero tiene, un segundo antes del final, la mirada de su asesino.

Grosso en aquel momento, si hubiese sido otro, habría puesto también su cuchillo sobre la garganta de la víctima.

A veces la fe es un pecado.

*

*

*

¿Cómo se propaga por toda la sociedad la conciencia de la culpabilidad?. No hacen falta pruebas. Hay una conciencia social del mal. El mal que sea: La pérdida de las cosechas; la debilidad nacional; la corrupción política.

Alguien es signado, es identificado con ese mal. Alguien que es recipiendario eficiente de la culpabilidad, sea por las calidades de su imagen, sea porque su situación histórica es la propicia. El cordero debe ser cebado, gordo, sano, fuerte, valioso como para pagar la culpa de todos.

Debe ser bien visto a los ojos del perdón. (8)

*

*

*

A principios de octubre de 1991 se generó una situación particularmente demostrativa de la sumisión de Grosso al discurso político imperante dictado desde el corazón del menemismo. Un préstamo destinado a la remodelación de la

línea “A” de subterráneos, cuyo trámite de gestación se había iniciado durante la intendencia de Facundito Suárez Lastra, había sido otorgado por el gobierno italiano.

El acuerdo sorprendió a todos dado que el gobierno nacional se hallaba lanzado en una furiosa carrera de privatizaciones entre las que las de Ferrocarriles y subterráneos eran abanderadas. Parecía sino sospechado al menos poco inteligente producir una remodelación para luego privatizar. El intendente Grosso debió *surfear* sobre las discusiones. El clima privatizador estaba instalado desde un par de años atrás a partir de la insistencia mediática y de la “mentalización” del usuario medio. Faltaba todavía una decena de años para que el mismo usuario medio fuese “mentalizado” con la acongojada memoria de “las joyas de la abuela”.

Grosso exhibió en sus declaraciones esa voluntad estadística respecto de lo que debía hacerse: “ Ahora que estamos en un proceso de privatización me opongo a cualquier tarea de remodelación de la línea “A”. Pero una vez llegado el crédito no podemos rechazarlo. Lo que tenemos que hacer es ponerlo todo a fuego lento. Como la prioridad es privatizar, cuando se concrete la transferencia a los nuevos dueños estos tendrán que determinar si toman o no el préstamo. Pero si por cualquier motivo la privatización no se concreta, entonces tendremos la posibilidad de remodelar el Subte A.”

Mientras Grosso alentaba esta cara de la política menemista comenzaba en esos meses el ataque a la operatividad del municipio gestado desde Economía consistente en la permanente transferencia de servicios desde Nación sin fondos adicionales para su ejecución. El cerco se iba cerrando a pesar de los esfuerzos del intendente traducidos en actos de religiosidad menemista. Dada la naturaleza de sus enemigos, el error de Grosso consistió en imaginar que lo que le agradaba a Menem le agradaba al entorno. La corte, en cambio, le tenía preparada otra especie de favores.

*

*

*

La mañana del 13 de octubre de 1894 fue una mañana de inminencias, la llegada del otoño y del destino aciago de Alfred Dreyfus.

Alfred leía y releía con extrañeza el citatorio que había recibido a primera hora a requerimiento del comandante en jefe. Lo inusual tenía un vértice mucho más inapropiado en el hecho de que se le pedía se presentara ante la comandancia vestido de civil.

Sobre el mediodía de ese sábado fue recibido por dos oficiales y dos policías en una dependencia lateral a la propia comandancia.

Alfred reprimió malos presentimientos. Los hombres sumaban al adusto rostro de rutina una severidad desusada en ese cuerpo adormecido por la burocracia y el desprestigio social. Parecía como si, por una vez y por fin, estuviesen haciendo algo importante. Tras un cortinado, Hubert Joseph Henry, sentía humedecerse los puños de la guerrera.

Solicitaron a Dreyfus que escribiera un memorando en el que pedía la devolución de ciertos documentos enviados antes de una salida de maniobras recientemente realizadas.

El contenido de lo que se le dictaba, la premura de los hombres, la extravagancia de la convocatoria le quitaron el aire. Las preguntas que no quería hacerse le aflojaron los hombros. Como quien acaba de ver su propia tumba, tembló.

Los justicieros desplegaron la escena, se abalanzaron sobre el dubitante muñeco sujetándolo por los brazos. Uno de ellos recitó como si lo hiciese frente a un gran auditorio:

-¡Dreyfus. En nombre de la ley de Francia queda arrestado por traición a la patria!. -

Henry, víctima de su propia emoción tardó en desembarazarse del cortinado en que se enredó ni bien el oficial inició la detención. Miró al judío quien al reconocer su rango le dedicó toda su mirada de borrego acorralado.

- Qué bueno -pensó - que siempre parezcan culpables.-

Dreyfus le pidió explicaciones, reclamó con una mesura (que él midió como cobardía) que se le mencionaran las evidencias.

- Son abrumadoras- devolvió Henry - absolutamente abrumadoras.-

Se lo llevaron.

Henry se asomó a la ventana. El patio de guardia se extendía hasta los torreones de la entrada. Perdió la mirada. Se sintió satisfecho. Por fin algo estaba pasando en Francia.

*

*

*

-No siente que lo dejaron sólo?-dije, mientras mi propia pregunta me sonaba a la pregunta de un periodista de espectáculos o de deportes.

Frente a mí estaba Carlos Grosso, con el cabello entrecano del que no tenía registro, más peso, lentes, y algo (más pesado que su propio cuerpo) que no podía localizar en ningún lugar especial de su persona. Todavía no se habían producido los hechos de aquel tormentoso inicio del verano de 2001.

Sobre la mesa del bar manipulaba una agenda manual escrita y sobrescrita con una prolijidad apenas superada por su antigüedad.

Fue durante la primera entrevista pactada. Él sabía difusamente mi propósito. Un libro de apuntes sobre victimación mediática. Nada.

Mis previsiones se debían esencialmente al pudor. Tenía muy poco que ocultar pero: cómo se le dice a alguien que vamos a contar la historia de una de sus muertes?

Se apoyó sobre sus codos y tiró el cuerpo para atrás.

– Sabés que pasa – dijo paladeando las frases como es su costumbre que tanto me hace recordar a Pepe Arias- por entonces yo estaba en la punta de la pirámide. Y cuando uno está en la punta de la pirámide nunca mira para abajo. Puede ser cierto que me hayan dejado sólo, pero yo nunca pedí ayuda...nunca le pedí ayuda a

mis amigos que estaban en condiciones y en voluntad de darme una mano. La verdad ...fue mucha soberbia.-

Me pareció ver que los ojos se le habían humedecido. Se paró para ir al baño y cuando cruzó el salón una morocha cuarentona y atractiva que leía Página en la mesa contigua lo miró, bajó la vista hacia el diario y se hundió en sus pensamientos previsibles. Después levantó la vista y buscó la mesa. En el cruce de miradas sentí, no sé por qué, la acusación de complicidad, una sentencia inapelable.

La mujer volvió al diario y yo al libro que quizás alguna vez ella lea.

*

*

*

En las zonas más umbrías del parque, en donde la helada no llega, la ominosa caravana de fiscales parecía sacarle sonidos de piedra a la gramilla. La invernal inmovilidad de los álamos verticales y los eucaliptos participaban de la tensión de la requisa.

En agosto de 1994 la casa de Pilar de Carlos Grosso, comprada a crédito a principio de los 80, cuando era Gerente General de SOCMA, Sociedades Macri, y su departamento de Palermo, unísono, fueron invadidos por un ejército de oficiales de justicia en orden a una denuncia por enriquecimiento ilícito realizada por un diputado bonaerense del Modín.

La denuncia que movilizó el allanamiento había caído en el juzgado de Mariano Bergéz, un juez con indisimulable vinculación con los sectores políticos que habían propiciado el allanamiento.

El partido de Rico, transido del espíritu republicano, había hecho de esos ritos policiales una de sus misas predilectas. Con ella, la mano dura salía de los oscuros y húmedos calabozos de la tortura para ponerse a la luz de los pasillos judiciales y legitimarse en su vocación persecutoria. Los subversivos eran ahora los políticos corruptos, una especie socialmente condenada antes de cualquier juicio.

Desde las diez de la mañana siete colas de látigo, siete fiscales, azotaban infructuosamente cada rincón y objeto de la propiedad para hacerles confesar un valor que no tenían. La mesa del living de cemento patinado carecía de autor o firma que justificara la incómoda posición a la que uno de los oficiales se había sometido en su búsqueda. El capricho de la dueña de casa, quien había elegido y comprado uno a uno los elementos del ornato, no cotizaba sino en el orgullo o la tolerancia familiar. Ni piezas de colección, ni obras únicas y la irónica reunión de posters, reproducciones de Botero, enmarcados en madera de cajón de manzanas: una serie que escapaba a la capacidad calificadora de los peritos convocados para la prueba del enriquecimiento, sea este lícito o ilícito.

El jefe del operativo, un tal Campagnoli, 38 al cinto (previsión indispensable cuando uno va a allanar la casa de ese tipo de gente) dedicó parte de su tiempo a investigar la flora circundante interesado, según dijo, en determinar la existencia posible de ejemplares exóticos. Como era de suponer a primera vista, a sola

excepción de sus compañeros (que por otra parte pertenecían mejor a la fauna) nada exótico pudo ser hallado en los terrenos de ese viejo casco de Pilar.

Obsesionado con el parque, Campagnoli interrogó al viejo encargado del césped y el aprolijamiento del terreno sobre si el pasto era pasto inglés.

Jaime no se ríe delante de gente armada pero tuvo ganas de decirle que le preguntara al pasto. La gramilla salvaje convivía con achicorias chatas y “siete venas” toda gama de yuyos autóctonos acomodados a la humedad y el riego.

-Yo creo que no- dijo Jaime – hay mucha lechuga.-

Cuando se fueron se llevaron la seguridad de que el operativo había fracasado, se llevaron igual el regusto de ejercer esa tolerada forma de la violencia, se llevaron una cámara de fotos que estaba guardada en un armario de una de las habitaciones. Lo último que se llevaron fue un poco para recordar viejos tiempos y otro poco para cumplir con el adagio: el que roba al ladrón.....

*

*

*

Los fiscales caminaban por el parque ya con paso desalentado. Podía vérselos y aún imaginar sus diálogos a través de los enormes paños de vidrio que se extendían a todo lo ancho del living.

El teléfono le volvió la conciencia al interior de la casa. Era Carlos Ruckauf ya no porteño sino Ministro del Interior camino a integrar la fórmula de la reelección, e incubando una conversión bonaerense que no sería lo último que se le conocería, dado su salto internacional vía cancillería. Pero en la oportunidad, ese Ruckauf, que es todos y siempre el mismo, lo llamaba para avisarle que se había enterado por la policía que le iban a practicar un allanamiento.

Tarde piaste. La generosidad post mortem es una de las maneras mas ruines del insulto.

- Te agradezco la información- dijo un Grosso disgustado- pero están desde las nueve. O tu policía te informa mal o tuviste una mañana demasiado ocupada como para llamarme a tiempo. -

Podía presentir la enorme sonrisa, la inalterable sonrisa a través de la línea y después de una musitada disculpa la comunicación se cortó.

Una hora y media después el mismo teléfono le traía la preocupación del presidente.

- Esto es un atropello, chango –le dijo un Menem convencido- una barbaridad. Ya nadie respeta nada y hacen cualquier cosa por un poco de prensa.-

- Qué le va a hacer presidente – respondió Grosso – lo que sucede que entre compañeros nos sabemos cuidar muy bien, como por ejemplo el Ministro de Interior que me avisó dos horas más tarde que me iban a allanar. Estos son los ministros que lo van a defender a usted cuando usted tenga un juicio – sentenció desde una bronca que recién empezaba a soltarse.

Para alguien que hacía dos años que sólo podía mirar para atrás, de alguna manera lo que sintió y dijo ese mediodía de agosto de 1994 había sido una premonición.

*

*

*

Sobre mediados de la década, mientras Grosso enfrentaba tribunales y tomaba sus nuevas apariencias, el sistema mediático lo dio por muerto. Hay una desaparición absoluta del Grosso real y el sólo reflejo del Grosso reconstruido.

¿Quién puede negar que su inusitada resurrección conmocionó a todo el sistema?.

Sin perdón ni arrepentimiento se produce “el regreso de los muertos vivos”.

El momento de la reaparición sorprende además por la propia gravedad de la secuencia histórica que lo envuelve.

Acababan de voltear a De la Rúa, se echaba mano a un presidente construido a los apurones con los resquicios legales que la Constitución otorgaba, figuras provenientes de un turbión de pasado indigerido iban y venían con extraño frenesí por los pasillos de la Casa Rosada.

El sistema mediático no tenía manuales de interpretación para estos sucesos, acostumbrado por años a la producción de novedades noticiosas previsibles y sacado a los empujones del riel del pensamiento único por un puñado de desconocidos, sólo atinó a narrar sin interpretar y a mostrar sin explicar, y en el caso de los grandes “comunicadores sociales de los medios electrónicos, directamente a tomarse vacaciones.

Por fortuna allí estaba Grosso.

Grosso era un puente hacia una orilla segura. Heráldica de la corrupción original, fantasmal por su propia historia, sirvió para que la prensa conmocionada por su propia incapacidad de interpretación se aferrara a la historia que amenazaba con darle el golpe definitivo. Igual que Monzón con Briscoe, en aquel final de round en que miró el reloj del Luna Park.

Cuando apareció Grosso, cuando Grosso reapareció, el mundo volvió a marchar como debía.

*

*

*

Adolfo Rodríguez Saá hizo las veces de un Simón Pedro desteñido e innecesario para con Carlos Grosso en su nuevo tour por el calvario.

Quizá el puntano se vio urgido por los nuevos asesores de una campaña que aún madura en estos días. Tres veces lo negó y la noche hueca de sus esfuerzos por diferenciarse de toda la clase política no devolvió el canto de ningún gallo.

En el programa de las hermanas Karina y María Eugenia Alonso Piñeiro practicó a duras penas una de esas negaciones. Mientras Karina le meneaba

frente a su rostro un ejemplar de la revista Noticias con elegancia de abanicos y, por necesidad de textualidad, repetía la frase en la que Grosso acusaba al presidente semanal de “falta de cojones”, el Adolfo sólo atinó a congelarse como para un poster de campaña.

La frase apropiada al repertorio de exabruptos de Grosso e impropia en la esforzada versión de la refinada periodista, castigaba las dos negaciones anteriores realizadas por Rodríguez Saá tras los apremios de la prensa por saber cuál había sido la razón por la que había incluido a Grosso en su fugaz gobierno.

Tras haber admitido la decisión como un “error” propio frente a Grondona, balbuceó ahora una referencia a la responsabilidad de la designación en unos terceros difusos que mencionó como “amigos”.

El temor de los políticos a la sanción social - mediática es reverencial. Tanto es el pánico que le tienen a ese pringue, que prefieren recurrir a la mentira más evidente antes de admitir algún contacto o cercanía con el lazareto en donde se alojan esos condenados. Tanto es el horror a ese otro infierno del Dante que les parte de la boca del espanto igual una pueril excusa como la mentira más impiadosa.

Esa noche mediática, una de las tantas dedicadas a la nueva evangelización, Adolfo cometió más una falta al recato social que un pecado: mintió ante las damas.

(8) La primera hipótesis es indicativa del camino de la investigación. Parte del concepto macluhiano de los medios de comunicación como extensión de la percepción humana. Incluye un aspecto de ese concepto poco atendido. La percepción puede ser comprendida como un fenómeno fisiológico, como un fenómeno psicológico, pero también como un fenómeno social. Es imprescindible aquí presupuestar la existencia de una producción social del sentido como ámbito explicativo de una intervención de los medios de comunicación en un proceso de construcción de la realidad. Dicho de otro modo, solo en la medida en que se acepte el sentido como un resultado de la acción social podrá entenderse que los medios, efectivamente, pueden desde la imposición de un complejo sistema que llamaremos provisoriamente de *massmediación*, operar la virtualización de los acontecimientos del presente dado. El trabajo social involucrado desmiente la pretensión positivista de que el conocimiento o el reconocimiento es el resultado de una serie de operaciones lógico perceptivas referidas a un material efectivamente dado en la realidad. La idea crítica de los hechos como referidos a una configuración histórica de su objeto y del órgano que los perciben cobra aquí, una vez más, una importancia decisiva.

La técnica visual del enfoque, de la determinación de los planos de lectura, de la ruptura de los paradigmas temporales desde la factura del tiempo psicológico hasta la imposición del tiempo real y el traslado de todas las modelaciones de la ficción al tratamiento de la realidad tienen una relación natural con la naturaleza perceptiva pero, al mismo tiempo, la reformulan. Es esta la razón de que, como sostiene Alfred Schultz, no advirtamos por ejemplo las diferencias de significación que se dan en el mundo y en la televisión. Los órdenes de lectura mediáticos son facturados sobre la base de nuestra capacidad perceptiva, pero su realización remodela la percepción de las audiencias, las estructura, las acultura.

No la imagen como evidencia y revelación de lo esencial y determinante sino la imagen como constructo, como realización, fundamentalmente como código y canon de interpretación. No la imagen como emanación de lo real, digo la imagen como formulación de la realidad. De esa imagen hay que liberarse pero no desembarazarse, puesto que la liberación de su férrea intervención en los procesos sociales sólo puede darse a partir de la generalización de su conocimiento.

En este sentido leer demanda no ver, leer posibilita no ver, porque ver desde esa imagen implica un obstáculo para el conocimiento.

La virtualización decide antes de nuestra decisión, elige antes de nuestra elección, implica antes de nuestra capacidad de establecer implicancias, asocia sistemáticamente, prevé y previene las interpretaciones, afianza sobre la base de sus estereotipos la simulación de los procesos de comunicación. La virtualización es la condena que la imagen le impone al conocimiento de lo real. La virtualización se ha convertido en su acceso directo cortando toda otra posibilidad de acceder a su sistema. Lo virtual más real que lo real.

Hoy más que nunca se ha consolidado el sentido fatídico del ver para creer. La creencia se apoya en la no evidencia de la imagen. La máscara es más rostro que el propio rostro que la justifica y al que simula y supone. El reconocimiento de la realidad establece su desconocimiento, su presuposición sin abordaje, el abandono de su búsqueda, el consuelo con la simple retórica de la imagen construída que no viene a sustituirla sino a ocultarla, a velarla, a declarar su prescindibilidad. La palabra y la imagen de la palabra se referían a un magma real inabarcable por la palabra. La exiguidad del signo es una condición de su esencia. El signo es porque no es aquello a lo que se refiere sino su operación conceptual y material de representación. La nueva imagen se declara real, se insubordina, se independiza de su referencia a lo real.

Capítulo V

“No sólo hay que saber morir, hay que saber desaparecer.”

Jean Baudrillard

La victimación social mediática, como todo proceso tiene su lógica propia, sus categorías, sus leyes. No creo que sea nada invulnerable, no pretendo eso, pero sin duda reconvertir los resultados de su acción es un proceso tanto o más complejo que el que le dio origen.

Siempre la victimación social ha tenido una función vital para el grupo. En todas las etapas de la historia sirvió para suscitar un alivio imprescindible para que las comunidades no se desalentaran frente a los problemas insolubles y no terminaran volcando la violencia del miedo y la impotencia sobre sí mismas. Desde esa perspectiva la victimación social mediática es tan comprensible como justificada.

Sin embargo, el carácter relajado y diseñadamente irresponsable del hombre contemporáneo convierte a la práctica de la victimación en un gran riesgo.

En efecto, existe hoy, en el esquema ideológico del hombre moderno un desinterés, una abulia por la cosa pública, inversamente proporcional a su interés ensimismado en su destino personal individual.

Los conflictos, las dificultades en este escenario, se tornan indescifrables y consecuentemente insolubles. Lo que en otro tiempo resultaba razón de la necesidad de expiar y victimar (el poderío del enemigo bélico, las enfermedades epidémicas, las pérdidas de las cosechas, etc.) cuya responsabilidad excedía a las posibilidades del grupo, se ha trocado en este tiempo en una oportunidad recurrente. Todo lo que no se entiende se vive como una imposibilidad, como un obstáculo insalvable, cargando de tedio, fastidio e intolerancia a los actores sociales. Si bien es más de los mismo, ahora se extiende sobre cualquier asunto que debería tener vías de solución a la mano. La política por ejemplo.

Pero la política, al menos tal como la conocimos, está muerta. En su lugar, la función espasmódica de lo mediático dirige la construcción de la realidad y de la verdad por un camino plagado de trampas.

La trampa del emisor y su prestigio, un prestigio que nadie cuestiona porque también fue construido por el sistema mediático. Pues no ignoremos que el que aparece por televisión de manera más o menos estable, tiene un efecto de verdad que nadie pone en duda.

La trampa de “los hechos” cuando éstos sólo son un conjunto de acontecimientos seleccionados a caprichos entre cientos de acontecimientos que nunca lograrán, por estar ausentes de los medios, su rango y categoría de “hechos”.

La trampa de la actualidad, cuando esta también es una construcción, formateada, recortada, resignificada y jerarquizada por una serie de dispositivos mediáticos y que tal vez reemplacen nuestra conciencia del presente que es como decir que nos han atrapado en una red temporal sin certidumbre de pasado ni certidumbre de futuro.

Este sistema funciona.

Y funciona bien.

Y como toda mecánica suele ser impiadosa. Su propia velocidad la convierte en insensible, incapaz de medir las consecuencias de sus actos. Por eso engendra personajes con incontrollable frenesí, tanto como mata personas, total o parcialmente, sin mano temblorosa, escrúpulo visible o asomo de culpa. También la sociedad mediática ha rediseñado la crueldad.

*

*

*

Habían pasado siete años de su victimación y su ostracismo. Era evidente que Duhalde iba a perder la batalla electoral. La envidia aliancista y las operaciones de Menem eran un enemigo formidable. Carlos Grosso se había acostumbrado a ver la política desde los diarios y muy pocos contactos personales comenzaban en ese año 1999 a recomponerle la visión directa de la realidad política argentina. Entonces lo sintió.

Alguien lo miraba. El pequeño restorán porteño otorgaba con su estrechez y aliño una sensación de intimidad que de pronto se había esfumado. Nunca había tenido grandes problemas en la calle ni en los lugares públicos. Estaba con su mujer gozando de un anonimato que bien podía achacársele al olvido. Pero esta vez sintió que alguien lo miraba con una inusual insistencia. Una insistencia que las raras veces que había sufrido le generaban expectación y vago temor.

Con el prudente rabillo divisó la fuente del enfoque en una mesa a su izquierda. Giró y se dio a la mirada franca. Era un morocho atildado, cincuentón, de sonrisa amplia peinado a la gomina quien lo miraba abiertamente como quien espera el momento de un reconocimiento.

Adolfo Rodríguez Saá también estaba con su mujer. Las dos mesas se hicieron una y la política, el hoy, y una loca sed de futuros entusiasmaron la velada. Los temas se encaramaron en proyectos casi absurdos, excesivamente modernos, incompatibles con la Argentina del lamento.

Grosso había sido uno de los pocos peronistas renovadores que tenía, años atrás, acceso libre al territorio de los puntanos. Adolfo y Alberto fueron de los pocos que tuvieron para con él un gesto digno en los momentos más difíciles. La relación entre ellos siempre fue franca, viable, sencilla.

Al mes Grosso se encontraba en San Luis trabajando en el proyecto de informática puntana que logró involucrar al 80 por ciento de la población de la provincia. San Luis ya era un lugar con cabida para "todos los peronistas de buena voluntad" y eso no oscurecía en nada los prestigios que la administración casi eternizada de Adolfo había sabido lograr. De manera que los pocos que se

enteraron de esta reaparición de Grosso en la escena no se sorprendieron en lo absoluto.

Nadie podía sospechar que esa inocente velada se transformaría en la antesala de una nueva instancia en la vida de Grosso, en la de Adolfo Rodríguez Saá y en la de la convulsionada Argentina de principios del siglo XXI.

Imagino que este cobijo puntano (el inicial de 2000), más su recomposición con el desvencijado aparato político del peronismo en la Capital Federal y las notas periodísticas de reaparición que se produjeron entre julio y octubre del 2001, le generaron el ánimo que le conocí a Carlos Grosso cuando por fin decidí que debía abordarlo a los efectos de este libro.

Debo reconocer que lo sorprendí. Debo aceptar que la propuesta lo animó, casi lo halagó. Debo confesar que cuando le expuse mi tesis vi como una sombra intensa le cubría las sienes.

- Del lugar en donde estás, le dije, difícilmente se vuelve. -

La noche del viernes 29 de diciembre de 2001 hacía diez días que yo estaba en mi casa, en Bariloche. Volvía de una cena con unos amigos como despedida del año. Creí que Mónica se había dormido con la televisión encendida por lo que me sorprendí al encontrarla despierta.

Las 29 pulgadas de la pantalla estaban dedicadas a planos medios y largos de la plaza de Mayo. Todavía a esa hora el clima parecía más festivo que violento. Un paneo semicircular recorría el cuadro conformado por decenas, centenas y millares de manifestantes.

- Tenías razón- sentenció Mónica - no se puede. Acaba de renunciar Grosso. -

*

*

*

Lucie acomodaba los papeles sobre el secreter para finalmente bajar la ruidosa persiana y comenzar a ordenar los libros. Alfred, permanecía parado frente al ventanal que daba al pequeño parque de la casa. Era 1923 y todavía tenía esos zumbidos insoportables en los oídos que nunca confesaba y que eran uno de los tantos resultados físicos de su prisión en la isla veinte años atrás.

Miraba hacia la calle. La calle que ya no caminaba porque no tenía ánimo para encuentros desagradables. Desde su regreso de la Gran Guerra había comprendido lo que por años se había obstinado en no comprender: la marca que se le había infringido era indeleble.

Los amigos nuevos que lo visitaban, liberales franceses vinculados con el nuevo gobierno de la República, lo hacían ritualmente, como un símbolo de lo que “ellos” habían conquistado. Pero de los viejos camaradas sólo había recibido una progresiva frialdad, un protocolar e indiferente trato, una distancia creciente. De la gente ni que hablar. El parisino liviano lo ignoraba y el otro, el que había sido envenenado por la primera mordida de la conspiración seguía odiándolo tan profundamente que el propio aura de ese odio teñía el corazón de sus hijos y de sus nietos: “Ese que se pavonea con sus medallas es un traidor”. No les hacía

caso, había generado un acostumbamiento y una narcosis absoluta a gestos, palabras y miradas. Esos infelices, igualmente, no hacían a la gloria de Francia.

Pero ese mediodía la noticia le había golpeado como un cachetazo. Tenía percibido un clima raro entre la oficialidad durante las reuniones ordinarias celebradas. Los ojos le rehuían con forzada cortesía. Sin entender continuó la jornada, una aletargada jornada dentro de un ejército que había recuperado el clima burocrático pero en paz luego del resultado de la guerra.

En el pasillo de la comandancia, el mismo que había recorrido esa fatídica mañana de la encerrona practicada por Henry, Dreyfus se enteró de la muerte de Esterhazy.

El verdadero traidor se había refugiado en Londres en donde vivió sus últimos veinticuatro años de dispendio y libertinaje.

El traidor había muerto sin liberarlo del estigma. Ciertamente es que en 1899 ya había reconocido la autoría del bordereaux, pero ni eso había alcanzado.

Lucie advirtió su extrema concentración. Se acercó con su habitual ternura y tomándole del brazo lo besó en la mejilla.

–Algo para contar mi amor? – le dijo suavemente.

Quitó sus ojos del ventanal y los volcó sobre su compañera. No quiso, no pudo, no le alcanzó.

-Nada pasa en Francia por estos días, Lucie.

Nada.

Absolutamente nada.-

*

*

*

Luis Lusquiños miraba a Grosso asintiendo intermitentemente con un gesto de cabeza. Afuera de la Casa de Gobierno una manifestación colorida y relajada pedía con entusiasmo vacacional la renuncia de los “corruptos”. Grosso encabezaba la lista. Era en realidad toda la lista ya que nadie podía hacer renunciar a Manzano ni a Matilde Menéndez de cargos que no tenían y, adicionalmente, nunca habían estado allí.

Grosso estaba renunciando y el gobierno cosido a los apurones le estaba aceptando la renuncia sin advertir que la salida del “corrupto” dejaba un boquete abierto que se los iba a tragar a todos, incluido al propio Adolfo Rodríguez Saá. Por supuesto que no fue ese cacerolazo, ni ningún otro el que volteó al puntano, sino el vacío doble del *establishment* y los gobernadores, pero en la vorágine concedente y siempre bien dispuesta de ese sonriente gobierno se terminó concediendo lo que en política no se podía conceder, el poder de decisión.

Grosso se fue pensando y diciendo que Menem no le hubiera aceptado la renuncia. Nadie se daba cuenta que tal como diría un par de días después el propio Grosso él era la excusa y no la causa, y que en la encrucijada de la historia los que no llevan la dirección de los hechos mueren indefectiblemente atropellados.

*

*

*

Salió sin temor y sin rumbo. Lo acompañaban dos amigos, su hijo mayor y el hijo de un amigo. En los espaldares de la Casa Rosada no pasaba nada. Todo el acontecer del cacerolazo se producía en los frentes, en dónde los retenes policiales habían desaparecido y las vallas se habían instalado en la vereda de Balcarce casi para que los muchachos más audaces las usaran de escaleras por las cuales trepar a las ventanas. La seguridad no estaba muy segura en esa noche del cacerolazo que se llevó a Grosso.

Cruzaron y salieron hacia un restaurante de la calle Venezuela. A pesar de la ansiedad que lo había arrojado en esos días sobre todo lo que podía engullirse y le había producido el *record* de peso de su vida casi no comió.

Ninguna imagen reciente lo asaltaba. Era un blanco muerto el que se le alojaba un poco por encima del estómago y le abarcaba la boca muda, los ojos huecos y la mente detenida.

El resto hablaba en un ritual sin ánimo que componía una letanía abigarrada que poco a poco se fue perdiendo junto con los ruidos de platos y cubiertos. Sólo el tango se sostenía en el aire, la voz de Juárez cortaba una esfera en el ambiente que lo trasladó sin movimiento fuera de ese lugar y de ese tiempo.

Entonces lo vio. Tendría diez años menos que él pero la misma pesadumbre. Estaba sentado de frente en una mesa que compartía con cuatro fantasmas azules a quienes no escuchaba. Lo miró sin curiosidad y hablaron sin palabras.

*

*

*

La Noche del 26 de octubre de 1992 Grosso creyó que comenzaba el alivio. El fin de semana recién terminado había sido de profundas cavilaciones. No trabajó la decisión de su renuncia, ya que ésta le había sido construida aluvionalmente por el último año de forcejeo y tomas de *sumo*; trabajó en cambio para justificarse a sí mismo la decisión ya tomada.

El domingo por la tarde llamó a Bauzá desde Pilar. A pesar de la firmeza y el convencimiento de la determinación estaba enloquecido.

-Ganaste Flaco – escupió – tenés mi renuncia con carácter de indeclinable a disposición del presidente.-

Del otro lado se hizo un silencio momentáneo, pero no se alarmó, Bauzá siempre hacía eso. Imaginó el rostro impávido movido por una apenas perceptible contracción. Un segundo después se escuchó a él mismo perder la compostura y putear complementos de la noticia sin poder disfrutar nada de lo que decía.

-Bauzá esperó que terminara y con la medida de un recepcionista de cochería le interrogó:

- ¿Qué le tengo que decir al presidente?

Repitió la fórmula sin las puteadas y colgó. Media hora después Bauzá le devolvía la llamada para solicitarle que se presentara a las 9 de la mañana del día

siguiente en el despacho de Carlos Menem. Esa noche pasó con la lentitud del insomnio.

A las nueve de la mañana ingresó al enorme recinto presidencial. En el fondo de la estancia, frente al gigantesco escritorio un Menem sin emociones lo aguardaba acompañado de Eduardo Bauzá.

Tomándolo del brazo lo alejó de ese lugar hacia un pequeño escritorio, un mobiliario de intimidad que el presidente había hecho ubicar en el otro extremo para sus charlas reservadas.

-Vos sabes chango que no te estoy pidiendo la renuncia – recordó Menem en el inicio de la conversación.

-Lo sé presidente – dijo Grosso mientras extraía del bolsillo interno derecho del saco un sobre maltratado que contenía la versión escrita de su renuncia a la Intendencia de la Ciudad de Buenos Aires con carácter de indeclinable – Pero sucede que yo soy una persona mayor que sabe cuál es le momento de dar un paso al costado- cerró sin ceremonia y sin deseo.

Menem comprobó que ese hombre estaba realmente abatido. En esa mensura de los otros el riojano jamás se equivocaba. Así que fue sincero cuando le dijo que las puertas para él quedaban abiertas incluso si quería en el futuro cambiar su decisión. No negaba que la noticia de su dimisión lo había contrariado, pero al ver frente a él, allí sentado, sólo una décima parte del tipo que conoció, el enojo se disipó para dar lugar a lo más espléndido de su bonomía.

Grosso salió del despacho y se dirigió a la Municipalidad a retirar sus cosas. Con la noche marchó con cuatro amigos a un restaurante de la calle Venezuela.

Sus amigos trazaban rectas en el tiempo mezclando la astrología con la política del futuro. En un momento dejó de escucharlos. Un tango de Juárez lo auxilió en la huida. No tenía ganas de nada. Y entonces lo vio.

Tendría diez años más que él y la misma pesadumbre. Estaba de frente sentado a una mesa con tres fantasmas azules.

Lo miró sin intensidad y hablaron sin palabras.

El fin del juego

Menem lo percibió como bastante más que un problema. Tardó, pero lo percibió al final. Lo que Grosso era, lo que Grosso había sido, se lo tragó el fantasma de lo que Grosso podía ser. Nunca Menem había tenido tanta tolerancia con alguien de ese rango, si hasta le había aceptado la renuncia tres meses después de haberlo reconsagrado en

un lugar que muchos ambicionaban. Y con honores de un discurso desmesuradamente laudatorio. Y esa gran ofensa para la lógica menemista no recibía castigo, no había sido penalizada. Tuvieron que hacer sonar el tímpano del miedo del presidente: Grosso quería lo que era de él.

Cuando esto sucede, acaba el juego. Una figura se mece de una cuerda. No es la razón del final, sino la etapa final la que se ha dado. El nombre que se busca y que no ha sido descifrado debe descubrirse, pero ya no es tarde ni temprano. Ya es sólo el fin, lo que se ha cumplido, lo que no pudo ser de otra manera.

Epílogo

“Ya saben que he previsto siempre que las gentes del año 802.000 y tantos nos adelantarán increíblemente en conocimientos, arte, en todo. Y, en seguida, uno de ellos me hacía de repente una pregunta que probaba que su nivel intelectual era el de un niño de cinco años, que me preguntaba en realidad ¿si había llegado yo del sol con el trueno!. Lo cual alteró la opinión que me había formado de ellos por sus vestiduras, sus miembros frágiles y ligeros y sus delicadas facciones. Una oleada de desengaño cayó sobre mi mente. Durante un momento sentí que había construido la Máquina del Tiempo en vano (...) Intenté aprender su idioma, pero fue una tarea lenta. Aquellos pequeños seres se cansaban pronto. Jamás he visto a gentes más indolentes o que se agotaran del esfuerzo intelectual con mayor facilidad.”

“La Máquina del Tiempo”. Herbert George Wells.

Dijimos al principio que nuestra descripción de la victimación social – mediática es elocuente al explicar muchos aspectos del funcionamiento social.

La globalización es la expresión totalizadora de la cultura del fundamentalismo occidental. Contraria política y conceptualmente a la mundialización, somete al reduccionismo máximo a todas las expresiones de las culturas comarcanas, y a la multiplicidad de las culturas del planeta.

Podrían las tecnologías generadas por occidente producir y reproducir infinitamente una red de comunicaciones capaces de exponer el hacer del hombre como totalidad variada y multitudinaria. Y de hecho esas tecnologías indomables e incontenibles en su utilización, dan cuenta de un mundo real y potencialmente creciente.

Pero el fundamentalismo solo intenta utilizar esas tecnologías para reproducir *ad infinitum* su pensamiento único. Desde el punto de vista filosófico el movimiento que genera tiene como principio motor el reduccionismo. Se trata de eso y de nada más que eso, muy en contradicción al mundo abierto que propone y que proclama. Se ocupa tenazmente de predicar y forzar la prédica de que su parcialidad elegida es la totalidad.

Así forzado, el mundo no es capaz de hallar su destino, no puede encontrar la raíz de sus problemas y en consecuencia su solución. Así existencialmente encorsetada la humanidad no puede siquiera hallar su deseo.

En cualquier lugar que nos situemos hallaremos este movimiento de reducción.

Para la Argentina, en los últimos veinte años, el fundamentalismo ha reducido todas las causas del desmán, el fracaso y la derrota históricos en una sola de sus múltiples consecuencias: la corrupción. La operación cuenta con la eficiencia constructiva de la realidad que ostenta el sistema mediático.

*

*

*

El clima social que condena a Grosso está signado por el rechazo a la corrupción hasta la abominación.

La imagen de la corrupción está consolidada por tres grupos de hechos y acciones perfectamente diferenciados, pero concurrentes hasta la yuxtaposición.

El primer grupo de hechos y acciones es el de la corrupción efectiva, es decir la comprobación diaria de menor a mayor en todo el sistema administrativo y político de hechos de coimas, trampas y falsificaciones, tráfico de influencias, favores por izquierda, latrocinio, traiciones. La política muerta y sin propósito ha limitado su actividad a la de los gusanos de la putrefacción.

El segundo grupo de hechos y acciones es el que tiene como protagonistas a los medios de comunicación de masas vistos tanto como instituciones sociales en el seno de la sociedad mediática como empresas integradas al sistema de poder. Para los medios, que como dijimos disputan a las instituciones de la política el rol de la mediación social, la noticia de la corrupción efectiva es el arma con que cree consagrará la victoria final en esa disputa.

El tercer grupo de hechos y acciones es el de la producción cultural que proviene del fundamentalismo occidental en su necesidad de negar y aniquilar cualquier identidad política. Ya volveremos sobre esto en otro lugar, pero adelantemos que, siendo como es la corrupción no una causa de la muerte de la política sino su consecuencia, parece claro que su instauración en el centro de la escena se debe a la acción del fundamentalismo occidental que es hoy como ayer quien, en su movimiento único de reducción, produce el qué y el cómo deben pensar los argentinos.

¿Por qué lo logra con tan relativa facilidad? ¿Por qué consigue que la sociedad argentina se engañe creyendo que la corrupción política es la causa de todos sus males y no sólo la consecuencia de un fenómeno mucho más complejo?

Esta es una buena pregunta que jamás se haría Mario. (*)

Es que la sociedad mediática argentina no quiere saldar ninguna de sus cuentas históricas y busca entonces acciones del tipo de las soluciones finales.

Hay una Argentina existencialmente distraída, aquella que se comió en la historia cotidiana y en su vocación excluyente por el destino individual sus pretensiones de Nación.

Es la Argentina que le dio un sentido profundamente filosófico y epistemológico al “no te metás”. La Argentina que se dejó atravesar por la cosmovisión de sus sectores medios, expertos en huírle a la historia y constructores de una moral sencilla y de mera supervivencia.

Cuando “paró la tormenta, ya entrados los años ochenta” como dice Sabina, esa Argentina ya había acuñado sus protectores de conciencia enterrando la década anterior en un ataúd sin explicaciones políticas, y había reemplazado la memoria histórica por una docena de lugares comunes y de ideas vulgares que bien podría sintetizarse, aunque no sea suficiente, en la teoría de los dos demonios.

Con Alfonsín esa Argentina se había ahorrado el mirarse en el espejo de la historia, lograba transformarse de “vaca indiferente” en víctima del engaño y la desinformación, podía justificar su natural indolencia por la cosa pública, incluidos los hechos públicos de ese tiempo anterior en el baño de “ética” y “no violencia” con letra de sermón laico y música de Phil Collins que Alfonsín les brindaba.

Así, las razones que arrojaron al país al baño de sangre más siniestro de ese siglo, tanto internas como externas, quedaban sepultadas bajo el mármol de los discursos dominantes. Esa Argentina propició la metamorfosis del pueblo en gente y del ciudadano en usuario, vecino, audiencia, público o ahorrista.

El idiota cobraba la forma que le conocemos.

Por otro carril y en el mismo sentido otra Argentina socializó el fracaso.

La culpa era “de los argentinos”. Y sin hacer tampoco la digestión de sus razones, empacó ese fracaso y las otras frustraciones en un atado y se lo echó a la espalda. Se dijo que eso no le “pasaba a los países serios”. Y así se convirtió en la Argentina de los apóstoles del pensamiento único, socios sin acciones de la religión económica de los tahúres que dominaron a la Argentina en los veinticuatro años finales de ese siglo.

Los resultados de la colisión de esas dos Argentinas priman hoy en la estructura de la mayoría de los discursos sociales. Por eso Mario jamás podría responder a la pregunta.

Y cuando el modelo se agotó y mostró sus impudicias, para evitar saldar las cuentas de la reelección de Menem, de la resignación del otro destino nacional, de la consecuencia de la venta de los activos del Estado como garantía de la convertibilidad y de la compra de artefactos importados en cuotas, se echó mano a una solución final, que es en realidad una explicación final: la que elimina toda otra explicación, compacta y esconde todas las causas en una causa única, la corrupción.

La sociedad mediática argentina no quiere saldar ninguna de sus cuentas históricas.

Menem funciona como sinónimo de corrupción. Cuando los periodistas y los políticos opositores a Menem lo definen lo hacen con sola referencia a la corrupción.

Pero bien visto, visto sin las anteojeas del pensamiento único y en la riesgosa y esforzada empresa de evitar la simplicidad de las soluciones finales, Menem es mucho, mucho más que un corrupto y un corruptor de magnitudes.

Menem es un traidor ideológico.

Si esto inconstable fuese asumido, debería la sociedad preguntarse y contestarse ¿qué cosa traicionó Menem?. Y darse una tamaña respuesta sería abandonar el reduccionismo del fundamentalismo occidental y del pensamiento único, pues sería asumir que hay otros caminos, otras conductas, otros modelos que siendo occidentales no son fundamentalismo.

Mejor y más fácil es engañar y engañarse con el argumento falaz de que la Argentina llegó a esta crisis porque la robaron, cuando la verdad es que la robaron porque la crisis política, social e institucional lo hacía posible y hasta inevitable.

Mejor y más fácil una solución final, una manera de concentrar todo el dolor y toda la frustración en un lugar en donde se pueda al menos tolerar.

La victimación no es la única construcción que la sociedad mediática practica para aliviarse. También fabrica ídolos con los materiales que le proporcionan los grandes discursos sociales. El error fatal de la corrupción como causa magna del desastre construyó el monigote de la Alianza, y puede que empuje a la sociedad a recrear la imagen de los nuevos inquisidores.

Es el idiota clamando por Torquemada.

Están las almas propicias y el campo preparado.

(*) La referencia a Mario Pergolini no es caprichosa, como no le sería de muchas otras figuras del sistema mediático que, sin determinado posicionamiento ideológico y en un hacer seguramente indeliberado, sirven de sostén del sistema aparentemente plural en donde se hace posible la consolidación del pensamiento único.